

x-rite

colorchecker CLASSIC

R 032359

4.160.-

NT= 99.422 CB= 1127152

INSTITUTO BIBLIOTECARIO
ARAGONÉS

EL TABERNÁCULO
Y
EL PILAR

HORARIO PIADOSO
DEDICADO Á LA
Asociación de Señoras
DE LA
VELA Y ORACION
ante el Smo. Sacramento
Y Á LAS
Sras. de la Corte de Honor
Á LA
VIRGEN SMA. DEL PILAR
EN SU ANGÉLICA CAPILLA
ordenado por Florencio Jardiel
TIP. M. SALAS.--ZARAGOZA
1908

1 mm

M.C.D. 2022

El Tabernáculo

y el Pilar



M.C.D. 2022

IBFA-510

IBFA-510

M.C.D. 20

EL TABERNÁCULO Y EL PILAR

R 032359

4.160.-

NT= 99.422 CB= 1127152



EL TABERNÁCULO
Y
EL PILAR

HORARIO PIADOSO
DEDICADO Á LA
Asociación de Señoras
DE LA
VELA Y ORACION
ante el Smo. Sacramento
Y Á LAS
Sras. de la Corte de Honor
Á LA
VIRGEN SMA. DEL PILAR
EN SU ANGÉLICA CAPILLA
ordenado por Florencio Jardiel

TIP. M. SALAS.--ZARAGOZA
1908

1875

1875

1875

1875

1875

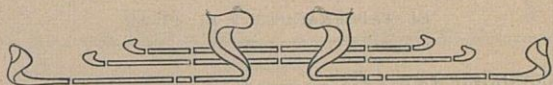
1875

1875

1875

1875

1875



ADVERTENCIAS PRELIMINARES

1.^a Tiene por objeto este libro hacer más fácil y provechoso á las señoras á quienes va dedicado el ejercicio de la media hora de oración, que, postradas en el reclinatorio, están obligadas á practicar, bien ante el trono de la Majestad infinita, bien ante el sagrado Pilar trono de gloria de la Reina de los ángeles y de los hombres.

2.^a Conocedor del reglamento de una y otra Asociación he procurado acomodar á la disposición de los turnos el número y orden de estas prácticas piadosas: así las señoras que turnan por semanas en la vela ante el augusto Sacramento, hallarán aquí siete ejercicios diferentes, y doce las señoras de la Corte de Honor, que turnan por meses en la vela ante la Imagen de la Virgen del Pilar.

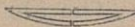
3.^a No he olvidado que la Asociación de Señoras de la Vela y Oración ante el Santísimo tiene la obligación de hacerla, turnando las

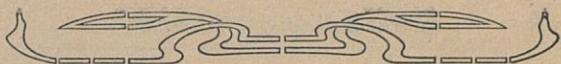
asociadas de media en media hora, todo el tiempo que está expuesto por los agonizantes. He dispuesto para este caso un ejercicio especial, que facilite el cumplimiento de este hermosísimo deber inspirado y sostenido por la caridad.

4.^a Tampoco podían faltar en este libro otro ejercicio para hacer la visita al Señor manifiesto en las Cuarenta Horas, una novena muy breve á la Virgen del Pilar, solicitada por muchas personas piadosas y algunas otras prácticas y oraciones.

5.^a Aunque el libro va dedicado principalmente á las señoras, como arriba se dice, puede también ser utilizado con provecho por todos los fieles, en especial por aquellos que pertenecen á la *Guardia de Honor* ante el Santísimo Sacramento y por los que practican el devotísimo ejercicio de la *Adoración Nocturna*.

Quieran nuestro Señor y su bendita Madre que este pequeño trabajo, que comenzamos, terminamos y publicamos ahora en honor suyo, sea, en efecto, para su gloria y para bien y salvación de las almas.





SIETE EJERCICIOS

SEGÚN LOS

SIETE DÍAS DE LA SEMANA

PARA

VELAR Y ORAR DURANTE MEDIA HORA

ANTE

EL SANTÍSIMO SACRAMENTO



PARA TODOS LOS DÍAS

Al postrarse de rodillas en el reclinatorio la asociada inclinará profundamente la cabeza y dirá:

Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar.

Después hará los siguientes actos de fe, de esperanza, de caridad y de adoración.

DE FE.—Creo, oh Jesús mío, que estás aquí presente y que, cubierto con las especies sacramentales, vives en esa Hostia consagrada, que

tengo ante mis ojos. Más que las luces que rodean tu trono, más que el rico metal y las piedras preciosas que sirven de pobrísimo marco á tu grandeza, brilla tu Majestad infinita, que yo veo clara y distintamente á la luz de la fe, que me viene del cielo, á pesar de los velos de tu humildad que amorosamente me la ocultan.

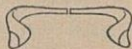
DE ESPERANZA.—¿Cómo no confiar en tu misericordia? Por mi amor bajaste del cielo á la tierra, por mi amor te encarnaste en el seno purísimo de la Virgen, por mi amor naciste y padeciste y diste tu vida sobre la Cruz y por mi amor te quedaste en el augusto Sacramento, donde vives para alimentarme con tu substancia y confortarme con tu presencia. ¿En quién esperaré sino en tí, oh buen Jesús, tan santo, tan rico, tan amante?

DE CARIDAD.—Deja, Jesús mío, que te ofrezca mi corazón. Enamorado está de tu hermosura, subyugado por tu grandeza, rendido por lo infinito de tu bondad. Te amo sobre todas las cosas; te amo y quiero amarte siempre, por encima de los atractivos del mundo, de la fuerza de la pasión y de las sugerencias del enemigo. Que nunca me falte este amor con que ahora te amo, soberana consagración de todo mi ser á tu corazón adorable.

DE ADORACIÓN.—Alabada y bendecida y ado-

rada sea tu Majestad altísima. Yo me asocio á los ángeles del cielo, que te alaban, y me postro rendido en tu divino acatamiento, Rey de los siglos á quien toda la creación reconoce y adora por su Dios y Señor. Recibe, oh Soberano Bien, el homenaje de mi rendimiento más profundo, y que sea ese tabernáculo, trono de amor escogido por tu humildad, el centro donde vengan á descansar mis ardientes deseos y las aspiraciones todas de mi vida.

A continuación leerá despacio, dando lugar á la meditación de los conceptos, que en ellos se contienen, uno de los ejercicios siguientes, según por orden le corresponda.





PRIMER EJERCICIO

EL AMOR

DEL FIEL ADORADOR Á JESUCRISTO
LE HACE FELIZ

El amor de Jesucristo nos estrecha

(II COR. V-14)

REFLEXIÓN PREPARATORIA PARA ESTA MEDITACIÓN

El amor de Jesucristo, tu Salvador y tu Dios, llena el cielo y la tierra. Busca un lugar donde no ame, un lugar donde no deba ser amado, un lugar donde su amor no opere y haga feliz; no lo hallarás. En la patria celestial transporta con inefables arrobamientos, que no tendrán fin, á los ángeles y á los santos, y es para ellos la fuente inagotable de esos torrentes de goces divinos de que hablan

las Sagradas Escrituras, en los que se embriagan continuamente. En el destierro del mundo, este mismo amor consuela al alma fiel con un gusto anticipado de la dicha que le aguarda. En el mismo infierno se reconoce el valor del amor de Jesús, puesto que se siente haberlo perdido. Recorre el universo entero, por todas partes encontrarás huellas del amor de Jesucristo; en cualquier lugar que te detengas, verás que ese mismo amor se te ha adelantado.

Está atento, escucha: ¡cuántas voces repiten el nombre de Jesús, y se unen para alabarle y bendecirle! Pregunta los sentimientos que inspira; ¡cuántos corazones ha abierto para recibir los dones de su amor y para amarle! En la ciudad, junto á los palacios de la opulencia, se levantan majestuosos y ricos santuarios que perderían, no obstante, todo su valor, si el amor de Jesús no fuera su principal ornamento. En los campos ves la morada del Salvador casi tan humilde como las de los pobres que la rodean, pero su amor la embellece y

pone en ella tesoros, en comparación de los cuales el oro y las piedras más brillantes son vil polvo. En fin, si fijas una mirada en tí mismo, todo te hablará del amor de Jesucristo. Le debes todo lo que eres y todo lo que posees en el orden de la naturaleza y de la gracia: tenía, pues, razón el Apóstol al decir: *El amor de Jesucristo nos estrecha.*

Y si lo crees así, ¿no debes considerarte dichoso? ¿Qué le puede faltar á quien el Señor ama? Nada, si él le ama á su vez. No cierras, pues, tu corazón á las amables invitaciones que vas á oír; por el contrario, desea ardientemente que se haga dueño de él.

Palabras de Jesucristo á su fiel adorador

Hijo mío, nada tienes que no hayas recibido de mí. Al criarte á mi imagen, he dotado tu alma de dos facultades, la de amar y la de pensar, el corazón y la inteligencia. He querido que tu espíritu se aplicase á conocerme y á buscar en mí la verdad, de la cual soy el principio;

he querido también que tu corazón se aficionase á un objeto capaz de satisfacerle.

He hecho el corazón para amar y ama siempre; este sentimiento es tan inevitable como irresistible. Un corazón que cesara de amar, cesaría de funcionar. Puede prendarse de un objeto indigno y lo hace con frecuencia, aborrecer lo que había amado, tomar de nuevo lo que había dejado; estos ejemplos se ven todos los días; pero no amar nada, tener un corazón y no darlo ni á Dios ni al mundo, ni al Criador ni á la criatura, eso no es posible; tal cosa no se ha visto jamás (1). Si se entrega á una indiferencia completa es porque el amor al descanso lo adormece; si se despierta, otro amor es su aguijón; si se inclina á una parte, el amor es el peso que le arrastra; si se adelanta ó retrocede, es tambien el amor quien le atrae ó quien le aleja. En todo esto el corazón funciona bien ó mal, pero da señales de vida; quitad dichas señales y el corazón desaparece con ellas.

(1) Palabras de San Agustín.

Hijo mío, tú mismo experimentas la necesidad de amar, y estás obligado á elegir entre los objetos que se ofrecen á tu corazón. Aquí empieza tu libertad; feliz si usas bien de ella, y desgraciado y culpable si usas mal. Lo uno y lo otro dependen de la elección que hagas; ten, pues, cuidado de no equivocarte, y considera con atención cuál es el objeto que merece más ser amado y á cual debes dar la preferencia.

Pero, hijo mío, ¿acaso puede titubear, ni permanecer tu corazón un sólo instante indeciso? Eres muy digno de compasión si no comprendes lo criminal é insensato que sería compararme á la criatura y sobre todo preferirla á mí.

La inclinación natural de tu corazón es amar lo que es grande, amar la perfección infinita, amar el bien supremo que soy yo mismo. Ofrezco á tu amor esta Bondad tan excelente, que nada en la tierra podría darte idea de ella, esta Majestad tal alta, que los mismos Angeles no pueden comprenderla; este Poder tan ilimitado, que le ha bastado una palabra

para crear el universo, y detener con un grano de arena las embravecidas olas del Océano; en fin, esa Belleza tan deslumbradora que todas las bellezas del mundo no son más que una sombra á su lado, y el brillo de las flores un débil reflejo. Ahora bien, compara con esas imágenes que te ofrece la fe aquellos rasgos de excelencia que descubres en los objetos creados; compara y escoge. Da tu corazón á quien mejor lo merezca; sé justo y desde luego me amarás y no querrás amar nada sino en mí y para mí.

Hijo mío, las almas que se aficionan á la criatura, con perjuicio de mi amor, se justifican diciendo: yo amo á quien me ama; no puedo menos de corresponder á las bondades que tienen para mí, á los servicios que me prestan y á los testimonios de amistad que me dan.

Pero lejos de excusarlas los motivos que alegan, las acusan. En efecto ¿quién puede ofrecerles una bondad como la que yo les he manifestado y de la que reciben nuevas pruebas todos los días? ¿Quién las ama y sirve con el desinterés

y con la generosidad que caracteriza mis beneficios? ¿Quién en los favores que les hace busca únicamente su felicidad? Es, pues, evidente, que los que violan las leyes de mi amor por amar á quien les ama, se sirven de un pretexto inícuo para ocultar una negra ingratitud. Tú, hijo mío, escoge y ama á quien más te ama, escoge al que te ama sin buscar su propio interés.

¿Quieres un modelo digno de ti para ordenar bien los sentimientos de tu corazón? lo encontrarás en mi Padre. Bien lo sabes; un amor eterno le une á mí y me une á El de una manera tan íntima, que no somos más que uno. Lee mi Evangelio. Al bautizarme en el Jordán, el espíritu de Dios bajó sobre mí en figura de paloma, y una voz que venía del cielo (era la de mi Padre) dijo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto todas mis complacencias.* En el Tabor, en mi gloriosa transfiguración, cuando yo hablaba con Moisés y Elías en presencia de algunos de mis Apóstoles, la misma voz salió del interior de la nube

luminosa que nos envolvía, para decir otra vez: *Este es mi hijo muy amado, en quien he puesto todas mis complacencias, escuchadle.* Pedro, mi vicario en la tierra, que había oído estas palabras, advertido por mí de que iba á recibir pronto, en otra vida mejor, la recompensa de sus trabajos apostólicos y de su amor hacia mí, se despidió de los fieles en estos términos: «Sé que dentro de breve
» tiempo tengo que abandonar esta tien-
» da, según me lo ha dado á conocer
» Jesucristo; pero tendré cuidado de que,
» aun después de mi muerte, os acordéis
» de mis instrucciones. Por lo demás, no
» es valiéndonos de fábulas y de ficciones
» ingeniosas como os hemos hecho com-
» prender el poder y el advenimiento de
» Nuestro Señor Jesucristo, sino después
» de haber sido nosotros mismos espec-
» tadores de su majestad, porque recibió
» del Padre un testimonio de honor y de
» gloria, cuando, de aquella nube en que
» la grandeza de Dios apareció con tanto
» esplendor en el Tabor se oyó esta voz:
» *He aquí mi Hijo muy amado, en quien*

» *tengo todas mis complacencias, escuchadle,* y nosotros mismos oímos la voz que venía del cielo, cuando estábamos con El en aquella santa montaña.»

Hijo mío, este recuerdo, repetido así en mi nombre, prueba que, amándome, poniendo en mí todo tu afecto y tus complacencias todas, imitas á mi Padre; ¿podrías seguir un ejemplo más hermoso? Si me amas, mi padre te amará, tienes la seguridad de ello porque lo he dicho á mis Apóstoles: *Mi padre os ama porque me habeis amado.* Si me amas, mi Padre, Yo y el Espíritu de amor vendremos á tí y permaneceremos contigo para protegerte, bendecirte y prepararte la suprema dicha de que nosotros mismos gozamos, y todos los bienes vendrán sobre ti.

Si me amas, obtienes en recompensa de tu amor el perdón de tus pecados, recobras la gracia y con ella todos tus derechos á mi herencia; te colocas entre mis justos, das tu nombre á los Angeles para inscribirlo en el libro de vida y esto por culpable que hayas sido, por-

que el amor borra la multitud de los pecados.

Si me amas haz por amor tus acciones más comunes y se convertirán en virtudes dignas de mis recompensas, mientras que las obras más heróicas, que no parten de este principio pierden á mis ojos su valor. Hijo mío, yo no acepto más que el corazón ó lo que el corazón da.

Por último, si me amas acércate con confianza á mi altar, pues por ti especialmente me he quedado allí; es á ti á quien reservo mis favores más preciosos, porque á la vez recibo de ti todos los homenajes que deseo, logrando así el fin que me propuse al instituir la Eucaristía. Considera con atención estas ventajas y ahora determínate; hijo mío.

Sentimientos y ruegos del Fiel Adorador

¡Salvador infinitamente amable y bueno! tengo un corazón muy duro y muy ingrato; pero, aun cuando lo fuera más, ¿cómo podría resistir á tan tiernas invitaciones y permanecer insensible á tantos encantos? A dónde iría yo á buscar la felicidad fuera de vos, puesto que sólo vos podeis concederla? Yo no he gustado los placeres que pueden procurar el talento y el poder, la opulencia y la gloria de este mundo; pero el más sabio, el más poderoso y el más feliz de los reyes, después de haber apurado la copa, me advierte que no ha encontrado en ella sino vanidad. Por otra parte no tengo necesidad de hacer esta experiencia, porque abrigo la misma convicción; me basta consultar á mi corazón y á sus inclinaciones, siempre que las pasiones desordenadas le dejan libre para marchar, á la luz de la fe y de la razón, hacia la conquista de sus gloriosos destinos. No, no hay hombre de buena fe, que no diga como

San Agustín: *Nos habeis hecho para vos, Señor, y nuestro corazón estará inquieto y descontento hasta que descanse en vos.*

Ciertamente la paz forma parte de la felicidad y está no se encuentra fuera de vos. Todas las veces que me he vuelto hacia las criaturas con la esperanza de que me procurarían alguna satisfacción, no he hallado en ellas sino sombras inasequibles, que huían delante de mí á medida que me acercaba á ellas; pero he experimentado todo lo contrario al primer paso que he dado hacia vos.

Para ser feliz amando necesito un objeto presente, porque si estuviera ausente sería tanto más digno de compasión cuanto más le amase; pero con vos, Señor, no tengo este inconveniente, pues en cualquier lugar que me halle, vos estáis cerca de mí, y si sufro no es por verme privado de vuestra presencia, sino por no veros cara á cara ó estar expuesto á ofenderos. ¡Cuán dulce no es para mí estar á los pies de mi Salvador, sentarme bajo la protección de mi amado Pastor, oír su voz, recibir órdenes del

mejor de los señores, estar, por decirlo así, en los brazos del más tierno de los padres, gozar de los coloquios de un amigo tan fiel y apasionado de mi alma! ¡Qué dicha, Señor, recoger las palabras de paz, de perdón, de consuelo y de aliento que salen de vuestra boca, responderos, abriros mi corazón, dirigiros mis suspiros y deciros repetidas veces que os amo, y luego, cuando me faltan las expresiones, contemplar amorosamente ese abismo de bondad y de perfección, esas fuentes inagotables de gracias que tenéis siempre abiertas para nosotros!

Señor, si queréis, quitadme la salud, los honores, los placeres y las riquezas; mas dadme vuestro amor, conservad en mí el deseo de vuestro amor. Renuncio con gusto á todos los obstáculos que he podido oponer á vuestro amor; los aborrezco, los detesto, dignaos apartarlos y destruirlos. Jesús, sed amado de todos, sed amado de mí aquí y en todas partes. Jesús, quiero amaros, os amo, ¡ay! haced que esto sea cierto.

Y vos, Virgen María, si he podido importunaros alguna vez con peticiones que no correspondían á los fines de mi Dios y Señor, no sucede ahora igual, Madre mía; yo deseo amar á Jesús, vuestro divino Hijo, y vos lo anhelais más que yo, porque buscáis mi felicidad; dignaos obtenérmela. ¡Alabado, amado y adorado sea siempre Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar!

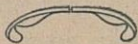
REFLEXIÓN PIADOSA

Alma mía, por tu salvación y la de toda la humanidad ha muerto Jesucristo y derramó en el calvario su preciosa sangre. Esta sangre sagrada es tu única esperanza. Su precio es infinito como Dios mismo. En ella se encuentra la redención abundante para todos, católicos, infieles, paganos y judíos.

RESOLUCIÓN

Oh Jesús mío, agonizante y devorado por la sed de las almas, yo hago el propósito de recitar varias veces al día,

á vuestra mayor gloria y por la salvación de las almas, las siguientes aspiraciones: 1.^a Padre eterno, os ofrezco la preciosa sangre de Jesús, en satisfacción de mis pecados y por las necesidades de la santa Iglesia: 2.^a Padre eterno, os ofrezco igualmente la preciosa sangre de Jesús por la conversión de los paganos, de los herejes y de los pecadores: 3.^a Virgen Santísima, ruégoos que ofrezcais á Dios la preciosa sangre de Jesús é impidais que sea cometido un pecado mortal en el día de hoy en cualquier parte del mundo.



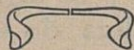


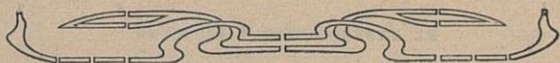
ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

Desde el profundo abismo de mi nada me prosterno ante vos, ¡oh sacratísimo y divino Corazón de Jesús! para rendiros todos los homenajes de adoración, de amor y de alabanza de que soy capaz, y á fin de ofreceros todas mis necesidades, descubriéndoos confidencialmente, como á mi más fiel amigo, mis miserias, mi pobreza, mi desnudez, mis enfermedades, mi tibieza y cobardía, en fin, todas las llagas y úlceras de mi alma, suplicándoos que tengais piedad y compasión de ellas, y os digneis socorrerme según la grandeza de vuestras misericordias. ¡Oh Corazón amorosísimo! salvadme, os lo ruego: no me dejéis perecer en el diluvio de mis iniquidades; y con tal que os ame eternamente, haced de mí todo lo que os plazca. He puesto en vos

toda mi confianza, no me desechéis. Os llamo, os invoco como al soberano remedio de todos mis males, de los cuales el mayor es el pecado. Destruidlo en mí y perdonadme todos los que he cometido. Me arrepiento de ellos y os pido perdón de todo corazón.

Ablandad los corazones endurecidos de los pecadores y aliviad á las pobres almas del purgatorio. Sed el asilo de las que están en la agonía y el consuelo de todos los afligidos y necesitados. En fin, ¡oh Corazón de amor! sedme todo en todas las cosas; pero principalmente, en la hora de mi muerte, sed el refugio de mi alma atribulada, y recibidla en los brazos de vuestra misericordia. Amén.





SEGUNDO EJERCICIO

LA EUCARISTÍA

ES EL SACRAMENTO DEL AMOR MÚTUO
DE JESÚS Y DEL ALMA

*Si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo
que sea anatema.*

(S. PABLO Á LOS COR. I-16.)

REFLEXIONES A FIN DE PREPARAR EL ALMA
PARA ESTA MEDITACIÓN

Amar á las almas y ser amado de ellas, he aquí en dos palabras el principio y el término, la causa y los frutos de la Eucaristía. Las palabras y los actos de Nuestro Señor en este misterio, lo que concede y lo que promete nos revelan en él un amor que no es posible encontrarlo en otra parte más que en el corazón de nuestro Salvador y de nuestro Dios; y las pruebas incesantes que recibimos

de este amor son otras tantas maravillas que nos manifiestan una bondad infinita en la institución del Augusto Sacramento. Pero amar es querer ser amado, hacerse dueño de los corazones, establecer y mantener en ellos su reinado: he aquí el objeto que Jesucristo se ha propuesto y que deben realizar las almas dóciles y reconocidas. En efecto, ser amadas con tal amor, ¿no es para ellas contraer la deuda de un amor recíproco? Con este homenaje único, pero sincero, le damos todo lo que nos pide, aunque no todo lo que deberíamos darle: porque un corazón limitado como el nuestro quedará siempre deudor para con el amor infinito que le colma de gracias y le sujeta con sus encantos y sus favores; no obstante, en cuanto se lo damos todo entero, Jesús contentase con él.

Si has experimentado y puesto en práctica estas importantes verdades, puedes cerrar este libro. Para qué buscar el conocer los caracteres de la verdadera devoción al Smo. Sacramento, cuando ya los posees? Pero si no es así, tu deber es

meditarlos despacio, meditarlos con toda la aplicación de que eres capaz, y tanto tiempo cuanto sea preciso para disipar las nubes que una fe lánguida dejaría subsistir en tu espíritu, y á fin de derretir el hielo que el olvido y la indiferencia han formado quizá en tu corazón. En este caso implora y secunda las luces y los socorros de la gracia á fin de que esta meditación te haga comprender lo que había pasado inadvertido para ti. Evita cuidadosamente el desaliento creyendo que no eras escuchado enseguida. Es un error, inspirado por el espíritu de la mentira, pensar que el amor de Jesús en el Santísimo Sacramento es herencia exclusiva de algunas almas privilegiadas, que han recibido del cielo el don de una piedad tierna, á la que aspiras en vano. Cree al contrario que el Señor nos ama á todos y quiere ser amado de todos. Multiplica tus visitas y tus coloquios con el amable Salvador, persevera en aguardar, en desear y en pedir su amor. Ten confianza; Jesús se acerca al corazón que no huye de él, escucha sus palabras,

Palabras de Jesús á su fiel adorador

Hijo mío: entre los motivos que pueden conducirte á mí, hay uno que debe ser el móvil de todos los demás; el amor. De los homenajes que me ofrecen, no acepto sino aquellos que me son presentados, al menos, con un poco de amor. El temor es el principio de la sabiduría, porque dispone al amor. El respeto no me honra más que cuando es una manifestación de los sentimientos de un buen hijo para con el mejor de los padres.

Cuando la multitud de mis adoradores se aprietan unos contra otros y todas las clases se confunden ante mi tabernáculo, distingo á los que más me aman: es la única acepción de personas que hago; de modo que á menudo el pobre, el alma sencilla é ignorada, el fiel que no ofrece á los ojos del mundo nada de lo que éste estima, es precisamente aquel en quien descansan mis miradas de complacencia, aquel que señalo ya con el distintivo de mis elegidos: es porque veo que me ama. Preparo la misma felicidad á los que

mi bondad no ha ganado todavía para mi amor, pero que la fe me acerca. No les cierro mi casa: mi longanimidad aguarda y mi gracia prepara su corazón llamando á la puerta de él. Que presten atención á la voz de su conciencia y oirán estas palabras dirigidas á mi discípulo ingrato: *Amigo, ¿á qué has venido?* y si no están endurecidos como Judas, el hijo de perdición, tendrán envidia por lo menos á los que me aman y solicitarán la felicidad de amarme á su vez.

¡El sacramento de mi amor! Retén bien este nombre, hijo mío; adóptalo en lo sucesivo como el que mejor expresa la esencia de este misterio, y que revela, á la vez, todos mis sentimientos y todos mis deberes. Repitiéndolo, hablarás como mis apóstoles, como mi Iglesia y como los doctores que yo le he dado. Escúchalos. Mi discípulo San Juan había descansado en mi seno durante la última comida que hice en la tierra y que precedió inmediatamente á la institución de la Eucaristía, había sentido los latidos de mi corazón y gustado cuán dilatado

estaba en aquel momento, sobre todo por el amor que se desbordaba cuando, tomando el pan y el vino, los cambié en mi cuerpo y en mi sangre para dárselos en alimento. ¿Qué dijo para hacer comprender sus impresiones y referir el milagro de los milagros? *Sabiendo Jesús que había llegado la hora en que debía dejar este mundo para ir á su Padre, habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.* Como vivió varios años conmigo, fué testigo de mi bondad, me vió compasivo hasta derramar lágrimas por la muerte de Lázaro, junto al féretro del hijo de la viuda de Naim y en la predicción de las desgracias de Jerusalén. Podía atestiguar que nadie me había implorado en vano. En fin, había asistido á mi muerte y visto correr toda mi sangre por la salvación de los hombres y, no obstante, al referir estas pruebas de mi amor no dice: *Habiendo amado Jesús á los suyos, los amó hasta el fin.* Las reserva para la Eucaristía. Es que su institución es el colmo, el último grado á que he podido

llevar mi amor; por eso las almas que han experimentado el gran valor de este beneficio lo llaman el Sacramento de mi amor.

San Bernardo lo llama el *amor de los amores*, porque este don encierra todos mis otros dones; los de la creación, redención y predestinación á mi gloria. Al ir á recibirme por viático San Felipe de Neri, exclamó: *He aquí el amor mío, dadme mi amor*. La Iglesia, adoptando las palabras de Santo Tomás, llama á la Eucaristía *Sacramento y prenda de amor*; Sacramento de amor porque nada más que el amor ha podido llevarme á darme en él á ti todo entero, y prenda de amor porque es su monumento imperecedero.

Hijo mío, al establecerlo, yo hacía mi testamento de amor; ordené á mis Apóstoles que os lo advirtieran. Ahora bien, mi testamento no podía ser más que amor en su expresión, en sus dádivas y en sus prescripciones. Un buen padre, al ir á morir es más tierno que nunca con sus hijos; les deja cuanto puede darles, les expresa su última vo-

luntad, les recomienda que se acuerden de él y que no cesen tampoco de amarle. Es todo el precio que fija á todo lo que ha hecho por su felicidad. Tal ha sido mi testamento, y mi presencia en este tabernáculo te prueba que lo cumplo. ¿Qué has hecho, hijo mío, de las cláusulas que te conciernen? ¿Qué quieres hacer? ¿Te amaré sin ser amado?

Sentimientos y súplicas del fiel adorador

No, Salvador y Dios mío, no quiero rechazar tan rica herencia, ni renunciar á este Sacramento de amor, porque, á pesar de los deplorables extravíos de mi espíritu y de mi corazón, á pesar de mis olvidos y de mi insensibilidad, creo que en este misterio sois para mí infinitamente amable é infinitamente amante, y ¿puedo reconocerlo sin querer amaros, sin dolerme de no haberos amado siempre, sin rogaros que me concedais la gracia de amaros? No amaros, ahora lo comprendo, es la más monstruosa de las ingratitudes. Retardar el amaros es

exponerme á morir sin cumplir la más importante de mis obligaciones y ser desgraciado eternamente. *Anatema á quien no os ame.* Esta sentencia es tan justa como temible, pero, felizmente para mí, no es aún más que una amenaza. Vos lo sabéis; aunque he sido culpable para con vos, nunca he pretendido sacrificar la esperanza de veros, de poseeros y de bendeciros en el Cielo. Pero ¡ay! ¿por qué no pensar que esa dicha está reservada á los que os han amado en la tierra? Ayudado de vuestra gracia y obedeciendo su inspiración, comienzo á amaros desde este momento. Sí, Jesús mío, os amo sobre todas las cosas, os consagro para lo sucesivo todos mis afectos, os amo, oh tesoro mío, mi alegría, mi gloria, mi felicidad, mi esperanza y mi todo. Sí, os amo y os amaré siempre. Pero ¿puedo creer en la sinceridad de mis protestas? ¡Ah! qué triste es esta duda. Destruid, Señor, todo cuanto puede servirle de fundamento. Os lo ruego por el recuerdo del amor que os ha hecho establecer vuestra morada entre nosotros;

por el amor que os manifiestan las almas fieles; por el fervor de los santos ángeles que os rodean. Haced que diga la verdad al proclamar á vuestros pies que quiero ser todo vuestro, que yo también os amo. ¡Que no me sea dado morir de pena por no haberos amado antes!

Y vos, oh María, madre mía, yo no me olvidaré de la necesidad que tengo de vuestra intercesión, ni de los motivos que deben inclinarme á implorarla con confianza para obtener la dicha de amar á Jesús. Es la más preciosa de todas las gracias y aquella cuyo deseo os agrada más. Dignaos escucharme, por indigno que sea, como escuchasteis á uno de vuestros hijos más devotos cuando os decía: «Oh Reina mía, haced que ame á Jesucristo y también á vos. Podeis concedérmelo, oh Madre mía y esperanza mía; hacedlo, pues.» Angel de mi guarda, repetid en mi nombre esta ardiente y humilde súplica:

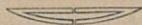
¡Alabado, adorado y amado sea siempre Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar!

REFLEXIÓN PIADOSA

¡Oh alma mía, reflexiona! La sagrada comunión es Jesús, el Dios hecho Hombre. Es la comunión que ha santificado á todos los santos. ¿Cuántas veces has recibido á Jesús durante tu vida? ¿Qué fruto has sacado de ella? ¡Oh alma mía! tan fría, tan lejos de la perfección de los santos, pide perdón á Jesús del abuso de sus gracias, y á fin de no obrar ya de este modo, toma para lo sucesivo la siguiente resolución:

RESOLUCIÓN

Jesús mío, Dios oculto en la sagrada Eucaristía, hago el propósito de prepararme con fervor la víspera y la mañana de la comunión; de acercarme frecuentemente á la sagrada mesa y pasar al menos un cuarto de hora en fervorosa acción de gracias después de la comunión, y esforzarme por corregir mis defectos. ¡Oh sagrada Hostia! dad fuerza á mi alma para cumplir sus propósitos.



Oración final, pág. 27.



TERCER EJERCICIO

DEBEMOS Á JESUCRISTO UN AMOR DE PREFERENCIA

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón

(S. Luc. c. 10.)

REFLEXIONES CON QUE SE HA DE PREPARAR
EL ALMA PARA ESTA MEDITACIÓN

Jesucristo es el Señor tu Dios, y además tu Salvador y bienhechor en la Santa Eucaristía. Por todos estos títulos tiene derecho á tu amor, no lo dudes. Pero ¿no estás convencida de esta obligación? Sí. Crees no solamente que es preciso amar á Jesucristo, sino que haces también todos los días protestas que parecen manifestar que le amas de veras. En efecto, si fueras interrogado acerca de tus sentimientos, contestarías sin titubear que las disposiciones de tu cora-

zón están de acuerdo en este punto tan importante con las de tu espíritu.

Pero ten cuidado, porque es fácil hacerse ilusiones. Algunos toman los deseos estériles de amar al Señor por un amor verdadero; creen dar testimonio de él por una sensibilidad enteramente natural, por una emoción pasajera que sólo existe en su imaginación, porque recitan con cierta atención tiernas plegarias, en las que abundan las expresiones del divino amor; se persuaden de que parten del fondo de su corazón, mientras no están más que en sus labios: porque Jesucristo se digna llamarlos á sí, creen ya haberse dado á El, confundiendo las inspiraciones que las inclina á amar con el amor mismo.

Para evitar este error ó disiparlo, si tuvieras la desgracia de haber caído en él, ve al altar, aprende de la misma boca del Salvador cuáles son las cualidades de su amor, multiplica tus visitas y tus meditaciones, á fin de adquirir este precioso conocimiento. Una vez instruído de la extensión de tus obligaciones, haz exa-

men para reconocer lo que te falta, y, fortificado con la oración, emprende con buen ánimo el cumplimiento de todo lo que exige el verdadero amor de Jesús. Ahora bien, uno de sus principales caracteres es ser soberano, es decir, superior á cualquier otro amor. Pero las palabras de Jesús, llevando la luz á tu conciencia al mismo tiempo que á tu espíritu, te harán comprender esta verdad.

Palabras de Jesús á su fiel adorador

Hijo mío, siendo el primero y máximo de mis mandamientos el amarme, he querido que conocieras toda su extensión. Mi amor tiene condiciones esenciales y caracteres que le hacen incomparable. El primero está contenido en estas palabras: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón*. Es decir, que mi amor debe ser superior á cualquier otro amor. No exijo un amor sensible, porque no siempre puede el alma experimentar esta sensibilidad, ni un amor tierno, porque sus delicias son una gracia y no un

precepto, un estímulo y no una virtud; no te exijo tampoco un amor que alcance toda la perfección de que eres capaz, aunque tengo derecho á ello, porque difícilmente conocerías ese grado. Acomodándome á tu debilidad, no he querido prescribirte una obligación que fuera para para tí un manantial de inquietud.

Sin embargo, te mando que me ames con un amor que me distinga de toda criatura, en virtud del cual me prefieras á todo y me ames sobre todo. He aquí el tributo esencial que reclamo de tí y que debes á tu Señor y á tu Dios. Rehusarlo sería la más monstruosa de las iniquidades. Decir que eres incapaz de cumplir un deber tan superior á todos los sentimientos de la naturaleza, sería olvidar á la vez que he creado el corazón del hombre para amarme, y que ofrezco mi gracia omnipotente al que pide y desea mi amor.

Pretender que soy demasiado grande para aceptar el amor de mi criatura, es olvidar que siendo la bondad misma, deseo tu felicidad, que no puede hallarse

más que en mi amor, es querer borrar de mi ley el primero de mis mandamientos.

Pero, admitiendo este precepto, ¿quién se atreverá á decir que puedo contentarme con un amor inferior? ¿Qué lengua no se negaría á pronunciar tal blasfemia? El corazón del hombre es capaz de hacerme este ultraje, pero su conciencia jamás lo aprobará.

¿Se creerá, en fin, poder honrarme amándome con un amor igual al que se tiene á lo que más se ama en este mundo? Pero eso sería hacer la temeraria y criminal tentativa de rebajar al Creador hasta el lugar de la criatura, y comparar la nada con el Sér por excelencia. Queda, pues, para tu corazón la obligación de amarme con un amor superior á cualquier otro amor.

Hijo mío, te advierto que es á tu corazón y no á tu inteligencia á quien pido este amor. Iluminado por la fe, y aun por la sola luz natural, aquel reconocerá sin trabajo que Dios es más estimable y más amable que ninguna criatura. Los

réprobos, los demonios, infractores de mi ley, tienen esta estima, á pesar de su odio y de su rebelión: es necesario, pues, que los sentimientos de tu corazón estén en armonía con la persuasión de tu inteligencia: es preciso que tu corazón me prefiera á todo y me ame sobre todo.

Para juzgar si existe esta conformidad y si tengo motivo para estar contento de ti, considera si estás dispuesto á renunciar á todos tus deseos por el anhelo de agradar al Señor tu Dios; si en la necesidad de perder tus bienes, tu empleo, tu posición en el mundo por conservar la gracia de Dios, te sientes dispuesto á llevar á cabo este sacrificio; si, obligado á escoger entre tu Dios y alguna criatura, no titubeas en romper ó rechazar cualquier otro lazo antes que violar los que deben unirte á mí. Examina, en fin, si por atractiva que sea la voz de tus pasiones, tienes la firme resolución de no escucharla jamás, y si, cuando se te ofrece la ocasión, sabes despreciarla por obedecer á la voz del Señor. Piensa, además, si al sentimiento de ha-

ber cedido alguna vez á tus inclinaciones contrarias, juntas la firmeza necesaria para sujetarlas á mi imperio, y si mis promesas te agradan más que las del mundo, prefiriendo mis inspiraciones á sus vanos discursos.

Por estas señales puedes reconocer si tu amor á mí es superior á cualquier otro amor. Esta condición es una obligación rigurosa, y no un simple consejo.

Hijo mío, al pedirte que me ames sobre todas las cosas, no te pido mucho, ni aun puedo pedirte menos, porque es justo que yo sea servido, honrado y amado en proporción á lo que soy y de una manera que me distinga de lo que no soy. Cada uno quiere ser honrado en proporción á lo que representa; así, pues, yo debo ser honrado y amado como Dios, como Creador, como Redentor y como Salvador; no exigirlo, sería negarme á mí mismo con todas mis perfecciones y mis títulos de gloria; sería autorizar un crimen que los ataca á la vez á todos.

No confundas el amor soberano que reclamo de tí con el amor exclusivo, con

el amor único, que no pido. No, mandarte que me ames con todo tu corazón, no es prohibirte cualquier otro sentimiento. Hay, ciertamente, afectos puros é inocentes, que son compatibles con mi amor. Hay objetos que permito amar, que hasta ordeno que se les ame al mismo tiempo que á mí. Quiero, pues, que tu corazón sea todo mío, en el sentido de que mi amor regule todos los demás, que los domine á todos, y que todos le estén subordinados.

Bien lo sabes; en cuanto una pasión domina en un corazón, sabe sacrificar todo lo que le es contrario, y no deja subsistir las demás pasiones sino mientras la sirven. Así, para amontonar un poco de polvo que se llama en el lenguaje del mundo fortuna, el hombre, á quien seduce la avaricia, se priva aun de los placeres más inocentes; emprende largos y peligrosos viajes; arrostra el furor de las tempestades y los rigores de las estaciones.

Así, para ser digno de mí el amor que me tengas, debe ser también un amor

dominante; entrégate, pues, á su imperio, y entonces me amarás amando á tus padres, á tus bienhechores y á tus amigos, y será servirme serles útil á ellos, mientras te pidan lo que está conforme con mi voluntad; pero si fuese preciso desagradarles ú ofenderme, debes darme la preferencia.

¿Te pido demasiado, hijo mío? Que me conteste tu corazón, porque á él me dirijo.

Afectos y súplicas del fiel adorador

¡Oh Jesús amabilísimo! Tomad este miserable corazón, haceos dueño de él; inspiradle, y sólo así se hallará en estado de contestaros. Le llamo miserable, y vos sabéis mejor que yo que lo es en efecto. ¡Cómo! ¡es necesario solicitarle tanto, instarle vivamente, para hacerle consentir en ser feliz amándoos! ¡Es preciso insistir en los motivos que le obligan á amarnos sobre todas las cosas, como si vuestros derechos fueran dudosos, como si hubiera que establecer com-

paración entre vos y las criaturas! ¡Cuán grande es su dureza y su injusticia! ¡qué locura la suya! Ciertó; razón tenía aquel humilde siervo vuestro (el V. Luis de la Puente), cuando se avergonzaba de deciros: «Señor, yo os amo con preferencia á » todo; más que á las riquezas y los honores, más que á mis padres y á mis » amigos;» porque le parecía decir: «Sé- » ñor, yo os amo más que al barro y á » los gusanos de la tierra, más que á la » vanidad y á la nada.» ¡Dios mío! aunque nada hubiera recibido de vos, debería bastarme conoceros para consagrarme á vos de todo corazón. ¿No estoy doblemente obligado á hacerlo ahora que sé quién sois, y lo que por mí habéis hecho? ¡Me habéis amado el primero y hasta el exceso! Repetídmelo, Cruz de mi Salvador que veo en ese altar, y vos, augusto tabernáculo, hablad también y hacedme comprender que Jesús, que os ha escogido por trono para hacerme gozar de su presencia, de sus bendiciones y de sus favores, merece que le ame con un amor superior á cualquier otro amor.

Os ruego, buen Jesús, que desterréis para siempre de mi corazón esta tibieza, esta frialdad, esta indiferencia, que me acusan y me confunden. Poned en él, no todo el amor que merecéis, porque no podría contenerlo, pero sí todo el amor de que es capaz.

Y vos, María Santísima, llamada por todas las generaciones Bienaventurada, dignaos no echar en olvido, que, al daros á nosotros por madre, vuestro Jesús ha querido enseñarnos á amarle con vuestro ejemplo y á pedir sus beneficios por vuestra intercesión. Rogad por mí, pobre pecador, y ordenad mi corazón según el de Jesús.

Alabado, amado y adorado sea siempre Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar.

REFLEXIÓN PIADOSA

Alma mía, ¡cuán infinito es el amor de Jesús en la sagrada Eucaristía! ¡qué grande es su amor en la misa, en la santa comunión, en el Santísimo Sacramen-

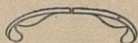
to! Por tí permanece Jesús día y noche en el altar, para oír tus súplicas, para curar tus enfermedades, para bendecirte, para hacerte feliz, para aliviarte. ¿Cuántas veces has olvidado á tu Dios? ¿Cuántas veces le has faltado al respeto? Por amor á Jesús, y en desagravio á su corazón sacratísimo, haz y cumple las resoluciones siguientes.

RESOLUCIÓN

Jesús mío, siempre presente en el altar. Jesús mío, lleno de amor y de bondad, hago el firme propósito de no pasar nunca por delante de una iglesia donde se halle reservado el Santísimo Sacramento sin inclinarme y saludar interiormente, adorando en mi corazón la sagrada Eucaristía; diré con un profundo sentimiento de adoración cuando entre en una iglesia: «Os adoro y os amo, Salvador mío, en el Santísimo Sacramento»; todos los días de mi vida haré una visita espiritual, al menos de un cuarto de hora, al Santísimo Sacramento. Jesús,

patente en la Eucaristía, concededme la gracia de que cumpla estos santos propósitos.

Oración final, pág. 27.

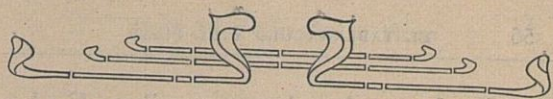


ALTERNATIVE 1. 1984

patente de la Universidad, concebida la
parte de las cosas que se han pro-
puestas.

El presente documento tiene por objeto
informar a la Comisión de la Verdad
de la existencia de un archivo de
documentos que se encuentran en
el archivo de la Universidad de
Córdoba, y que se han depositado
en el archivo de la Comisión de la
Verdad.

El presente documento tiene por objeto
informar a la Comisión de la Verdad
de la existencia de un archivo de
documentos que se encuentran en
el archivo de la Universidad de
Córdoba, y que se han depositado
en el archivo de la Comisión de la
Verdad.



CUARTO EJERCICIO

CONFIANZA EN JESUCRISTO COMO SALVADOR NUESTRO

Pongo mi confianza en Jesús

(ROM c. 14.)

REFLEXIÓN Á FIN DE DISPONER EL ALMA PARA ESTA MEDITACIÓN

Lo mismo para el justo que para el pecador, la confianza es una disposición tan saludable que, cualquiera que sea el estado en que estés, debes acercarte con frecuencia al pie de los altares para pedirle á Nuestro Señor. Obtenerla en toda su perfección, sería tener la llave de sus gracias y abrir la puerta del Cielo. La confianza levanta á los que caen y sostiene á los que todavía están en pie, pero

sin ella hasta los justos vacilan. En los combates de la virtud, nos hace invencibles y desconcierta al enemigo. En el tenebroso laberinto de los extravíos del pecado, viene á ser una antorcha que muestra claramente el camino de la vuelta: en la más violenta tempestad de las pasiones, deja oír palabras suaves y potentes, como aquellas de Jesús, cuando mandaba á los vientos y á las tormentas. En los dolores, tiene un bálsamo que los cura ó los calma. En los felices senderos de la virtud, dilata el corazón para llenarlo de favores celestiales; multiplica los socorros, aumenta las fuerzas según las necesidades, y nos hace participar de la amistad de Dios: en dos palabras, la confianza atrae á Dios al alma y el alma á Dios. Piensa, pues, con qué ardor debes desear que tu alma la tenga en alto grado; escucha, con atención los nuevos motivos que van á serte expuestos. Es el mismo Jesús quien quiere hablarte.



Palabras de Jesucristo al fiel adorador

Hijo mío, como tu Dios que soy, tengo derecho á tu confianza, pero además soy tu Salvador y es principalmente por este título por el que debes otorgármela. Recuerda lo que he sido durante el curso de mi vida mortal y considera con los ojos de la fe lo que soy ahora. De grande, de poderoso, de rico y de glorioso que era, he venido á ser por ti pequeño, débil, humilde y pobre; de Rey de los reyes, me hice servidor: cambié mi trono por un pesebre, mi felicidad por el sufrimiento, mi descanso por rudos trabajos, y el Cielo por el taller de un artesano. Tu Dios se ha hecho semejante á ti: no he conservado de mi Divinidad más que el derecho de hacer bien á todos, y no he tomado de tu naturaleza sino sus enfermedades para mejor remediarlas.

Mira á tu Jesús en el establo de Belén, envuelto en pobres pañales, reclinado en un pesebre ó descansando en

las rodillas de su Madre. Es tu Salvador, porque sus ojos lloran ya por ti entonces, te instruye y expía tus pecados; sus encantos arrebataron á los pastores, á quienes voces celestiales atrajeron á su cuna, anunciándoles que les había nacido un Salvador, y, en fin, así debía ser recibido el Redentor del género humano para comenzar su misión. Es el Rey de los reyes, porque una estrella que nunca se había visto y que fué creada expresamente para publicar su nacimiento, condujo al establo á unos príncipes venidos de Oriente, que le rindieron homenaje: y ese palacio y ese trono le convenían, puesto que venía á predicar el desprendimiento de los bienes de este mundo y á procurarte, en su lugar, los de la eternidad. Es tu Dios, porque legiones numerosas de espíritus celestiales, adorándole, cantaban sus alabanzas. Pero ¿qué decían en su cántico? *¡Gloria á Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!* Hijo mío, sería preciso tener un corazón helado por la indiferencia para no com-

prender que hay en estos principios de mi vida de Salvador un irresistible llamamiento á la confianza.

De Belén, sigue á tu Salvador á Nazaret. Aquí, un modesto taller en vez de un establo: aquí, el divino niño crece en gracia y en sabiduría; pero es la única señal de grandeza que le distingue; trabaja con San José, su padre nutricao, como el más pobre de los hijos; obedece como si no tuviera derecho á mandar. Ni una sola vez me veréis en que no sea semejante á vosotros en todo menos en el pecado, para inspirar así una fraternal confianza.

Manifiesto el mismo designio durante mi vida pública; leed con atención mi Evangelio y sabréis cuán bueno soy. Llamo á mis discípulos amigos míos; me complazco en servirles; si se alejan de mí un instante, los abrazo al regreso con el afecto de un padre. Seguidme con ellos en mis laboriosos viajes, yendo de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, para evangelizar á los pobres que acudían á mí porque comprendían que los

amaba. A veces, extenuado de fatiga, me retiraba á la soledad de los campos para descansar un poco, pero el pueblo, que se estrechaba en torno mío, no me lo permitía, y ni aun me dejaba tiempo para tomar un poco de alimento; mas, lejos de despedirle, yo continuaba instruyéndole y le consolaba. Decía á mis apóstoles: *Me compadezco de este pueblo que se parece á un rebaño que no tiene pastor.*

Observa, hijo mío, que la muchedumbre que me rodeaba se componía casi toda de fieles pobres, ó de enfermos incurables, y ni uno solo es mal recibido. Los escucho á todos; entonces me acuerdo únicamente de mi poder y los ciegos ven, los paralíticos andan, los sordos oyen, los leprosos son curados, los muertos resucitan. Sin embargo, como estos milagros podrían producir una sorpresa mezclada de temor, iban siempre acompañados de palabras benévolas. Escucha algunas: *Hijo mio, vete en paz; hija mía, ten confianza, tu fe te ha salvado.*

Considera como siendo bueno para

todos, lo fuí de una manera especial con los pecadores: me detuve junto al pozo de Jacob para convertir á la Samaritana; en casa de Simón el fariseo defendí á una gran pecadora, que regó mis pies con las lágrimas de su arrepentimiento, y proclamé que sus pecados le eran perdonados. Me conmovió la humillación de otra mujer culpable, la protegí contra aquellos que querían apedrearla y la tranquilicé diciéndole: *Yo no te condenaré; vete y no peques más*. Zaqueo, el publicano, deseó verme y me apresuré á entrar en su casa para llevarle la salvación y el perdón. Los severos fariseos toman ocasión de mi indulgencia y de mi misericordia para sospechar de mi santidad, y creen hacerme injuria llamándome amigo de los pecadores; pero yo les declaro que amo este título, que he venido á la tierra particularmente por los pecadores. Bien lo ves, hijo mío, toda mi vida ha sido un llamamiento no interrumpido á la confianza.

Recuerda además las parábolas de que me he servido para hacerte com-

prender mejor mis sentimientos respecto de ti y los que debes tener para conmigo. La del buen Pastor, que da su vida por sus ovejas, que abandona las ochenta y nueve que están en el redil para correr tras la que se ha extraviado, y que no es feliz hasta que la ha llevado sobre sus hombros en medio de sus compañeras; la del Hijo pródigo te pinta la dicha de un alma convertida, y te predicán ambas la confianza que debes tener en Mí.

Si estos motivos no bastan para ganar tu corazón, sube conmigo al calvario, y allí considera á qué precio he borrado la sentencia de condenación que sobre ti pesaba. Habiendo querido morir por ti, te negaré alguna cosa? Ten confianza en tu Salvador, y no le niegues con tus injustas desconfianzas.

Sentimientos y súplicas del fiel adorador

Amable Salvador, después de haberos oído decir: *No temas, soy yo; tomo para mí estas amables palabras y me*

tranquilizo. Lo sé, Dios mío; al decir *soy yo*, derribasteis por tierra á la tropa impía que había ido para apoderarse de vos y llevaros á la muerte. En los últimos días repetiréis á los pecadores muertos impenitentes: *soy yo*, y les haréis temblar, porque comprenderán, al fin, que sois su juez, y juez inexorable para lo sucesivo. Pero, gracias á vuestra bondad, el tiempo de la misericordia dura todavía, y cuando os dignais decirme: *Ten confianza, soy yo*, oigo á mi Salvador, al que paga mis deudas á la justicia divina y cura todas las heridas de mi alma, á aquel, en fin, que me ofrece no solamente gracia y perdón, sino también amor y protección, de suerte que no pereceré mientras quiera salvarme.

No temais, soy yo, decíais, Señor, antes de vuestra pasión, pero teneis mayor derecho á decirlo después que habeis consumado la obra de nuestra redención con la efusión de toda vuestra sangre. Por eso, al apareceros á vuestros discípulos, después de vuestra resurrección,

no os contentabais con tranquilizarles diciéndoles: *La paz sea con vosotros; no temais, soy yo*; sino que les haciais tocar en vuestros pies, en vuestras manos y en vuestro costado las cicatrices que habíais recibido. Salvador Jesús, las habeis llevado al cielo para enseñarlas á vuestro Padre como un monumento eterno de lo que por mí habeis sufrido y para interceder por mí. Es decirme que en el seno de la gloria y del poder sois tan bueno para mí como lo fuisteis en las humillaciones de vuestra vida mortal, y que, desde lo alto del cielo y de vuestro trono, me repetís: *Ten confianza, soy yo*.

Pero ¿qué hago, Señor? ¿Por qué voy tan lejos á buscar pruebas que tengo tan cerca de mí? ¿Dónde está mi fe? ¿No estoy delante del Santísimo Sacramento? ¿No se encuentra ahí ese Cordero de Dios que renueva cada día su sacrificio para expiar mis pecados? ¿No sois vos quien ha dicho: «Yo soy el pan de vida...» Si alguno come de este pan vivirá eternamente... permanecerá en mí y Yo en

»él... venid á mí todos los que estais
»cargados y yo os aliviare?»

Señor y Dios mío, yo pongo toda mi confianza en Jesús; El curará mi ceguera y será mi luz; me enseñará el camino que debo recorrer, pues quien le sigue no anda en tinieblas. Soy la debilidad misma, pero Jesús será mi apoyo para vencer á los enemigos de mi alma, que vagan en torno mío como leones rugientes prontos á devorarme, y me servirá de abogado para hacer que sea perdonado, puesto que para este fin ha querido ser mi Salvador.

He visto enternos decaídos, á quienes un mal poco sensible, pero siempre creciente, conducía á la tumba; temo que mi alma se les asemeje. También ella languidece; como una fiebre lenta, la tibia la mina, la consume poco á poco y la deja sin energía y sin actividad. Este mal es tanto más peligroso cuanto que inquieta menos; pero vos, Jesús, que comprendéis todas sus consecuencias, las remediareis; sólo vos podéis curar todas las enfermedades y espero que tendréis

piedad de las mías. Quiero proseguir las prácticas piadosas que he descuidado por hastío; seré asiduo en hacer los ejercicios de piedad y frecuentar los sacramentos; me postraré más á menudo ante vuestro tabernáculo para rogaros que me tratéis como Salvador y no como Juez.

Señor, aun cuando os hago estas promesas, no me olvido de que serían vanas si vos no me ayudaseis á cumplirlas, y, más bien que ofreceros resoluciones, son favores lo que os pido, porque todo lo espero de vos.

Virgen Santísima, Madre de Jesús, sed mi socorro en todas las cosas y la dispensadora de las gracias divinas. Haced descender á mi corazón la confianza que habéis tenido siempre en el Señor, á fin de que recoja yo con vos sus frutos en la eternidad bienaventurada. Así sea.

Alabado, adorado y amado sea siempre Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar.

REFLEXIÓN PIADOSA

Alma mía. ¡Cuán adorable é ingenioso es el amor de Jesús en la sagrada Eucaristía! Si eres digno, no solamente puedes recibirlo todos los días, sino que puedes recibirlo espiritualmente á cada hora del día. En todo tiempo y en todos los lugares, Jesús consiente en ceder á tu invitación y en derramar sobre ti sus gracias y sus bendiciones. ¡Cuántas veces has descuidado esta santa práctica!

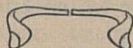
Por agradecimiento á Jesús y por amor al Santísimo Sacramento, pide el favor de cumplir la resolución siguiente:

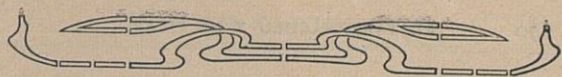
RESOLUCIÓN

Jesús mío, que sois todo amor y misericordia en la sagrada Eucaristía, formo el propósito de comulgar espiritualmente siempre que oiga misa; visitaré el Santísimo Sacramento ó rezaré el *Angelus*, y mi primera obra de la mañana, así como la última de la noche, será recitar el *Pater noster*. Deseo además ofreceros,

¡oh Jesús!, cada vez que comulgue espiritualmente y en cada instante de mi vida, el amor más ardiente y los actos más perfectos de todos los santos y de vuestra Madre Santísima. Deposito esta resolución en el tabernáculo, al pie del Santísimo sacramento, suplicándoos que la guardéis vos, ¡oh Dios mío!

Oración final, pág. 27.





QUINTO EJERCICIO

CUÁN PRECIOSO ES EL FAVOR
QUE JESUCRISTO NOS CONCEDE
PERMANECIENDO CON NOSOTROS
EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

*¿Qué es el hombre para que os acordéis de él?
¿Qué es el Hijo del Hombre para que le visitéis?*
(Ps. VIII.)

REFLEXIONES Á FIN DE PREPARAR
EL ALMA PARA ESTA MEDITACIÓN

El Profeta considera aquí el lugar elevado en que Dios ha colocado al hombre entre todas las criaturas de este mundo visible, y los beneficios de que le colma su providencia; y penetrado de agradecimiento, exclama: «Señor, Dios nuestro, » ¡qué admirable es vuestro nombre en » toda la tierra! Vuestra grandeza es su- » perior á los cielos. Miro el cielo, obra » de vuestras manos, la luna y las estre-

»llas, criaturas vuestras; pero no en-
»cuentro nada tan excelente como nues-
»tra naturaleza, que habéis establecido
»sobre todas vuestras obras: habéis pues-
»to á nuestros pies los rebaños, los ani-
»males que pacen en los campos y las
»bestias de carga; los pájaros del cielo,
»los peces del mar y todo lo que se
»mueve en las aguas. Todo nos obedece,
»y no parece destinado sino para servir-
»nos, recrearnos y alimentarnos. ¿Qué es,
»pues, el hombre para que os dignéis
»acordaros de él? ¿Qué es el hijo del
»hombre para que le visitéis con la efu-
»sión de vuestros beneficios?» Mas si es-
ta preeminencia del hombre en el orden
material y temporal merece nuestro agra-
decimiento, ¿qué no debemos al Señor
por lo que hace con nosotros en el orden
espiritual y eterno? Si los cuidados de la
Providencia que tienen por objeto nues-
tro cuerpo, y que llama el Profeta un re-
cuerdo, una visita de Dios, excitan su
admiración, ¿qué debemos pensar y sen-
tir á la vista del santo Tabernáculo, don-
de nuestro Señor Jesucristo no se con-

tenta con visitarnos, sino que se ha dignado fijar en él para siempre su morada? Alma cristiana, tu fe es demasiado viva para que sea necesario advertirte que nuestro Señor, siendo Dios, llena con su inmensidad el cielo y la tierra. ¿Cómo podría estar encerrado en una iglesia, en un tabernáculo? No tienes, pues, necesidad de ir á ese lugar santo para hallar la presencia de su Divinidad; no se trata aquí ni aun de un lugar privilegiado, escogido por Dios para manifestar su gloria ó su voluntad, tales como los parajes en que apareció á los Profetas ó al pueblo antiguamente. El Señor te concede un favor más tierno y mejor adaptado á tus necesidades y á tu debilidad. Sin cesar de ser nuestro Dios, se hizo hombre para ser nuestro Salvador, tomó un alma y un cuerpo semejante á los nuestros, viniendo á ser nuestro hermano. Ahora bien, la fe nos enseña que desde esta adorable Humanidad, siempre unida al Verbo, subió al cielo, donde reina triunfante y glorioso sobre los Angeles y los Santos, y se quedó con nosotros en

el divino Sacramento. Es un misterio, y nuestra razón no podrá comprenderlo, pero nuestro espíritu lo cree porque lo dice Dios, cuyos pensamientos no son los nuestros, ni sus designios nuestras limitadas y estériles concepciones. Es un milagro inaudito. Es tan tierno y tan grande que excede á todos los que había obrado hasta entonces nuestro amable Salvador. Pero nuestro corazón lo admite y lo acepta porque el poder de Jesús no tiene más límites que su bondad y su amor, que no los han conocido jamás, y si fuéramos insensibles á ese favor, nuestra ingratitud sería inexcusable. Alma cristiana, cree y sé dichosa. Recógete para escuchar á tu Salvador, es El quien va á hablarte.

Palabras de Jesús á su fiel adorador

Hijo mío y discípulo, tú sabes lo que he hecho por amor á ti antes de la institución del Sacramento de mi altar: por ti he dejado el trono de mi gloria y he venido á esta tierra que habitas; por ti

he nacido en la pobreza y he vivido en la humillación; por ti he muerto en la cruz. Era necesario para rescatarte del infierno, para instruirte con mis ejemplos, para abrirte nuevamente el cielo y volver á ponerte en el camino que á él conduce. Confiésalo, aun cuando yo hubiera reducido á esto las manifestaciones de mi bondad y de mi amor, tendría derecho á todo tu agradecimiento. Mas, era sólo el ensayo de mi ternura: reservaba los testimonios más conmovedores para el Sacramento de mi altar. Aquí es donde he establecido mi morada hasta el fin de los tiempos para estar á tu lado y contigo.

Es aquí, donde previniendo todas tus súplicas, y haciendo desaparecer la distancia que parecía alejarme de ti en mi estado de gloria, puedo decir: Hijo mío, *¿qué he debido, qué he podido hacer, que no lo haya hecho?* No he querido que pudieras contestarme: Señor Jesús, me habeis dejado vuestra Iglesia, vuestras gracias, vuestras divinas enseñanzas, vuestros santos ejemplos, pero vos os

habeis ido al cielo, y yo estoy condenado á gemir algunos años lejos de vuestra amable presencia. No, tú no puedes hablarme así porque yo no te he abandonado; porque esa hostia que se halla encerrada en el tabernáculo de mi amor, ó que ves colocada en la custodia como en un trono, soy Yo mismo. Por mi poder, lo que te parece que aún es pan, ha sido cambiado en mi cuerpo y en mi sangre.

Estás, pues, en presencia de Jesús, que nació en Belén y en cuyo honor entonaron cánticos los Angeles, que pasó á Judea, é hizo bien á todos, y que al morir cubrió de luto la naturaleza entera. Estás delante de Jesús resucitado, que, al recobrar la vida en el día que había anunciado y escogido, probó que era su Señor y Autor. Está presente en ese altar y te ve el Dios Salvador, que se halla sentado á la diestra de su Padre, y que reina en lo más alto de los cielos.

Cuando, derribado en el camino de Damasco y rodeado de una brillante luz, Pablo exclamó admirado y temblando:

¿Quién sois, Señor? Yo le respondí: Soy Jesús. Mi voz no es siempre tan solemne, pero recógete y oirás que también á ti te dice: *Soy Jesús*. ¿No estás ya bajo la impresión de esta palabra? Ese inefable sentimiento de religión que se apodera de tu corazón, que inclina tu frente y te hace golpear el pecho, esa unción que te penetra, esos ejemplos de tervor que te rodean y te conmueven, esa tranquilidad profunda que te pone al abrigo del ruido y de las tempestades del mundo, esa alegría íntima, ese nuevo bienestar que experimentas, ese dulce principio de un amor que no se parece en nada á las afecciones de la tierra, son otras tantas voces que te advierten que Jesús está á tu lado.

Pero, hijo mío, ¿por qué estoy contigo? No tengo ninguna necesidad, ni como Dios, de establecer y conservar relaciones contigo en la mansión de la gloria. Tu Dios es feliz por sí mismo. Es infinito, inmutable, eterno, omnipotente; encuentro la suprema felicidad en el goce y en la contemplación de mis perfeccio-

nes. Creador y conservador del universo, derramando sobre todo lo que respira, la luz y la vida, dueño absoluto de todas las cosas, y disponiendo libremente de todas las criaturas, ¿qué puedo recibir de ellas? Todos los bienes que tienen y todas las cualidades que poseen proceden de Mí como de su principio. Nada puedes ofrecerme que no tenga en Mí mismo.

¿Qué puedo así también desear y esperar de ti como hombre, ahora que he subido al cielo? La felicidad de mi Humanidad es completa, como la de todos mis Santos. Mil millones de Angeles me adoran y no se cansan de cantar mis alabanzas. ¿Qué son tus homenajes respecto de los suyos? Y, sin embargo, no he querido pasarme sin ti; y para tener contigo un trato de amor recíproco, he instituído este sacramento que contiene real y substancialmente mi cuerpo, mi alma, mi divinidad: estoy tan cerca de ti como los espíritus celestiales que rodean mi trono; como estaba próximo al pueblo fiel que se precipitaba en pos

de Mí mientras me hallé visible en la tierra.

Estoy contigo, y, si me amas, no me separaré de ti jamás; te acompañaré á tu salida de este mundo para llevarte al cielo, donde caerán los velos que te ocultan todavía mi Majestad. No he querido, pues, otorgarte un beneficio pasajero con intención de quitártelo cuando los intereses de mi gloria, los derechos de mi amor desconocido y mi santidad violada, parecieran exigirlo. Así obraría una bondad limitada; de este modo obran los hombres, que, al prometer, formulan condiciones, de las que hacen depender su promesa, dispensándose á veces de cumplirla; pero tu Dios y Salvador, al prometer estar con sus discípulos hasta el fin de los siglos, no ha puesto ninguna condición ni ha hecho ninguna excepción.

Hijo mío, mis miradas abarcan el porvenir lo mismo que el presente. Conocía de antemano los ultrajes de los impíos, que blasfemarían contra mi amor, que destrozaban mis tabernáculos y piso-

tearían mi cuerpo: veía entre mis propios hijos, no solamente indiferentes é ingratos que se olvidarían de que resido en el tabernáculo para recibir sus votos y sus homenajes, sino profanadores y sacrílegos que escogerían el gran misterio de mi amor para consumir contra Mí los más crueles atentados. Lo que preveía se ha realizado; encontrarás la prueba en los anales de mi Iglesia y en los culpables ejemplos de que eres testigo á veces. ¡Cuántos ultrajes no he recibido y recibiré aún en lo sucesivo que no conocerás más que en el día solemne de las revelaciones de mi justicia! Pues bien, todo esto no limita ni limitará jamás mi longanimidad y mi constancia. Hijo mío, ¿te atreverás á decir que no es un amor intenso el que me hace cumplir este designio?

Muchos me abandonan ó no me visitan sino raras veces; tienen tiempo para conversaciones frívolas y no disponen de algunos instantes para hablar conmigo. Las horas pasan de prisa cuando están con sus amigos, y cuentan los cor-

tos momentos que me dedican; ¿quieres tú imitarlos?

Sentimientos y súplicas del fiel adorador

Señor mío Jesucristo, ¡quién no admiraría vuestra indulgente bondad! Me interrogais acerca de mis disposiciones para el porvenir, como si no tuvierais que reconvenirme por el pasado. Pero lo que vos no haceis, debe hacerlo mi conciencia. ¡Ay! cada una de mis palabras me recuerda una de mis ingratitudes. Las confesaré á mi Salvador, deplorándolas amargamente en mi corazón. ¡Haga vuestra divina gracia que mi confesión sea sincera y mi sentimiento bastante profundo para obtener el perdón y hacerme, en lo sucesivo, fiel en cumplir las obligaciones que me impone el beneficio de vuestra presencia en el Santísimo Sacramento! No he pensado en este favor... No he ido nunca expresamente á visitaros para daros gracias... No he admirado nunca, como debía, la generosidad, el desinterés, la ternura y la constancia

del amor que os atrae hacia nosotros y os retiene en el tabernáculo... He permanecido mudo mientras mi fe me hacía oír los cánticos de los Angeles y escuchaba á la Iglesia unirse á ellos... No he sabido encontrar una palabra para bendeciros... Mi corazón no ha sido menos estéril que mi lengua: pocas veces ha gustado del placer de vuestra presencia, y, aun entonces, sólo experimentaba una emoción pasajera y de corta duración, de la que nada he conservado al retirarme de vuestros altares. De esta manera, he perdido la centellita de amor que os habíais dignado otorgarme, en lugar de conservarla cuidadosamente por medio de la oración.

¡Amable Salvador mío, yo tenía tantos motivos para visitaros! Podía verificarlo sin perjudicar á mis deberes y no lo he hecho. ¡Cuántos días me ha instado vuestra bondad á que recibiese vuestra bendición, á que asistiese al divino sacrificio, á que entrase, por lo menos, á adoraros, cuando pasaba por delante de vuestra iglesia y no os he obedecido! Al

llegar á tan santo lugar, yo debiera haber dicho como San Bernardo á la entrada de su oratorio: *Quedaos ahí, pensamientos de la tierra, dejadme solo con mi Dios; volveré á tomaros cuando haya acabado mi conferencia con El.* Hubiera debido recoger mi alma toda entera y poner á vuestros pies mi memoria y mi corazón, pero he dispuesto de la una y del otro alejándome cada vez más, en lugar de acercarme á vos. Adorabilísimo Salvador, llevo á vuestra presencia el recuerdo de los vanos objetos de la tierra y, ¡ay! demasiado á menudo le doy una culpable preferencia. Si al menos mis distracciones y mis tibiezas fueran involuntarias, vos excusaríais mi debilidad y os dignaríais tener en cuenta mis buenas resoluciones; no puedo, sin embargo, ofrecer este título á vuestra piedad, pero la imploro, ¡oh mi buen Jesús! con tanto más ardor y confianza cuanto que la merezco menos, pues perdonando á ingratos tales como yo, vuestra misericordia aparecerá de una manera más admirable. Dignaos olvidar el pasa-

do y bendecir mis resoluciones presentes: sí, ayudado de vuestra gracia, vendré con mayor frecuencia á gozar de vuestra divina presencia, con más respeto y sobre todo con más amor, porque de otro modo no satisfaría la deuda que me impone vuestro amor.

¡Oh María, Madre amantísima, dignaos serlo para mí en este momento, obteniéndome de vuestro divino Hijo una parte de los inefables sentimientos que teníais en Nazaret, cuando vivíais con El y de los que experimentabais después de su ascensión al cielo ante el augusto Sacramento! Vuestro ejemplo y vuestras oraciones inflamaban la piedad de los primeros cristianos; obtenedme que os imite como ellos.

¡Alabado, adorado y amado sea siempre Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar!

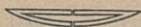
REFLEXIÓN PIADOSA

¡Oh, alma mía! Jesucristo ha dado su cuerpo y su sangre como alimento y como bebida, á fin de que puedas obtener

la vida eterna, resucitando á ella en el día del juicio. Tú posees aquí en la tierra un tesoro que nada le excede ni aun en el cielo. Dios mismo, Jesucristo es tuyo. ¡Oh misterio sagrado! ¡Fe santa!

RESOLUCIÓN

Jesús mío, siempre presente en el Santísimo Sacramento, árbol de vida, maná del cielo, cordero pascual, pan de los ángeles, trigo de los elegidos, vino que engendra vírgenes, en agradecimiento de uno de vuestros más preciosos beneficios, el de la fe firme en vuestra presencia real, formo la resolución de daros gracias todos los días de mi vida, y rogar por la conversión de los herejes, á fin de que puedan también amaros, ¡oh Jesús!, y creer en vos en la Santísima Eucaristía. Sagrado Corazón de Jesús, fortaleced mis débiles resoluciones.



Oración final, pág. 27.



SEXTO EJERCICIO

EN LA EUCARISTÍA JESUCRISTO NOS DA SU CORAZÓN NOSOTROS DEBEMOS OFRECERLE EL NUESTRO

Mi corazón estará allí todos los días

(LIB. 3.^o DE LOS REYES, C. 9, V. 3.)

REFLEXIONES Á FIN DE PREPARAR EL ALMA
PARA ESTA MEDITACIÓN

Al día siguiente de la muerte de Jesús, José de Arimathea y las piadosas mujeres que asistieron al acto de dar sepultura al Salvador, pudieron ver y adorar su corazón que sangraba todavía, y sin duda sus lamentos se hicieron más amargos, sus lágrimas fueron más abundantes y sus gemidos más profundos, diciéndose: he aquí cómo nos ha amado: entre tanto, Jesús guardaba el silencio de la tumba.

Permíteme que te pregunte cuáles serían tus sentimientos y tus deseos si supieras que el divino Salvador estaba aún allí, y que aguardaba con sus elegidos el día de la resurrección general. ¿No querías ir á visitarle? Envidias á los peregrinos que, hace diez y nueve siglos, acuden de todas las naciones del universo al Santo Sepulcro, donde Jesús no está ya; ¿qué sería si tuvieras seguridad de encontrarle allí? ¿Qué sería si pudieras esperar, que, visitando ese lugar santo, te había de ser dado apartar el sagrado sudario y, puesto de hinojos, entrever y adorar el divino Corazón del Salvador, traspasado por la lanza de los verdugos, á través de la cicatriz que quiere conservar eternamente?

Mas, ¿por qué hacer estas suposiciones en presencia de la realidad? ¿Por qué desear lo que se posee? ¿Por qué pensar en ir á buscar lejos lo que se tiene tan cerca? Éstas delante del santo tabernáculo y no delante de una tumba; tienes ante los ojos de la fe, no un cuerpo pálido, desfigurado, cubierto de

llagas abiertas todavía, tal como fué recibido por la Madre de los Dolores al bajarlo de la cruz, sino un cuerpo resucitado, glorioso y triunfante, que hace las delicias del cielo, y que sólo conserva sus nobles cicatrices como un recuerdo de sus combates y de sus victorias; en una palabra, te hallas en presencia de Jesucristo vivo, de Jesucristo todo entero, porque su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad están inseparablemente unidos, y, por consiguiente, no se trata para ti de ir á honrar un corazón embalsamado, sino de recibir nuevos beneficios de un corazón que te ama mucho. He aquí por qué tu amable Salvador no se contenta con decir: *Estoy con vosotros hasta la consumación de los tiempos; este es mi cuerpo, que ha sido entregado por vosotros; esta es mi sangre, que ha sido derramada por vosotros.* Sino que añade: *Mi corazón permanece aquí para siempre.* A nadie preguntes cuál es, en esto, la intención de Jesús; El mismo va á decírtela.

Palabras de Jesucristo al fiel adorador

Hijo mío, cuando te mando que creas que mi corazón está en la Eucaristía, quiero que creas también que está allí porque te lo ofrezco, te lo doy, y deseo que, á tu vez, me des el tuyo: es el fin principal de la institución del Sacramento de mi amor.

Te doy mi corazón; está aquí para entregarse á todos aquellos que no le desechan. No aguardo que me lo pidan, siempre me anticipo, voy al encuentro, aún de aquellos que no piensan en buscarme. Bien sabes que este pensamiento y el deseo que le sigue son una gracia, y que nadie viene á mí sin haber oído primero mi voz que le llama. Pero esta voz resuena en el mundo entero: mi nombre ha sido llevado hasta los confines de la tierra, todas las naciones saben que me llamo Jesús, salvador, libertador y redentor del género humano. Ahora bien, si ofrezco mi corazón á todos por las atenciones de mi misericordia, aún á los mismos infieles, ¿lo negaré á los cristia-

nos, á quienes yo he regenerado y colocado por el bautismo en el seno de mi Iglesia, á aquellos que yo he adoptado por hermanos y ha puesto mi Padre en el número de sus hijos? A estos, pues, se dirige más directamente y con mayor ternura esta palabra mía: *Os doy mi Corazón*. El amor es mi vida eterna y celestial, y al tomar la terrena, no podía escogerla más que marcada con el mismo carácter. Cuando me uní hipostáticamente á la naturaleza humana, y quise elevarla hasta hacer conmigo una misma persona, no pude dejar lo mejor que tiene, mientras el pecado no lo ha degradado, es decir, el corazón: y *la vida del corazón es el amor*.

He pasado por la tierra haciendo bien, ó lo que es igual, amando. Cuando los desgraciados, sabedores de mi bondad, acudían á Mí é interrumpían mis predicaciones para implorarme, mi Corazón respondía siempre: Hijo mío, ten confianza; quiero, sé curado. Cuando los niños se escapaban de los brazos de sus madres para precipitarse á mi encuentro

con ardor, es cierto, pero también con toda la indiscrección é importunidad de su edad, aunque mis discípulos querían apartarlos, mi Corazón decía: *dejad que vengan á Mí esos pequeñuelos, porque el reino de los cielos es suyo*; y los abrazaba y bendecía á todos. Siempre que la muchedumbre, después de haberme escuchado en las ciudades y en las aldeas, me seguía hasta los desiertos, á donde me retiraba con mis Apóstoles para tomar algún descanso, yo no me quejaba, sino que conmovido de su solicitud y constancia, y penetrado de sus necesidades, mi corazón exclamaba: *Tengo compasión de este pueblo, porque parece un rebaño sin pastor.*

Era mi corazón también el que decía: *doy mi vida por mis ovejas*: y mi corazón, desde lo alto de la cruz, pedía perdón para mis verdugos y hacía esta oración: *Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen.*

Pero hay, hijo mío, una circunstancia en que mi corazón se ha mostrado todavía más amante, en mi último discurso

del cenáculo, en mi testamento, en la herencia que he dejado á los que amaba. Esta herencia soy Yo mismo, es mi cuerpo, mi sangre, mi alma, mi divinidad, es en particular mi Corazón. La Eucaristía no es solamente una emanación de mi Corazón, es su completa y perpetua emanación. Si me ruegan es mi Corazón el que escucha; si me interrogan, mi Corazón responde: si corren lágrimas en mi presencia, mi Corazón las recibe y las seca suavizando su amargura. Cuando los pobres pecadores vienen á implorar favor, mi Corazón, conmovido de su arrepentimiento, los acoge con solicitud y apenas les da tiempo para exclamar: *He pecado*; pues son perdonados enseguida. Mi Corazón se abre con mayor razón para las almas justas; jamás vienen á Mí sin recibir nuevas gracias, sin que el amor que me une á ellas se vuelva más ardiente y más íntimo.

Es, pues, cierto que el Corazón de tu Salvador y de tu Dios está aquí para ti, pero, ¿dónde está el tuyo? ¿A quién

pertenece? ¿A quién quieres darlo? ¿Titubearás todavía para hacer la elección? Consulta los derechos de la justicia. ¿Quién puede pretender el poseer ese corazón con los mismos títulos que yo? ¿Quién te ama como Yo te amo? Consulta el agradecimiento: tú me debes todo lo que eres y todo lo que tienes, ¿quién puede dar á tu corazón la paz, el descanso, el consuelo y la dicha que Yo le aseguro para esta vida y para la eternidad, si se da á Mí? Consulta mis deseos: no puedes ignorarlos: *Hijo mío, dame tu corazón.* Para Mí lo he hecho, te lo pido en agradecimiento á cambio del mío. ¿No comprendes que todas las ventajas de esta recíproca donación son para ti? Entre los bienes de que te he colmado, tu corazón es lo único que me he reservado; es también lo único que puedes conceder ó negar: jamás tomaré tu corazón contra tu voluntad. Quiero deberlo al buen uso de la libertad que te he concedido: demasiado tiempo me lo has rehusado, hijo mío, pero dámelo y olvido lo pasado.

Sentimientos y súplicas del fiel adorador

Salvador y Dios mío; comprendo, al fin, que sois el mejor de los padres, que sólo vos merecéis este nombre, que sois infinitamente amable. Vuestro amor me reclama; yo no puedo alcanzar su altura, ni medir su extensión, ni penetrar su profundidad. ¡Me pierdo en este abismo! Señor, os dignais ofrecermos vuestro Corazón para inducirme á ofreceros el mío. Sin embargo, ¿qué vais á ganar en este cambio? ¡Vuestro Corazón es tan grande y el mío tan vil y tan pequeño! ¡Vuestro Corazón es tan tierno y el mío tan duro! ¡Vuestro Corazón es tan fiel en cumplir sus promesas y el mío es tan inconstante! ¡Vuestro Corazón es tan generoso y el mío es tan fecundo en sus reservas y restricciones! No podéis, pues, encontrar en mí ninguna compensación, oh misericordioso Salvador, y, sin embargo, alentado con vuestra amable invitación, me atrevo á ofreceros este miserable corazón, y os ruego, además, que añadais un nuevo beneficio; cambiadlo

primero, y luego tomadlo vos mismo y guardadlo.

Vos sólo sabéis cuán indigno es mi corazón de vos, pero poned en él todo lo que deseáis hallar para unirlo al vuestro. Os lo prometo; lejos de resistir á vuestra gracia, me aprovecharé de su ayuda para apartar lo que os ofende y abrazar lo que os agrada: mas, ¡ay! tengo sobrados motivos para desconfiar de mí y no contar sino con vos.

Tomad vos mismo mi corazón. ¿Cuántas veces no os he dicho que os lo daba? pero conservaba mil lazos que le impedían ser vuestro; mis protestas no eran sinceras. Haced, Señor, que esta vez o sean; no permitais jamás que me olvide de que la ofrenda que os hago es un don irrevocable. Vuestro Corazón está siempre aquí para mí; que el mío sea vuestro siempre en todas partes, pero sobre todo en la Eucaristía.

Virgen Santísima, yo no debo olvidar que todo cuanto ofrecéis á vuestro divino Hijo es siempre bien recibido; animado con esta confianza, pongo mi corazón en

vuestras manos maternas, á fin de que vos se lo presentéis por mí y que desde este instante vuestro Jesús sea el Dios de mi corazón y mi herencia en el tiempo y por toda la eternidad. Amén.

¡Sea siempre alabado, amado y adorado Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar!

REFLEXIÓN PIADOSA

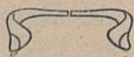
Alma mía, estos milagros están destinados por Dios para reanimar tu fe y hacerte confiada respecto á la bondad vigilante de la divina Providencia; sobre todo debe enseñarte el respeto de la casa de Dios, que es santa porque el Verbo eterno habita en ella. ¡Ay! ¡Cuántas veces la Iglesia de Dios ha sido profanada por los malos! ¿Es siempre respetada como debería serlo, por los mismos cristianos? ¡Oh alma mía! ¿No has sido nunca culpable de alguna irreverencia?

RESOLUCIÓN

¡Mi muy amado Jesús! Vuestras iglesias son tan santas como el Santuario de Loreto. Todos los años, Señor, suspiramos y lloramos al saber que algún templo, algún altar ó algún tabernáculo ha sido profanado. ¡Yo adoro vuestra paciencia, Dios mío! y para desagraviaros de mis irreverencias y las de todos los pecadores, tomo la resolución de venerar siempre vuestros santuarios, y no hacerme nunca culpable de una palabra, de un gesto, de una mirada ó de una acción indigna de la santidad de vuestra casa. Vuestra Iglesia, oh Señor, *es la casa de Dios y la puerta del cielo.*

Hostia divina, hacedme fiel á esta resolución.

Oración final, pág. 27.





SEPTIMO EJERCICIO

MOTIVOS QUE NOS OBLIGAN Á RECIBIR LA BENDICIÓN DEL SMO. SACRAMENTO

Os daré mi bendición

(LEVIT XXV. 12.)

REFLEXIÓN CON QUE SE PREPARARÁ EL ALMA
PARA ESTA MEDITACIÓN

Bendición, bendecir son términos familiares en el lenguaje cristiano, y que debieran estarle reservados exclusivamente. En efecto, expresan á la vez la bondad que tiene Dios con nosotros y nuestra piedad hacia él, las pruebas de su protección y los sentimientos de nuestro agradecimiento: siempre van acompañados de pensamientos de virtudes, de consagración y de esperanza, de alegría y de felicidad.

Se dice: Bendigo el día en que formé ese proyecto ó hice esa obra, por decir: Ese día es feliz para mí. Dícese de un prelado, que por su talento y su celo se ha mostrado digno sucesor de los Apóstoles, de un rey que ha gobernado con sabiduría, justicia y benevolencia, de un cristiano caritativo y piadoso, cuyos días transcurren glorificando á Dios y favoreciendo á sus hermanos: Todo el mundo lo bendice: su memoria será bendecida. ¿Queremos caracterizar un acontecimiento dichoso, un bien que deja cumplido el deseo de quien lo recibe? lo llamamos una bendición. Cae abundante lluvia sobre nuestros campos sedientos y exclamamos: ¡qué bendición! Un padre tiene un hijo que se distingue por su talento y sus triunfos, por las buenas cualidades del corazón y del espíritu: se le felicita diciéndole que es un hijo de bendición.

Bendición y bendecir son términos de nuestro culto. Job, que sustruyó á un mismo tiempo todos los dolores de la vida, permaneció sumiso y resignado y bendijo á

Dios. David, al quedar vencedor de sus enemigos, bendijo al Señor é hizo un llamamiento á todas las criaturas para que le bendijeran con él.

Bendito sea Dios, es una aspiración tan necesaria y tan agradable al corazón del cristiano, como el aire puro que penetra en sus pulmones y conserva su vida. Ahora bien, bendiciendo á Dios queremos alabarle, adorarle, darle gracias, suplicarle y expresarle el anhelo de que sea conocido y servido por todos y en todo lugar.

Dios también bendice, y su bendición es el conjunto de todos sus beneficios y el testimonio solemne de su infinita bondad. Lo que Dios ha bendecido le pertenece, y aquel á quien ha dado su bendición no tiene ya que desear nada sino conservarla, ni otra cosa que temer sino perderla.

Pero hay una circunstancia en que la bendición recibida de Dios merece de nuestra parte una atención particular, porque nos procura gracias más preciosas y más abundantes, y nos impone

más dulces é importantes obligaciones; es aquella en la cual se digna bendecirnos el mismo Señor en el Santísimo Sacramento.

Considera qué favor te concede entonces, si no pones á ello obstáculo, ó, mejor, escucha á Jesús. Va á enseñarte la estimación que debes hacer de su bendición y los motivos que te obligan á recibirla siempre que puedas.

Palabras de Jesucristo á su fiel adorador

Hijo mío, siempre antigua y siempre nueva, mi bondad se ha complacido y se complacerá siempre en bendecir. He amado, amo de continuo y mi amor bendice.

Soy el *Verbo de Dios*, por quien todo ha sido hecho, y sin el cual no se hizo nada. Desde el principio del mundo, después de haber creado el cielo y la tierra, como Padre y como supremo hacedor de todas las cosas, dirigí miradas de complacencia á las criaturas inanimadas, y las encontré buenas y conformes á mis

designios; pero bendije á las que había creado con vida, reservando una bendición especial para Adán y Eva, tus primeros padres, á quienes hice á mi imagen y semejanza.

Cuando estuvo terminada la obra de la creación, bendije el día que dediqué para mi descanso, y quise que en lo sucesivo, el último día de la semana fuera consagrado á darme culto.

Después del diluvio y de haber preservado de él á Noé y sus hijos, que fué como una segunda creación, los bendije como había bendecido á Adán y Eva.

No creas, hijo mío, que esta bendición ha sido un favor pasajero y personal, que debía concluir con los que la recibieron de Mí directamente; no gozaron de ella sino como depositarios, pues quise que fuera una herencia de familia, que, transmitida de generación en generación, hiciera felices también á sus últimos descendientes. He aquí por qué los patriarcas de los primeros tiempos, dóciles á mis inspiraciones y á mis órdenes, dejaron mi bendición á sus hijos co-

mo la más rica y más gloriosa herencia.

Luego que mi servidor Moisés hubo dado mi ley á mi pueblo y quiso reunir en una postrer exhortación los motivos más propios para hacérsela observar, detalló las bendiciones que yo derramaría sobre él en recompensa de su fidelidad. Cuando los Profetas querían traer nuevamente á la obediencia aquella nación rebelde é ingrata, juntaban á las amenazas la promesa de nuevas bendiciones, que seguirían á las señales de su vuelta al Dios de sus padres.

Hijo mío, hasta aquí, sólo has visto figuras y anuncios de los bienes futuros que deberían ser tu patrimonio. Había sido dicho á Abraham: *Todas las generaciones de la tierra serán benditas en tu posteridad.* Ahora bien; es en Mí y por Mí como ha sido cumplida esta promesa, y las nuevas bendiciones que Yo he traído á la tierra, exceden en mucho á las que concedía á mi antiguo pueblo. Estas tenían por objeto lo que convenía á esos corazones groseros, una prospe-

ridad temporal, la abundancia de las cosechas, la multiplicación de los rebaños, la victoria sobre las naciones que se atrevieran á atacarles. Mas, en las bendiciones que doy están contenidos los bienes del orden sobrenatural, los bienes de mi gracia, que son las verdaderas riquezas del alma. Escuchad á mi Apóstol, ó, mejor, repetid con él: «Bendito sea el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado en Jesús de toda clase de bendiciones espirituales para el cielo.»

Ved cómo la Iglesia, guiada por mi espíritu y depositaria de mis tesoros, se complace en multiplicar este beneficio, pero os importa observar, que la bendición es dada siempre en mi nombre y en virtud del poder que Yo he delegado. El sacerdote, el obispo, el papa mismo no lo olvida; de ahí estas palabras de que se sirven en todas las ocasiones: *Que el Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo os bendiga*, ó bien: *La bendición de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre vosotros ahora*

y siempre. Obran como ministros míos, propiamente hablando; no dan la bendición, me ruegan á Mí que la dé, pero como he hecho á la Iglesia depositaria de mis gracias, su oración es atendida, Yo bendigo por ellas. Este pensamiento debe hacerte feliz todas las veces que participes de este favor.

Hay una bendición, sin embargo, para la cual no he querido ser representado, es la que doy Yo mismo en el Sacramento de mi amor: entonces os bendigo directamente. Aviva tu fe y verás extenderse sobre ti para bendecirte, aquellas mismas manos que multiplicaban en el desierto, bendiciéndolos, los panes y los peces para alimentar á un pueblo fiel; que en las ciudades y aldeas, por todas partes adonde dirigía mis pasos, se levantaban sobre la cabeza de los desgraciados para bendecirlos y curarles sus enfermedades; que hacían á las madres tan dichosas, cuando Yo acariciaba y bendecía á sus hijos. Cree, hijo mío, que tengo siempre la misma bondad é igual poder. ¿Cómo te habían de ser

rehusados los favores en un Sacramento, que no subsiste sino para otorgarlos y en el que se multiplican los divinos prodigios?

Acércate con solicitud al Tabernáculo, porque Yo bendigo á todos los que me visitan con amor, y nadie se retira sin haber recibido este testimonio de mi bondad. Acércate con frecuencia, porque la fuente de mis bendiciones no se seca jamás, á fin de que puedas hallar refrigerio en las necesidades, que se renuevan con los combates y las pruebas de esta vida.

Visítame principalmente en aquellos solemnes momentos en que sabes que doy mi bendición pública para recompensar los homenajes públicos de mis fieles. En esos momentos el cielo y la tierra se confunden, los cánticos de mis Angeles se mezclan con los de mis hijos; entonces abro para todos los tesoros de mis gracias, entonces no niego nada. Accraos á Mí y recibiréis según vuestros deseos, como lo prometí por mi Profeta.

Indemnizadme de la ingratitud y de

la indiferencia de los malos corazones, que se alejan de mi santuario y que no aprecian ni mi amor, ni mis beneficios; manifiesta con tu asiduidad el aprecio que haces de ellos.

Sentimientos y súplicas del fiel adorador

Jesús mío, bendecid las consoladoras palabras que acabo de oír, bendecid también la impresión que en mí han producido, los sentimientos que me inspiran y las resoluciones que me han hecho ya formar. Gracias á vos comprendo un poco mejor el don de Dios, el don de mi Salvador, el don precioso de vuestra bendición.

¿Por qué, hombre de poca fe y de tan tibio amor, no lo he comprendido antes? Quizá hubiera secundado mejor vuestros amables designios; habría respondido con prontitud á vuestro llamamiento paternal. Yo no pensaba en la hora que habíais escogido para bendecirme, ó si me la recordabais, procuraba olvidarla bajo el vano pretexto de que no tenía

tiempo para ir á este saludable ejercicio. Sí, Dios mío, lo confieso á vuestros pies, era una falsa excusa que yo no hubiera dado si se hubiera tratado de mis intereses temporales. ¡Qué indignidad la mía el no haberos dado la preferencia!

Debo confesarlo y aún deplorarlo: á menudo el amor al descanso, á los placeres, á la conversación con las criaturas, ó bien el temor al rigor de las estaciones ha bastado para impedirme seguir el ejemplo de las almas que veía responder á su fe y reconocimiento, resistiendo las exhortaciones de la Iglesia, que me recomendaba este medio de santificar los días que os habeis reservado.

Buen Jesús, soy tanto más ingrato y culpable, cuanto que no ignoro la dicha de aquellos á quienes vos bendecís, porque además de las enseñanzas que recibo de vos, debo no echar en olvido las lecciones de la experiencia.

He visto algunas veces que la alegría del Cielo embellecía las frentes que se inclinaban ante vuestro altar; he visto

chispas de un fuego que no era de este mundo, encenderlas y volverlas tales como yo me represento las de vuestros Serafines: yo mismo, oh Dios mío, he gustado en ciertas ocasiones, las dulzuras de vuestra bendición. Os lo prometo, en adelante no me privaré ya de ella por culpa mía; iré con asiduidad á postrarme delante de vuestro Tabernáculo, y cuando las disposiciones de vuestra Providencia me priven de este consuelo, estaré en vuestra presencia con el afecto y vos me bendeciréis desde lejos.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres. Y bendita como debía serlo la Madre de Jesús, la Reina de los Angeles y de los hombres; é inmortal como vuestra gloria y vuestro amor, esta bendición incomparable forma en el Cielo uno de los hermosos flo-
rones de vuestra corona. Os suplico por el recuerdo de esta gracia, que me obtengais, el que yo sea bendecido como deseais que lo sean vuestros hijos.

¡Alabado, amado y adorado sea siem-

pre Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar!

REFLEXIÓN PIADOSA

Alma mía, ¡qué tesoro es recibir la bendición del mismo Dios! Sí, es Jesús quien te bendice. En la bendición del Santísimo Sacramento, recibes la bendición del Hijo de Dios. ¿Lo has aprendido bien? ¿No lo has descuidado nunca?

No solamente nos bendice Jesús y quiere ser nuestro alimento en el Santísimo Sacramento, sino que, en el momento terrible y supremo de la muerte, viene á nuestro lecho para fortalecernos y darnos ánimo, para hacernos dichosos y unirnos á El en el Cielo. ¡Oh Santo Viático!

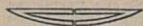
RESOLUCIÓN

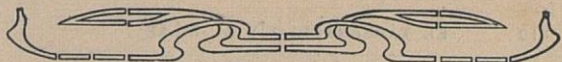
A fin de expiar mi pasada ingratitud y hacer un acto de desagravio al Sagrado Corazón de Jesús, formo la resolución de no dejar nunca de recibir la bendición del Santísimo Sacramento, sin un impedi-

mento grave. Me propongo también, por amor y agradecimiento á Jesús en el Santo Viático, preparar con más celo y atención todo lo que es necesario para la comunión de los enfermos, cuando tenga ocasión de ocuparme en este cuidado; quiero en fin suplicar todos los días de mi vida al Dios todopoderoso, que me conceda la mayor de sus bendiciones, la de recibir dignamente el Santísimo Viático.

¡Oh Sacramento santo! dadme fortaleza para guardar mis propósitos, á mayor gloria vuestra.

Oración final, pág. 27.





EJERCICIO

para hacer la vela ante el Smo. Sacramento
POR LOS AGONIZANTES

Arrodillada en el reclinatorio la asociada se inclinará profundamente y dirá los actos de fe, esperanza, caridad y adoración que se encuentran en la pág. 7.

Luego seguirá rezando las oraciones y peticiones que van á continuación:

ORACIONES

I. Misericordiosísimo Señor, que tantas veces mandais en vuestro Evangelio que roguemos por nuestros hermanos; ahora en cumplimiento de vuestra voluntad, y confiados en vuestra clemencia, suplicamos á esa bondad infinita, que abiertos el corazón y los brazos, acojais el ánima de vuestro siervo, para que

eternamente viva en el Reino de vuestra claridad. Favorézcala el Arcangel San Miguel, y sea trasladada por mano de los Santos Angeles al Paraíso de vuestros escogidos, para que libre de los Príncipes de las tinieblas, sea conocida de vuestros Santos, y resucite gloriosamente con los hijos y herederos de vuestro Reino. Amén. *Padre nuestro, Ave Maria, Gloria Patri.*

II. Dulcísimo Jesús, invocamos vuestra clemencia, por aquella infinita caridad que os hizo morir en beneficio común de los hombres. Y, aunque indigno, os suplico se compadezca vuestro corazón de nuestro enfermo, y sean perdonados sus excesos cometidos en pensamientos, palabras y obras, afectos, sentimientos, movimientos del alma y del cuerpo. Y para suplir lo que falta se le apliquen los infinitos merecimientos de vuestra Pasión, y todas las obras meritorias de vuestros Santos. Amén. *Padre nuestro, Ave Maria, Gloria Patri.*

III. Gloriosísimo Señor nuestro

Jesucristo, por aquel abrasado amor que os hizo hombre mortal, y os enclavó en un infame madero, venimos confiados á vuestro sagrado corazón, y os suplicamos que la falta de merecimientos de nuestro enfermo sean suplidas con las obras de vuestra Pasión. Disponed, Señor, que muera de la manera más conforme á vuestra voluntad, y más provechosa para su alma; con paciencia suave, con penitencia verdadera, con fe cierta, con esperanza firme, con caridad encendida, con perdón cumplido de sus culpas, para que entre los abrazos dulces y ósculos suavísimos de vuestra paz, salga del cuerpo su alma con alegría, y vaya á alabaros, y glorificaros en vuestro reino sin fin. Amén. *Padre nuestro, Ave Maria, Gloria Patri.*

IV. Señor mío Jesucristo, en las manos de vuestra misericordia encomendamos el alma de vuestro siervo que batalla con las congojas de la muerte. Ea, dulcísimo Jesús y Redentor de las almas, suplicamos vuestra piedad por aquella angustiosa palabra, con la cual os quejas-

téis en la Cruz de los desamparos de vuestro Padre, que no desamparéis á nuestro enfermo, el cual por la flaqueza de cuerpo no puede invocar vuestro Santo Nombre, antes por la gloriosa señal de la Cruz, y el mérito y valor de vuestra dolorosa Pasión le libréis de las llamas eternas, y le aseguréis en el descanso de vuestra gloria. Amén. *Padre nuestro, Ave María, Gloria Patri.*

V. Misericordiosísimo Señor, por el afecto con que encomendasteis vuestra alma al Eterno Padre, por la honra que ella merece, y ser causa de la universal Redención, suplicamos á vuestra piedad se compadezca de nuestro enfermo, librándole de las penas del infierno, y de las asechanzas del enemigo. Amén. *Padre nuestro, Ave María, Gloria Patri.*

VI. Dulcísimo Redentor de las almas, que colgado de la Cruz iluminasteis con la luz de la verdadera Fe al buen Ladrón, prometiéndole para el mismo día su entrada en el Paraíso, rogamos á Vuestra Majestad infinita, que en este enfermo que está agonizando conservéis

la virtud de la Fe y mantenigais la llama del amor, para que al tiempo de este trance descanse en los brazos de vuestra clemencia. Amén. *Padre nuestro, Ave Maria, Gloria Patri.*

ORACIÓN A LA VIRGEN SANTÍSIMA

(Sacada del Manual de los Cartujos)

¡Oh siempre Virgen María! por el excesivo dolor que sentisteis de ver á vuestro hijo aprisionado, y con desamparo de los suyos, llevado por las calles de Jerusalén, presentado á los Tribunales, acusado de sus enemigos y condenado á muerte: os rogamos confiadamente, como hijos, ayudéis á este enfermo que está agonizando confortándole para que haga fervorosa penitencia, y no tenga por qué temer en el encuentro de sus enemigos, ni ante el justo Tribunal de Dios. Amén.
Tres Ave Marias.

ORACION AL ARCÁNGEL SAN MIGUEL
(del mismo Manual)

Favoreced, glorioso Arcángel San Miguel, á este enfermo delante del justo Juez: asistidle en la última pelea, defendele del dragón infernal, como celestial defensor de la Iglesia y recibid su ánima amorosamente para llevarla á la región de la paz. Amén.

ORACION AL SANTO ANGEL DE LA GUARDA

Oh benignísimo Angel de la Guarda del que al presente agoniza, maestro y guía, defensor y gobernador suyo. El os da las gracias, y nosotros en su nombre, por los peligros de que en tantos años le habéis librado, por las veces que le habéis iluminado, cuando él no veía; por las veces que le habéis levantado,

cuando él estaba caído; por las veces que con saludables consejos le habéis encaminado, cuando iba errado; y por las que le habéis defendido y amparado cuando era perseguido y acosado de sus enemigos, procurando siempre con gran solícitud el bien y provecho de su alma: suplicamos humilde y afectuosamente, que le alcancéis perdón de sus culpas, omisiones y descuidos; y que pues en todo el discurso de su vida tanto cuidado habéis tenido de su salvación, en este último trance no le desamparéis, porque no tiene otro que le ampare y defienda de las asechanzas del demonio, y de las tentaciones y engaños de sus enemigos. Asistidle como amigo fidelísimo en esta grande necesidad, pues en Vos tiene puesta su confianza. Ea, Santísimo Angel de la Guarda, tenga Cristo en su Reino esta alma por Vos, no la desamparéis hasta ponerla en el premio deseado de la Gloria. Amén.

LETANÍAS DE LOS AGONIZANTES

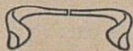
Señor,	<i>ten piedad de él (ó de ella) (1).</i>
Jesucristo,	<i>ten piedad.</i>
Señor.	<i>ten piedad</i>
Santa María,	<i> ruega por él (ó ella).</i>
San Abel,	<i> ruega.</i>
Coro de los Justos,	<i> ruega.</i>
San Abrahan,	<i> ruega.</i>
San Juan Bautista,	<i> ruega.</i>
San José,	<i> ruega.</i>
Santos Patriarcas y Profetas,	<i> rogad todos.</i>
San Pedro,	<i> ruega.</i>
San Pablo,	<i> ruega.</i>
San Andrés,	<i> ruega.</i>
San Juan,	<i> ruega.</i>
Santos Apóstoles y Evangelistas,	<i> rogad todos.</i>
Santos Discípulos del Señor,	<i> rogad.</i>
Santos Inocentes,	<i> rogad.</i>
San Estéban,	<i> ruega.</i>
San Lorenzo,	<i> ruega.</i>
Santos Mártires,	<i> rogad.</i>
San Silvestre,	<i> ruega.</i>
San Gregorio,	<i> ruega.</i>
San Agustín,	<i> ruega.</i>
Santos Pontífices y Confesores,	<i> rogad.</i>
San Benito,	<i> ruega.</i>
San Francisco.	<i> ruega.</i>
Santos Monjes y Ermitaños.	<i> rogad todos.</i>
Santa María Magdalena,	<i> ruega.</i>
Santa Lucía,	<i> ruega.</i>
Santas Vírgenes y Viudas,	<i> rogad todas.</i>
Santos y Santas de Dios,	<i> interceded todos.</i>

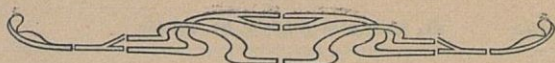
(1) Si se rezan por una moribunda se reemplazan con las palabras *ella, sierva, hermana*, las de *él, siervo, hermano*.

Séle propicio,	<i>perdónale, Señor.</i>
Séle propicio,	<i>escúchale, Señor.</i>
Séle propicio,	<i>librale, Señor.</i>
De tu cólera,	<i>librale.</i>
Del peligro de la muerte.	<i>librale.</i>
De las penas del infierno,	<i>librale.</i>
De todo mal,	<i>librale.</i>
Del poder del demonio,	<i>librale.</i>
Por tu Natividad,	<i>librale.</i>
Por tu Cruz y Pasión,	<i>librale.</i>
Por tu muerte y sepultura,	<i>librale.</i>
Por tu gloriosa Resurrección,	<i>librale.</i>
Por tu admirable Ascensión,	<i>librale.</i>
Por la gracia del Espíritu Consolador,	<i>librale.</i>
En el día del juicio,	<i>librale.</i>
Así te lo pedimos, aunque pecadores,	<i>óyenos, Señor.</i>
Te rogamos que le perdones,	<i>óyenos.</i>
Señor,	<i>ten misericordia de él.</i>
Jesucristo,	<i>ten misericordia.</i>
Señor,	<i>ten misericordia.</i>

ORACIÓN

Te recomendamos el alma de tu siervo, y te pedimos, Señor Jesucristo, Salvador del mundo, por la misericordia con que bajaste por ella del cielo á la tierra, que no le niegues un lugar en la morada de los santos. Amén.





EJERCICIO

para hacer la visita al Señor en las
Cuarenta Horas

Postrado de rodillas y hecha profunda reverencia al Altar, dirá los actos de Fe, Esperanza, Caridad y Adoración, que van en la página 7.

Después rezará la Estación á Jesucristo Sacramentado, acompañada de las oraciones que se ponen á continuación, terminando con la oración final, que es la de la sagrada liturgia.

Este ejercicio puede completarse con algunas oraciones particulares, según el fervor de cada uno.

ORACIONES

I. ¡Jesús mio! ¡Cuán dulce sois para los que os aman! ¡Cuán poderoso para los que esperan en Vos! ¡Cuán delicioso y dulce para los que en Vos se com-

placen! Porque sois el abismo y el océano de todos los bienes. Oh caridad, que ardeis siempre sin jamás extinguiros; oh Dios mío, inflamadme: mandais que os ame; dadme lo que mandais y mandadme lo que querais; dadme, Señor Jesús, que por el amor de vuestro amor muramos al amor de la carne y del mundo; Vos que por el amor de nuestro amor os dignasteis morir. *Padre nuestro, Ave Maria, Gloria Patri.*

II. Oh Jesús que poneis los más bellos sentimientos en el corazón y en los labios de vuestros siervos; Jesús, que sois la fuerza de vuestros mártires y la constancia de vuestros confesores; haced que tome de vuestra Eucaristía el mismo ardor para sufrir, la misma generosidad en los sacrificios, la misma firmeza para soportar con valor las pruebas de la vida, y, si así lo quereis, las persecuciones del mundo. *Padre nuestro, Ave Maria, Gloria Patri.*

III. Divino Espíritu, admirable operador de toda virtud en el gran misterio de la Eucaristía, inspirador de la fe, doc-

tor de la ciencia, fuente de toda dilección, guardián de la castidad y causa de todas las virtudes, venid á mí con Jesús; lavad mis manchas, regad mis arideces, curad mis heridas, doblegad mi dureza, dad calor á mi frialdad y enderezad mis extravíos. *Padre nuestro, Ave Maria, Gloria Patri.*

IV. Escuchad, Dios mío, las voces de acción de gracias que vuestro Hijo lanza desde la Eucaristía; ved esas olas que suben de los abismos profundos del oceano para publicar nuestra gloria; allí es donde sois grande, allí es donde sois admirable. Mas yo espero confiadamente, ¡oh Dios mío! que en estas grandes voces de alabanza y de honor, distinguiréis mis suspiros y mis acciones de gracias, por todos los bienes inestimables con que me habéis enriquecido. *Padre nuestro, Ave Maria, Gloria Patri.*

V. ¡Oh Jesús!, á fin de merecer que mi alma, unida á Vos por la Eucaristía, permanezca siempre incorporada al tronco generoso y fecundo de vuestra vida divina, permitidme que os diga con

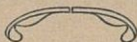
vuestro precursor. Creced en mí, Salvador mío, con vuestros pensamientos y con vuestros deseos y afecciones; creced con vuestra vida divina, mientras en mí disminuyen los pensamientos, los deseos y las afecciones de la naturaleza. Creced Vos, oh vida mía, y sean aniquilados ellos que son mi muerte. *Padre nuestro, Ave Maria, Gloria Patri.*

VI. ¡Oh mi dulce crucificado, imprime en mi corazón el amor á los sufrimientos, y comunicándome vuestro cuerpo inmolado, vuestra sangre derramada, vuestra persona convertida en víctima, embriagadme con vuestra cruz: que me sea dado exclamar con uno de vuestros santos: Señor, sufrir y ser despreciado por Vos. *Padre nuestro, Ave Maria, Gloria Patri.*

ORACIÓN FINAL

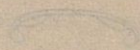
Oh Dios que en vuestro sacramento admirable nos dejasteis la memoria de vuestra Pasión, concedednos la gracia de

venerar los sagrados misterios de vuestro cuerpo y de vuestra sangre, de modo que sintamos continuamente en nosotros los frutos de vuestra Pasión sacrosanta. Amén.



ventar los sacrosantos misterios de vues-
tro cuerpo y de vuestra sangre de modo
que sintamos continuamente en nosotros
los frutos de vuestra Pasión sacramental.

Amen

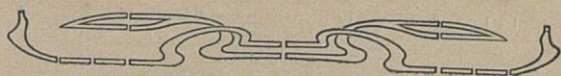


CORTE DE HONOR DE SEÑORAS
de la Santísima Virgen del Pilar
EN SU SANTA Y ANGÉLICA CAPILLA

STATE DEPARTMENT OF AGRICULTURE

OF THE STATE OF CALIFORNIA

REPORT OF THE COMMISSIONER OF AGRICULTURE



ADVERTENCIAS

- 1.^a Pertener á la Corte de Honor de la Virgen Santísima del Pilar es consagrarse al servicio inmediato y continuo de la Madre de Dios en su real palacio, que es su santa y angélica Capilla.
- 2.^a Pide este servicio inmediato y continuo una firme adhesión á la soberana Emperatriz de los cielos y de la tierra; la adhesión supone el amor y del amor nacen también el fervor y la devoción, que son sus manifestaciones más hermosas.
- 3.^a La devoción es la prontitud de la voluntad. La asociada que, como tal, descuide el cumplimiento de las obligaciones contraídas al ingresar en la Asociación; la que no sea puntual á la vela en la hora que por turno le corresponda; la que no cele por la gloria de su santa Madre; la que no promueva por todos los medios el esplendor y la magnificencia de su culto; la que se limite á lo estrictamente preciso sin visitarla con frecuencia, sin bende-

cirla y agasajarla; la que no sienta en presencia de su sagrada Imagen la ternura filial que inspira su maternal afecto y el respeto que infunde su majestad soberana..... ésta no es verdaderamente devota de la Virgen.

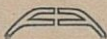
4.^a Las leyes de la cortesanía son inviolables. Los reyes de la tierra exigen de los cortesanos que les sirven, porte severo, modales distinguidos, trajes de etiqueta, distintivos y decoraciones que acrediten su alcurnia, sin los cuales no pueden acercarse á la majestad, ni ocupar puesto en los palacios. La Reina de los ángeles y de los hombres es celosa de su soberanía. Quiere que el respeto corra parejas con el amor. La pureza interior, la humildad, la modestia en los trajes, el silencio, la compostura, las genuflexiones bien hechas, esto reclama de sus piadosos servidores y esto exige á las asociadas de su Corte de honor.

5.^a Deben éstas ser espejo de cristiana piedad, donde aprendan á practicarla cuantos se dicen devotos de la Virgen. En ellas, por servirle más de cerca, deben reflejarse mejor todas sus virtudes. La que no sea humilde y casta y obediente y tolerante y caritativa y mansa de corazón, la que no sea prácticamente todo esto y cuanto pide la santidad de la vida cristiana, ¿con qué derecho entrará en la santa

Capilla como en el palacio de su Reina y Señora, y se pondrá de rodillas en el reclinatorio, y mirará con ojos serenos á la sagrada Imagen, y extenderá sus brazos para pedir y abrirá sus labios para alabar, y se sentirá orgullosa de pertenecer á la Corte de la celeste Reina? Si por algo deben distinguirse las Asociadas es por el ejemplo de sus virtudes. La medalla que pende de su cuello es un símbolo de lo que deben ser interiormente y un testimonio de lo que deben exteriormente practicar.

6.^a La asociada á la Corte de Honor ha de serlo en todo lugar y en todo tiempo. En la Iglesia y fuera de la Iglesia; en la vida de familia y en la vida de sociedad. Son muchas las que habitan lejos de Zaragoza y no tienen la dicha de velar por turno ante el Pilar sagrado: que no se crean éstas dispensadas de servir á la Virgen con el mayor afecto, honrando con su piedad y con sus buenas costumbres el nombre que llevan de cortesanas de María. Donde quiera que estén, que los fieles se edifiquen con su conducta.

Sean estas advertencias reglamento de honor que tengan siempre delante de los ojos las que se llaman de su Corte.





DOCE EJERCICIOS

SEGÚN LOS

DOCE MESES DEL AÑO

PARA

VELAR Y ORAR DURANTE MEDIA HORA

ANTE LA SANTA IMAGEN

DE

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR



La asociada á la Corte de Honor no entrará en la Santa Capilla, ni pondrá la medalla sobre sus hombros sin darse cuenta exacta de lo que va hacer; del honor que recibe al ser admitida al servicio inmediato de la Reina de los cielos; de lo augusto que es el palacio donde va á ejercer sus funciones; de lo sagrado de la tierra que pisa santificada por las plantas de la Madre de Dios; de la multitud incontable de ángeles que rodean su trono y que cantan sus alabanzas; de los millones y millones de almas que se han

postrado ante la Columna bendita; de los favores que la Virgen del Pilar ha dispensado á sus devotos, y de los muchos que está dispuesta á dispensar en adelante.

Sin esta conveniente disposición, que abstraiga el ánimo separándolo de las cosas terrenas y disponiéndolo á una meditación seria y detenida, ni será la visita lo que debe de ser, afectuosa y fecunda, ni agradará tampoco á la Madre de Dios, que se se goza en los corazones verdaderamente devotos.

PARA TODOS LOS DÍAS

Al postrarse en el reclinitorio saludará á la Virgen con el Ave María y dirá á continuación:

BENDITA Y ALABADA SEA LA HORA EN QUE LA SANTÍSIMA VIRGEN VINO EN CARNE MORTAL Á ZARAGOZA.—AVE MARÍA PURÍSIMA. SIN PECADO CONCEBIDA.

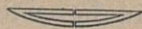
ORACIÓN

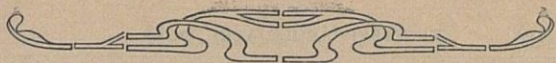
Virgen Santísima del Pilar, Señora y Madre mía: De todos los bienes que el Señor me puede conceder en la tierra,

fuera de El que es el Bien soberano y la soberana Hermosura, ninguno tan preciado y de mayor estima para mí como éste de poder saludarte en tu Capilla angélica, arrodillarme ante tu Imagen veneranda y formar coro con los celestiales espíritus que rodean tu sagrado Pilar, asiento de tus pies y trono de tu misericordia inagotable. Yo agradezco este beneficio singular, que es tuyo también, por ser de tu Hijo benditísimo. Y, pues, me has concedido la gracia de venir á Ti y admitirme á tu servicio, aquí estoy rendida en tu presencia, ansiosa de escuchar tu voz y de cumplir en todo tus deseos. De tal modo me obligan tus finezas que no hay manera de resistir á tu amor. Así como Cristo-Jesús, encarnado por mí y por mí muerto en la Cruz, no vió satisfecha con esto su caridad, sino que se quedó perpetuamente conmigo en el augusto Sacramento del Altar, así tu maternal cariño no se contentó con darme á Jesús y entregarlo á la muerte para librarme del pecado, sino que, antes de subir á los cielos, te dignaste venir á Zara-

goza, santificar con tu presencia estos lugares y dejarme como signo de fortaleza y garantía de tu protección la sagrada Columna, donde descansa tu sagrada Imagen, centro de nuestra veneración y de nuestro culto.

Deja, Madre mía, que me acerque á Ti y que confiadamente te invoque. Eres mi madre porque me adoptaste por hija, y eres mi Reina porque escogiste este solar bendito para ejercer tu amorosa soberanía. Todo lo que soy te lo ofrezco y al venir este día á visitarte, cumpliendo los deberes que me impuse al inscribirme en tu Corte de Honor, te ruego que aceptes sobre todo el homenaje de mi corazón. ¡Ojalá fuera tan santo que causara las complacencias del tuyo! Pero Tú me oirás, Tú te harás cargo de mis necesidades, Tú perdonarás mis flaquezas, Tú te rendirás á mis lágrimas, Tú satisfarás los anhelos ardientes de mi espíritu, Tú me iluminarás en la meditación de tus virtudes y me conseguirás la gracia que necesito para imitarlas. Amén.





MEDITACIÓN PRIMERA

DE LA HUMILDAD DE MARÍA

El que se humilla será ensalzado

(S. LUC. XVIII)

La humildad es una virtud que nos inspira el sentimiento de nuestra pequeñez y nos obliga á confesar nuestra nada en la presencia de Dios. El pecador que, convertido, se humille, dice San Bernardo, practica un acto de justicia para consigo mismo; pero que María, tan pura como el sol y elevada sobre todos los ángeles, no piense en su alta dignidad sino para anonadarse, es un prodigio de humildad. Los humildes sentimientos que María tuvo de sí misma se manifestaron en toda su vida, que fué una constante práctica de humildad. Recordó sin cesar que el Hijo del Eterno se había reducido

al último grado de abatimiento por el solo hecho de haber permanecido en su seno por espacio de nueve meses; no olvidó nunca las humillaciones de este Dios Salvador, ni los ignominiosos tratamientos que había sufrido, y Ella misma, había presenciado; y el ejemplo del Hijo perfeccionó la humildad de la Madre, de tal modo, que mereció ser elevada sobre los coros de los ángeles, conforme á las palabras del Evangelio: El que se humilla será ensalzado.

María, pues, poseyó siempre el primer carácter de la humildad de corazón, que consiste en tener una baja idea de sí misma; y á pesar de hallarse llena de gracia, no pensó, sin embargo, en sobreponerse á ninguna otra criatura. No es esto decir que María se creyera pecadora: la humildad es la verdad, dice Santa Teresa, y la Virgen estaba segura de no haber ofendido nunca á Dios; reconocía que había recibido de su Criador más gracias que todas las otras criaturas, y un corazón humilde considera los favores que le dispensa el Señor para humillarse

más y más; por eso la misma luz que la descubría la grandeza y bondad infinita de Dios, la hacía comprender mejor la bajeza de su persona, y se humillaba más profundamente que todos los demás. Jamás ha existido en la tierra una criatura más elevada y perfecta que María, porque nunca la ha habido más humilde.

Uno de los actos más perfectos de humildad es tener ocultos los dones del cielo, y María quiso ocultar á San José la gracia de haber sido hecha Madre de Dios, aunque parecía necesario manifestársela, al menos para librar á tan digno esposo de las sospechas que podía concebir acerca de su honestidad, ó evitar su confusión al verla en cinta, porque si bien San José no podía dudar de la castidad de María, tampoco conocía el misterio de su preñez, y se hubiera separado de Ella sin escándalo, á no haberle anunciado el Angel que su Esposa había concebido por obra del Espíritu Santo. La humilde María refiere á Dios todas las alabanzas que recibe. Los que son humildes sirven á los demás, y María sirvió á

Isabel por espacio de tres meses. Isabel, dice San Bernardo, se admira de que María venga á visitarla; pero aun es más de admirar que viniera no para ser servida, sino para servirla. Los que son humildes aman la soledad y buscan los lugares más apartados del bullicio del mundo; y María era tan amante del retiro, que, deseando hablar á Jesús, que estaba predicando en una casa delante de un numeroso auditorio, no quiso entrar sin su permiso, y cuando se halló en el Cenáculo con los Apóstoles tomó el último lugar. El que es humilde gusta de ser despreciado; por eso nunca leemos en el Evangelio que María apareciese en público cuando el Salvador era recibido en triunfo en Jerusalén, y cuando el pueblo le prodigaba toda especie de honores; pero sí que le acompañó al Calvario sin temor á la deshonra, dándose á conocer por la Madre del Sentenciado que iba á sufrir la muerte más infame de aquel tiempo.

Es cierto, dice San Gregorio de Nycea, que atendida la corrupción de nues-

tra naturaleza, no hay virtud más difícil de practicar que la humildad; pero por difícil que sea, no es menos cierto que nosotros no podremos ser jamás verdaderos hijos de María si no somos humildes. Si no podéis imitar á María en su virginidad, exclama San Bernardo, imítadla en su humildad.

PRÁCTICA

Fué tu humildad tan grande, Virgen Santísima del Pilar, que siendo reina de los cielos y habiendo luego de subir á ellos en cuerpo y alma para ocupar el más elevado de los tronos, junto al de Dios, no fué obstáculo tu grandeza para que vinieras en carne mortal de Jerusalén á Zaragoza y quisieras que tu Imagen bendita recibiera aquí los homenajes de todas las naciones y de todos los siglos.

Quiero ser humilde también y siguiendo tu ejemplo me inclinaré ante la divina bondad de quien me vienen todos

los dones de la naturaleza y de la gracia, y aprenderé de Ti todos los secretos de esta virtud excelsa fundamento de todas las virtudes.

ORACIÓN

(DE SAN BERNARDO)

¡Oh María! ¡Cuán grande es vuestra gloria! ¿Qué podré yo decir para ponderarla? Si os comparo al cielo, os veo á mayor altura. Si os llamo Madre de las naciones, me parece que este elogio es poco digno de Vos. Si digo que sois la Reina de los Angeles, todo me prueba que merecéis este grande y honorífico título. ¡Dignaos, pues, oh María, la más sublime de todas las criaturas, dignaos hacernos participar de las gracias con que habéis sido enriquecida! Atraednos por el olor de vuestros perfumes, para que imitemos vuestras virtudes, las únicas que pueden darnos entrada en la mansión de los bienaventurados. Amén.



MEDITACION SEGUNDA

DE LA FE DE MARÍA

¡Oh mujer, grande es tu fe!

(MATH. XV, 28)

La fe es un don de Dios, que el Espíritu Santo nos comunica para iluminar nuestro entendimiento y animar nuestro corazón. El hombre necesitaba para su salvación someter su entendimiento á la creencia de las cosas sobrenaturales: 1.º, para la gloria de Dios; porque el creer y adorar los misterios que no están al alcance de nuestra inteligencia, es uno de los medios que tenemos de glorificarle; 2.º, porque conviene al hombre ser guiado por la luz de la fe, á causa de que por su misma naturaleza su razón es débil, limitada y defectuosa, y necesita una regla fija é inmutable que le dirija; 3.º,

porque el hombre debe creer en las cosas sobrenaturales, puesto que ha sido creado para un fin sobrenatural, que es la posesión eterna de Dios. María nos ha dado en materia de fe los ejemplos más sublimes, más instructivos y más consoladores. Ella creyó el misterio inefable de la Santísima Trinidad. Las palabras del Angel le designaron la *persona del Padre*, que le había enviado como embajador; la *persona del Hijo*, diciéndola que el que concebiría en su seno sería Hijo del Altísimo, y la *persona del Espíritu Santo*, añadiendo que concebiría por obra del mismo.

María creyó el misterio de la Encarnación, que hasta entonces había permanecido oculto bajo las figuras y sombras de la ley, cuando en un establo desierto y abandonado nació de Ella un Niño, pobre, pasible, mortal y sujeto á las miserias de esta vida. Creyó que este mismo Hijo era el Dios eterno, el Criador y el Redentor del linaje humano, y lo creyó antes que el evangelio lo hubiese anunciado al mundo; lo creyó antes de haber

visto á su divino Hijo obrar milagros, y sin pedir pruebas como las pidieron Zacarías y Gedeón; lo creyó, en fin, con una firmeza incontrastable. Ella misma da un testimonio brillante de su fe en aquel Cántico, en que, enajenada de gozo, exclama: El Todopoderoso ha obrado en mí grandes cosas. ¿Y qué grandes cosas son estas sino que el Hijo de Dios se ha hecho hombre en su seno virginal? Todas las naciones, añade, me aclamarán bienaventurada. Este oráculo se ha cumplido y se perpetuará por los siglos de los siglos. Por eso Isabel realzó la grandeza de la fe de María, diciéndola: Bienaventurada porque has creído.

María fué tan perfecta en su fe como constante en confesarla, á pesar de que los grandes sacrificios que la fe le exigieron, convirtieron su corazón en un mar de dolores. Llena de fortaleza no dejó al Salvador durante su Pasión; le siguió al Calvario, y, prosternada al pie de la Cruz, le reconoció por su Hijo y su Redentor, esperando su resurrección y el cumplimiento de todo lo que había anun-

ciado. ¡Ah! con razón podemos exclamar: ¡Mujer, cuán grande es tu fe!

Esta fe de María, firme en su principio y sostenida en todas sus pruebas, debe ser el modelo de nuestra fe, generalmente tan débil y vacilante. La fe está expuesta á las tentaciones que nos suscita el enemigo de nuestra salvación. Dios permite que, algunas veces, tengamos dificultades que vencer, peligros que arrostrar y sinsabores que experimentar; pero fortalecidos con la fe, resistimos con valor y combatimos con constancia: *resistite fortes in fide*. Sin detenernos á examinar demasiado las sugerencias del demonio, atengámonos á esta respuesta general y decisiva. «Creo todo lo que la fe me enseña, todo lo que la iglesia me propone, y lo creo porque el mismo Dios lo ha revelado.» Si alguna vez alguna violenta tentación nos agita y nos hace vacilar en la fe, no nos turbemos; protestemos delante del Señor que deseamos vivir y morir con los sentimientos de la fe, y, con el socorro de la gracia, apartemos de nuestra imaginación toda duda que nos

ocurra ó que el demonio haga nacer en nuestro espíritu. Con esta manera de obrar, tan sincera como generosa, la fe se conservará y aun se confirmará en nosotros, y será como un escudo de salud contra los ataques del enemigo de nuestra salvación.

Pero la fe de María nos ofrece en este punto un modelo el más perfecto. Es, pues, preciso que, aun á riesgo de perder nuestros bienes de fortuna y nuestra vida, perseveremos constantes en la fe de nuestros padres, que hemos recibido en el bautismo, porque solo á este precio seremos coronados en el cielo. Tengamos, pues, durante nuestra vida una fe firme, dulce y constante, y esta fe nos servirá de consuelo en la hora de nuestra muerte.

PRÁCTICA

Para confirmarme en la fe cristiana y protegerla y defenderla contra los muchos enemigos que la combaten, dejaste en

Zaragoza la columna que sostiene tu sagrada imagen, prenda por tu parte de protección y símbolo de fortaleza.

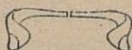
A ella me abrazaré en los momentos de peligro, aquí vendré, oh Virgen del Pilar, á pedirte que me ampires, que ampires á las almas creyentes combatidas por el error, que ilumines á los ciegos, que sostengas á los vacilantes y que traigas á los perdidos y descarriados á los santos caminos de la verdad.

ORACION

(DE SAN BERNARDINO DE SENA)

¡Oh Santísima Virgen, bendita sobre todas las criaturas, única Madre de Dios, Señora del mundo, Soberana del universo, distribuidora de todas las gracias, adorno de la Iglesia! En Vos se encierra la incomprensible grandeza de todas las virtudes y de todos los dones; Vos sois el templo de Dios, el paraíso de todas las delicias, el modelo de los justos, el

consuelo de vuestros siervos, la fuente de nuestra salud, la puerta del cielo, la alegría de los elegidos, y el objeto de las complacencias del Señor. Al celebrar vuestras grandezas, sólo es dado á nuestra debilidad el hacerlo de una manera imperfecta. Dignaos, pues, socorrernos para que podamos hacerlo dignamente por los siglos de los siglos. Amén.





MEDITACIÓN TERCERA

DE LA ESPERANZA DE MARÍA

Yo soy la Madre de la Santa esperanza

(ECCLI. XXIV, 24)

La esperanza es una virtud sobrenatural que Dios infunde en el alma del hombre cristiano, y por la cual, contando con el socorro del cielo, espera, mediante sus buenas obras, obtener la vida eterna. La esperanza, para ser una virtud verdaderamente cristiana, debe ser firme y constante; sin embargo de que esta esperanza no excluye el temor, ni la incertidumbre de nuestra salvación, es lo cierto que cuanto mayor y más perfecta es la esperanza, menores son el temor y la duda, y más pronto se produce la confianza. Si la esperanza se convierte en el más alto grado de confianza, por

medio de la fe viva y de la pureza de costumbres, con los auxilios de la gracia de Dios, ¿cuál no sería la esperanza de la Santísima Virgen en las numerosas ocasiones que se la presentaron para entregarse á la más firme confianza en Dios? Vió á San José inquieto y casi resuelto á dejar su compañía por no conocer el misterio, que, por virtud del Altísimo, se obraba en su seno, y llena de confianza, se entrega en manos del Señor, con la seguridad de que todo había de redundar en su mayor gloria, como en efecto sucedió.

Este ejemplo nos enseña que, por grandes que sean nuestras aflicciones, por graves que sean los peligros en que nos hallemos, debemos esperar que Dios nos sostendrá, nos consolará, y nos conducirá á un fin dichoso, porque Dios ha prometido oír la voz del justo; *voluntatem timentium se faciet.*

Muchas veces sucede que pedimos á Dios y esperamos en él, y, sin embargo, no conseguimos el efecto de nuestras súplicas; pero esto es porque todas las

virtudes deben ser probadas, y la esperanza tiene también sus pruebas.

Abraham esperaba, según las divinas promesas, que de su hijo Isaac nacerían las naciones escogidas; y cuando recibió orden del Señor para sacrificar este hijo de bendición, perseveró en su esperanza, creyendo firmemente que, aunque fuera por medios desconocidos para él, Dios no dejaría de cumplir su promesa.

Tal es la esperanza firme y constante á que nos obliga el ejemplo de la Santísima Virgen. Ella esperó siempre que su divino Hijo salvaría al linaje humano y reinaría un día en la tierra y en el cielo.

Vió á su adorable Hijo entregado á sus verdugos, á los tormentos y á la muerte, y sin embargo, espera firmemente que Jesucristo, á quien ve morir en medio del oprobio, resucitará como lo tiene anunciado, rodeado de gloria, y que someterá al mundo á su evangelio y á su imperio.

Esta firme y generosa esperanza es la

que debemos imitar en todas las tribulaciones de nuestra vida por grandes y sensibles que sean. Esta es la esperanza que necesitamos, sobre todo en la oración y en las prácticas religiosas.

Suele suceder que, después de haber comenzado á servir á Dios con devoción, después de haber gustado las dulzuras de su santo servicio, se cae en un estado de sequedad, de amargura y de desolación; se cree que Dios se aleja de nosotros en este tiempo de prueba; pero, lejos de abatirnos, debemos sostenernos con la esperanza, cuyo fundamento, que es la bondad divina y los méritos de Jesucristo, subsiste siempre. Debemos perseverar en la práctica de las buenas obras, de la oración y de la penitencia, porque lo que nos hace dignos de Dios, no es el fervor sensible, sino esa virtud experimentada por la que nos resignamos á su santa voluntad. Aunque todas las potencias del infierno se reunieran y coaligaran contra mí, decía el Real Profeta, no dejaría de esperar en el Señor mi Dios, *in hoc ego sperabo*. El Sabio apela

al testimonio del mundo entero en prueba de esta verdad. Hijos míos, dice, preguntad á todos los hombres que habitan sobre la tierra, preguntadles qué han experimentado, y os dirán por boca de David, que ningún hombre que haya puesto en Dios toda su confianza, ha visto sus esperanzas frustradas: *in te, Domine, speravi, non confundar in æternum.*

Sin embargo es necesario que esta esperanza esté sostenida por las buenas obras; de otro modo la esperanza se convertiría en presunción. Imitemos á María, cuya ardiente fe y cuya firme esperanza han ido siempre acompañadas de la práctica de las obras de salud y santificación: invoquémosla en nuestras penas, imitémosla en sus ejemplos y esperemos todas las gracias por su intercesión.

PRÁCTICA

Virgen Santísima del Pilar: todos pueden y deben confiar en tu maternal misericordia. Has hecho tanto por los

hombres que no hay corazón que deje de entregarse á tu bondad en los vaivenes y contrariedades de la vida. Pero aquí, en este recinto, donde reinas por tu largueza, escogido para comunicarte directamente con las almas, crece la confianza en la medida de la generosidad y esplendidez con que te comunicas.

Nada me abatirá en el mundo hasta obligarme á perder la esperanza cristiana. Por muy grandes que sean mis amarguras, y terribles mis turbaciones, y desolador mi desaliento, siempre esperaré en la misericordia infinita y en ti, Madre de Dios y Madre mía, que eres fuente de toda gracia y manantial abundantísimo de consuelos.

ORACIÓN

(DEL CARDENAL DE BERULE)

¡Madre de gracia y de misericordia!
Yo os escojo por Madre de mi alma en honor y memoria del placer que el mismo Dios tuvo al elegiros por Madre



suya. Reina de los ángeles y de los hombres, yo os reconozco por mi Soberana, en consideración de la dependencia en que Jesús mi Salvador y mi Dios quiso vivir respecto de Vos, como su Madre; y en calidad de tal Soberana os doy sobre mi alma todo el poder que está en mi mano daros. ¡Oh Virgen Santísima, dignaos mirarme como cosa vuestra y tratadme por vuestra bondad como al objeto de vuestras misericordias! Amén.





MEDITACIÓN CUARTA

ARDIENTE AMOR Á DIOS
DE LA SMA. VIRGEN

Desfallezco de amor

(CANT. V. 17)

Todos los afectos del corazón de María puede decirse que fueron inefables; pero su amor á Dios lo fué en un grado infinitamente superior á todos los demás. Penetremos, si es posible, en ese templo vivo de la caridad, en el corazón de María, y le veremos encendido en el amor más puro. Un alma, si es generosa y reconocida, ama á Dios tanto más, cuanto mejor conoce su bondad, su grandeza y sus adorables perfecciones. Luego, si nadie en la tierra ha tenido un conocimiento más perfecto de Dios que María, si nadie ha recibido de Dios más gracias y favores, ni ha sido más fiel y

reconocida que Ella, ¿cuál sería la medida de su amor? ¡Oh! ¡Qué ardiente caridad abrasaba el corazón de María! ¡Cómo resplandecían en su espíritu las luces del divino amor! ¡Cómo enagenaban sus sentidos! ¡Qué tiernas aspiraciones! ¡Qué lágrimas tan afectuosas! ¡Qué transportes al pensar en el objeto de tan santo amor! María tenía constantemente en su boca las palabras y en su corazón los sentimientos de la Esposa de los cánticos: «Mi Amado es para mí y Yo soy para mi Amado.»

La Santísima Virgen probó su ardiente amor en aquel divino cántico en que la vemos arrebatada por una santa alegría, entonando las alabanzas de su Amado y glorificándole: *et exultavit spiritus meus*. De este amor nació la más exacta observancia, no solamente de todos los preceptos, sino hasta de los menores consejos. De manera, que María jamás cometió la más leve falta. En este amor tuvo su origen la perfección de todas sus acciones; porque el origen de las buenas obras es el amor que se tiene á

aquel por quien se hacen. El amor á Dios es el que inspira la pura intención de agradarle; el amor es el que conduce hacia Dios la voluntad con prontitud y fervor; de este amor nace la paciencia más constante en todo género de pruebas y de sufrimientos, porque el que ama sufre con gusto por el objeto de su amor. El corazón de María, en fin, figurado por la zarza ardiente é incombustible y por el altar propiciatorio, en que el fuego no se extingue ni de día ni de noche, era como un horno encendido, cuyas llamas, alimentadas continuamente por nuevos combustibles, adquirían á cada momento nuevos grados de intensidad. Ni aun el sueño interrumpía este amor á Dios, y podía decir con más razón que la Esposa de los cánticos: «Yo duermo, pero mi corazón vela». Las continuas ocupaciones de la vida no la impedían amar á Dios, y su amor á Dios no la impedía entregarse á las ocupaciones de la vida humana. Amó á Dios en todos los instantes de su vida, y no hizo nunca sino lo que creyó que le era más agradable. Es imposible

que una pura criatura pueda amar más á Dios en la tierra. Los más elevados serafines podían bajar al mundo para aprender de María la manera de amar á Dios. Tal es la reflexión de San Jerónimo.

Lo que principalmente debemos imitar en María es su amor á Dios. El amor divino es el más noble ejercicio de las virtudes, el alma, la perfección, el colmo de todas ellas. Entreguemos á Dios todo nuestro corazón, sin desear nada, sin buscar nada más que á El ó lo que á El conduce, para que este amor sea el origen y el principio de nuestra conducta. Pidámosle continuamente al Señor, representémosnos continuamente su grandeza y sus infinitas perfecciones, recordemos los innumerables beneficios con que nos ha enriquecido, ejercitémosnos en este santo amor por medio de la fiel observancia de sus divinos preceptos y por el horror al pecado mortal, y evitemos en cuanto nos sea posible las faltas veniales.

Ejercitémosnos también en la perfecta caridad con Dios, ejecutando todas

nuestras obras con la pura intención de agradarle en todo; obremos con exactitud, con cuidado, con celo; seamos en todas nuestras acciones tan previsores como si cada una de ellas debiera ser la última de nuestra vida; imitemos el fervor con que María lo hacía todo por su Dios; penetrémonos de la aplicación de su espíritu y de los afectos de su corazón, unámonos á la unión íntima y continua que tenía con Dios; deseemos con ardor como Ella lo deseaba, hacerlo todo, sufrirlo todo y sacrificarlo todo por amor á Dios. Invoquemos á María como á la dulce Madre del hermoso amor; *Mater pulchrae dilectionis*. Pidámosla la gracia de amor á Dios durante nuestra vida y nos uniremos por siempre á los Santos para amarle con más perfección en el cielo.

PRÁCTICA

Tu amor á Dios y á la extensión del reinado de su amor en el mundo te hizo Madre de todos los hombres. Sólo por

este amor que le tuviste y que abrasó de continuo tu corazón, llegaste á las alturas más elevadas del sacrificio; sólo por este amor viniste á Zaragoza antes de tu Asunción á los cielos. Quisiste inspirarnos el amor divino, formar almas para Dios que le amasen con amor entusiasta y perseverante; que te imitaran en la caridad ardentísimas conque tú le amaste en la tierra y ahora le amas en la gloria.

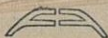
Yo responderé, Madre mía, á tus deseos; yo te prometo fomentar en mi alma la llama del amor á Dios, anteponiendo este amor á todos los amores de este mundo, y por él sacrificaré todos mis gustos, todos mis afanes terrenos, pensando en el bien soberano, la posesión del cual será eterna.

ORACION

(DE SAN JUAN DAMASCENO)

¡Salve, María, esperanza de los cristianos! Dignaos escuchar los ruegos de un pecador que os ama con ternura, que os honra particularmente y que cifra en

Vos la esperanza de su salvación. A Vos os debo la vida: por Vos he sido restituído á la gracia de vuestro divino Hijo: Vos sois la más segura prenda de mi eterna felicidad. Libradme, oh Santísima Virgen, del peso de mis pecados, disipad las tinieblas de mi espíritu, destruid las afecciones terrenales de mi corazón; dadme fuerzas para vencer las tentaciones de mis enemigos, y presidid todas las acciones de mi vida, para que con vuestro amparo y dirección pueda obtener la eterna felicidad del paraiso. Amén.





MEDITACIÓN QUINTA

DE LA CARIDAD DE MARIA
— PARA CON LOS HOMBRES —

*De tal manera amó al mundo
que por él ofreció á su Hijo único*

(JOAN III. 16)

El ejercicio de la caridad que Dios infunde en nuestras almas para que le amemos, nos obliga también á amar al prójimo; de manera, que cuanto más ardiente sea el amor de Dios, mayor será el del prójimo. El verdadero amor al prójimo consiste en amarlo por amor á Dios, como criatura suya, formada á su imagen y redimida con su sangre. San Pablo dice que el que ama á su prójimo cumple la ley. Tal ha sido el amor de que todos los Santos han dado tan grandes ejemplos. Su ardiente amor á Dios fué siempre acompañado del amor sin-

cero al prójimo. Ellos han dado muchas veces pruebas de este amor, sacrificando su bienestar, su fortuna y su vida; pero este amor, por grande que fuera, ¿puede compararse á la inmensa caridad de la Santísima Virgen para con los hombres? María ejerció con ellos su heroica caridad mientras vivió en la tierra. Aparte de ese caritativo sentimiento que la excitaba constantemente á socorrer á los necesitados, aun antes de que ellos implorasen su socorro; prescindiendo del que la movió á rogar á su Hijo en las bodas de Caná que hiciese un milagro exponiéndole la aflicción de la familia que les había convidado, y se encontraron sin vino; prescindiendo del que la hizo emprender el más penoso viaje para ir á ver su prima Isabel, cuyo viaje hizo solo por caridad; ¿qué prueba de amor al prójimo no dió María, consintiendo en ser la Madre del Salvador? ¡Desde entonces se obligó á hacer el sacrificio de su amado Hijo y á verle inmolar por la salvación de los hombres. Con este generoso consentimiento, tomó toda la par-

te que la era posible en la redención.

Algunos hacen alarde de ser caritativos para con el prójimo porque no le desean mal; ¡Caridad defectuosa! Para cumplir con el precepto de la caridad con el prójimo, no basta no desearle mal, es necesario hacerle todo el bien posible; estar dispuesto á rogar por él, á prestarle cualquier servicio, á compadecer sus penas, consolarle en sus aflicciones, y en ciertas circunstancias á sacrificarse por él.

Una de las grandes condiciones de la caridad es el hacer bien aun á los mismos que nos perjudican, nos odian y nos persiguen, es decir, amar á nuestros enemigos por Dios y para Dios. María nos ha dado el ejemplo de esta heroica caridad. No puede haber mayores enemigos para una buena madre que los que han hecho morir á su hijo único; y sin embargo, María, que se hallaba en este caso, al pie de la Cruz, viéndolos armados contra su divino Hijo, con las manos teñidas en su preciosa sangre y el corazón lleno de odio y de turo contra El,

sometiéndose á los preceptos de la justicia divina, y siguiendo el ejemplo de su divino Hijo, pedía á Dios Padre su conversión, su perdón y su gracia, diciendo al mismo Jesucristo: *Pater ignosce illis.*

¡Ah! ¡Y nosotros tenemos tanta dificultad en perdonar la más ligera ofensa! ¡Damos asilo en nuestros corazones al rencor, á la animosidad y al odio inveterado! Si sofocamos nuestras pasiones, si olvidamos nuestros rencores, el tiempo tiene más parte en ella que la caridad, y sin embargo ¡nos llamamos cristianos é hijos de un Dios, que quiso ser inmolado por nuestro amor y nuestra salvación!

¡Madre divina! Cuando estabais al pie de la Cruz, Jesucristo os eligió para Madre de todos los cristianos y nos recomendó á Vos de una manera especial en la persona de su discípulo amado. ¡Oh! ¡Cuán íntimamente debe unirnos esta divina adopción á unos con otros en las purísimas entrañas de vuestra maternal caridad! ¡Una madre tierna se interesa por el bien de sus hijos, dignaos

interesaros por nosotros y alcanzarnos la virtud, de una caridad sincera, universal, eficaz, para que formemos todos un solo corazón y una sola alma en el adorable corazón de vuestro divino Hijo y en el vuestro!

PRÁCTICA

No tiene explicación, Madre mía, tu venida en carne mortal á Zaragoza, tu aparición al Santo Apóstol, la Columna que sostiene tu imagen y el templo que la guarda, si todo esto no es testimonio de tu caridad hacia los hombres y del deseo que tienes de sostenerlos en la fe, de defenderlos de los peligros, de consolarlos en sus penas. Bendita seas por caridad tan grande, oh reina de los Angeles. Deseas que todos seamos unos al pie de tu Pilar bendito.

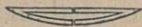
Yo lo quiero también; yo amaré á mis hermanos, yo les perdonaré sus faltas, yo seré indulgente con sus miserias, yo les ayudaré en su peregrinación, yo

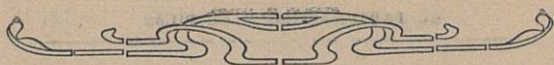
trabajaré todo cuanto pueda por la salvación de sus almas.

ORACIÓN

(DE SAN ANDRÉS DE CAUDIA)

¡Oh María! Si pongo en Vos toda mi confianza me salvaré; si me acojo á vuestra protección nada tendré que temer; porque vuestros siervos están armados con las armas de salvación que Dios ha concedido á sus predestinados. ¡Madre de misericordia! Aplacad á vuestro divino Hijo. Cuando morabais en la tierra, solo ocupabais una pequeña parte de ella; pero ahora que estáis elevada á lo más alto de los cielos, todo el mundo os mira como el altar de propiciación común á todas las naciones. Haced, ¡Oh Virgen purísima! que por vuestra infinita caridad halle gracia á los ojos de vuestro adorable Hijo mi Salvador. Amén.





MEDITACIÓN SEXTA

DE LA PIEDAD DE MARIA

*No se apartaba del templo, sirviendo día y noche
en ayunos y oraciones*

(LUC. II, 37.)

De la caridad nacen como de su origen la piedad y la devoción; es decir: la voluntad pronta y fervorosa para todo lo que pertenece al servicio de Dios y las prácticas religiosas.

Antes de que María fuese concebida, la habían consagrado á Dios sus padres, prometiendo que si tenían fruto de bendición, le consagrarían á su servicio en el templo; y á la edad de tres años la llevaron con el mayor placer á la casa del Señor, en cumplimiento de su promesa. Había en el templo un lugar retirado en donde un gran número de vírgenes se ocupaban santamente en trabajos propios de su sexo, y en prác-

ticas de piedad conformes á su estado. Tales fueron los ejercicios de María mientras vivió en el templo. El trabajo, la oración y la lectura de los libros santos la ocupaban todo su tiempo. Adoraba al Señor con toda su alma, le alababa y le glorificaba con los sentimientos del más profundo respeto: instruída é iluminada por el Espíritu de Dios, contemplaba sus infinitas perfecciones y adoraba sus grandezas: el trabajo de sus manos no interrumpía sus coloquios con Dios. Cada día, cada hora, cada momento, se la veía crecer en edad y en sabiduría, y evitaba en cuanto estaba de su parte, las ocasiones de reir, de hablar y de recrearse con sus compañeras, á fin de consagrarse á Dios en su retiro. Cuando salió del templo, no se separó de su plan de conducta, ni de su íntima y constante unión con Dios.

Pero desde que el ángel le anunció el gran misterio de la Encarnación del Verbo eterno, la piedad de María adquirió nuevos grados de perfección; su recogimiento fué más profundo, su ora-

ción más fervorosa, se ilustración y sus consuelos celestiales más sublimes y más elevados; habíase reconcentrado y como anodadado en sí misma, y mientras llevaba el Verbo en su seno, admiraba su caridad infinita para con los hombres. Admirada después al ver á Dios hecho hombre, al Todopoderoso sujeto á nuestra mísera condición, á nuestros dolores y destinado á la muerte, María se consagró durante toda la vida del Hombre-Dios, á un ejercicio continuo de piedad, de sufrimientos, de sacrificios y de amor; á su muerte hubiera espirado de dolor al pie de la Cruz, si una fuerza superior no la hubiera sostenido.

Después de la Ascensión de Jesucristo al cielo, y de la venida del espíritu Santo sobre los Apóstoles, la piedad de la Santísima Virgen, ya tan perfecta, tomó un nuevo incremento por los dones del espíritu Santo que le fueron comunicados en toda su plenitud. San José había muerto, Jesús había subido al cielo, y María, Esposa del uno y Madre del otro, aunque siempre virgen, se halló

viuda, sin duda para servir de modelo en todos los estados, es decir, para enseñar á las vírgenes el amor que deben tener á la virginidad y al cuidado con que deben conservar este precioso tesoro; á las casadas la fidelidad, la obediencia y el respeto que deben á sus esposos; á las viudas el espíritu de recogimiento, de retiro y de oración, y á todas, en una palabra, la santa y constante práctica de todos los deberes de su estado, en lo que consiste la verdadera devoción y la piedad sólida y sincera; porque notémoslo bien: la verdadera devoción no consiste en sentir por ella cierto consuelo, cierto deleite, cierto atractivo; la devoción esencial consiste en una voluntad generosamente inclinada al bien, pronta á consagrarse á las cosas de Dios, y fiel en practicar las de la respectiva posición de cada uno: esta es la sólida piedad á que debemos aspirar, á ejemplo de María, que siempre y bajo todos conceptos será el más perfecto modelo que se presente á nuestra imitación.

El medio de sostener, conservar y

aumentar el espíritu de piedad, es la consideración de lo que pertenece á Dios, la lectura de libros santos, el recogimiento interior, la práctica de las buenas obras, la mortificación de los sentidos, y en una palabra, la unión con Dios.

¡Dichoso el que como María, se ha consagrado á Dios desde el principio de su vida! ¡Dichoso el que le ha consagrado las primicias y la flor de sus años y jamás ha entregado su corazón al mundo y á sus vanidades, conociendo con tiempo la nada de todas las cosas mundanas, para unirse á Dios únicamente! ¡Qué paz no habrá disfrutado durante su vida! ¡Qué dulce consuelo no experimentará en la hora de su muerte!

PRÁCTICA

¡Oh Virgen Santísima! Honrar á Dios y honrarte á tí por la piedad de un culto devoto y fervoroso es obligación sagrada de todo cristiano y pues, tu bondad quiso que en este sitio se edificara

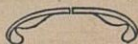
un templo donde la divina Majestad recibiera las adoraciones de los hombres y donde tu imagen fuera perpetuamente venerada yo te prometo consagrarme con todas mis fuerzas á extender la gloria del Señor y tu propia gloria. Lucharé con la indiferencia de las almas que viven alejadas del templo, las traeré á esta capilla angélica para que se edifiquen con el ejemplo de los corazones devotos y no me ocultaré para cantar las divinas alabanzas y ponderar los milagros de tu maternal misericordia.

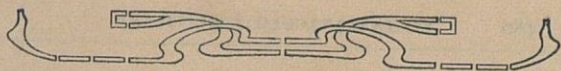
ORACIÓN

(DE SAN ANSELMO)

¡Oh gloriosísima Virgen! ¡Dignaos hacer que mi corazón se abra siempre en vuestro amor y que mi alma sea siempre vuestra. ¡Tierna y divina Madre mía! Concededme, ya que tanto es vuestro poder para con Dios, que os ame como mereceis ser amada. Jesucristo, vuestro adorable Hijo, que ha amado á los hombres hasta morir por ellos en la Cruz,

no podrá negarme esta gracia que tanto interesa á su gloria y que yo le suplico me conceda por vuestra intercesión. Haced ¡oh María! que sólo viva de vuestro amor después del de mi Dios; para que un día pueda ser consumido en él y vaya á vivir eternamente en la mansión de los bienaventurados. Amén.





MEDITACIÓN SÉPTIMA

DE LA OBEDIENCIA DE MARIA

Hágase en mí según tu palabra.

(LUC. I, 38).

Como nosotros, por orgullo y amor propio, experimentamos una natural repugnancia á obedecer á los demás, la obediencia pronta y sin reserva prestada á los hombres por respeto á Dios, es la mejor prueba de que nuestro corazón está completamente sumiso á la voluntad divina. El más perfecto modelo de esta virtud, después de Jesucristo, es la Santísima Virgen. Desde su más tierna edad se mostró obediente á la voluntad de Joaquín y Ana, sus padres, viendo en ello la voluntad del mismo Dios; atenta á sus palabras, á sus miradas y á sus intenciones, les obedecía puntualmente sin hacer jamás la menor demostración de disgusto. Retirada después en

el templo, observaba con la mayor exactitud las prescripciones del Sumo Sacerdote, y desde sus desposorios con San José, aunque su dignidad la colocaba á mayor altura que la del Santo Patriarca, le estaba sumisa, porque sabía que tal era el orden establecido por Dios. ¡La Reina del cielo, la Madre de Dios obedeciendo á un simple artesano! ¡Qué espectáculo para el cielo! ¡Qué ejemplo para nosotros! No hay duda que es una virtud obedecer á los hombres sabios, morigerados y virtuosos, cuando el Señor los constituye en dignidades; pero es una virtud mayor y más preciosa, dice San Buenaventura, obedecer á superiores imperiosos, duros y caprichosos, que sin razón y sin consideraciones mandan cosas para molestar y rebajar la dignidad de sus súbditos. De esta obediencia es de la que habla San Pedro cuando dice: Siervos, obedeced á vuestros señores, no solamente á los que os traten con bondad y dulzura, sino también á los que tienen un carácter iracundo y violento. Para someterse á esta obediencia de

buen grado, se necesita más virtud, pero también se contrae mayor mérito. Así obedeció la Santísima Virgen el edicto de Augusto: á pesar de estar á punto de dar al mundo á su divino Hijo, quiso obedecer las órdenes del Emperador, y abandonando su casa de Nazareth, marchó á Belén, dando el más sublime ejemplo de la obediencia que se debe á los soberanos.

El gran misterio de la Purificación de María, es otro ejemplo perfecto de esta obediencia. Los términos de la ley exceptuaban á la Santísima Virgen de la obligación común á todas las mujeres; pero este privilegio lo convirtió en un deber de edificación, enseñándonos á respetar la santa ley, no solamente observando lo obligatorio de sus preceptos, sino abrazando la perfección de los consejos.

La obediencia se puede practicar en todos los estados; los niños deben obedecer á sus padres, la esposa á su esposo, el criado á su amo, el súbdito á su príncipe, y todos al que han elegido por

guía en el camino de la salvación. La misma virtud que nos hace obedecer á nuestros superiores en la tierra, debe hacer que obedezcamos á los que lo son respecto de Dios, y en tal concepto, tienen el derecho de mandarnos como representantes suyos. Obedecer á ellos es obedecer al mismo Dios.

La obediencia nos proporciona inmensas ventajas, nos garantiza de las ilusiones del amor propio, de los errores del espíritu humano, de los lazos que el demonio tiende incesantemente á la piedad, y de las dudas y perplejidades á que se halla expuesto todo el que se guía por sí solo. De la perfecta obediencia nacen la paz y la tranquilidad del alma. Nuestra propia voluntad, dice San Bernardo, es la causa de nuestra turbación, de nuestra agitación, de nuestras guerras intestinas, de todos nuestros pecados y de todos nuestros desórdenes; no tengamos voluntad propia y no habrá infierno. *Tollatur voluntas propria, et infernus non erit.* La obediencia es el remedio para todos los males que causa la

voluntad propia; ella la mortifica, la doma y la cautiva: la obediencia es tan meritoria á los ojos de Dios que iguala en cierto modo al mérito de los mártires: tal es el pensamiento del piadoso autor de la imitación de Jesucristo: Esto es lo que hizo que María amase tanto esta virtud, y que en todas las ocasiones tuviera grabado en su corazón, el perfecto sentimiento de sumisión y de prudencia que manifestó al Angel cuando la anunció los designios de su Creador: *Fiat mihi secundum verbum tuum*. Imitemos tan sublime ejemplo, y recordemos siempre que el hombre obediente consigue más victorias que los conquistadores.

PRÁCTICA

Si obedecer, oh Madre mía del Pilar, es ley ineludible para todo cristiano, para mí, que me he puesto enteramente á tu servicio, es la más apremiante de las obligaciones. ¿Qué sería, si llamándome de tu Corte de honor, no escucha-

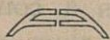
ra tu voz, que es la voz de la verdad, la voz de la dulzura y del cariño? La voluntad de Dios tiene en tus labios su expresión más santa y más hermosa y nadie como tú puede marcarme el camino de la vida. Yo te escucharé, yo aceptaré todas tus enseñanzas, yo recogeré todas tus inspiraciones, yo obedeceré fielmente cuanto me ordenes, pues sé que seguirte á ti y escucharte y obedecerte, es escuchar, seguir y obedecer la voz de Dios, Rey y Señor de los cielos y de la tierra.

ORACIÓN

(DE SAN GERMÁN)

¡Oh Soberana mía! Vos sois el consuelo que el mismo Dios me ha concedido; Vos sois mi guía en la peregrinación de este mundo, la fuerza en mi debilidad, la riqueza en mi miseria, el bálsamo que cura mis heridas, el consuelo en mis dolores y la libertadora que rompe mis cadenas. Dignaos ¡Oh Virgen Santa! escuchar las humildes súplicas de

vuestro siervo, y compadeceos de mis lágrimas, Vos que sois mi paciencia, mi refugio, mi esperanza, mi salvación y mi apoyo. Amén.





MEDITACIÓN OCTAVA

DE LA PUREZA DE MARÍA

Que mi corazón esté sin manchilla

(PSALM. CXVIII, 80.)

María, desde su más tierna infancia, dirigió todas sus aspiraciones y todos sus sentimientos á consagrar al Señor su cuerpo y su alma por medio de la más perfecta virginidad, porque comprendía que cuanto más perfecta fuera en Ella esta virtud, más se asemejaría á Dios, que es la pureza por excelencia. Este sacrificio fué tanto más generoso, cuanto que las mujeres estériles eran consideradas como malditas del Señor; pero María no tuvo en nada este oprobio que iba unido al estado que escogía voluntariamente, y contenta con hacerse agradable á los ojos de Dios, se hizo superior á las preocupaciones de los

hombres. Por eso cuando el Angel vino á anunciarla que sería la madre del Verbo Eterno, no aceptó tan suprema dignidad hasta después de haberse asegurado de que la divina maternidad en nada afectaría á su virginidad. ¡Qué virtud tan heroica! Preferir la gloria de la virginidad á la de ser Madre de Dios, Reina del cielo y Soberana del universo.

¡Oh corazón magnánimo, exclama San Bernardo, corazón más estable que la tierra y más elevado que el cielo. Pero para que todos los siglos sepan cómo Dios recompensa á los que le sirven, María será Virgen y Madre á la vez; será bendita entre todas las mujeres, y bendito será el fruto de sus purísimas entrañas.

El Señor, al inspirar á María su voto de virginidad, se propuso dos cosas: la primera fué que la Santísima Virgen le sirviese con toda la perfección de que era capaz, dejando á la Iglesia el más perfecto modelo de pureza; y la segunda, que María fuese la primera en presentar á los hombres este ejemplo de pureza

que tantos fieles imitadores debía dar al mundo. La Iglesia de Jesucristo, extendida por todo el universo, se vió adornada poco después con las brillantes virtudes de la continencia y de la virginidad de numerosas personas, que vivían en la tierra como los ángeles en el cielo. San Ambrosio, San Agustín, San Juan Crisóstomo y otros Santos, nos refieren los más brillantes ejemplos, y hacen mención de muchas partes del globo en donde brillaban la pureza y la virginidad. En Asia, en Europa y en Africa estaban llenos los desiertos de fieles que representaban en la tierra á los bienaventurados de la morada celestial. ¿A quién, pues, sino á María somos deudores de este prodigio? ¿Quién sino Ella fué la primera que dió al mundo, el primer ejemplo de perpetua virginidad, virtud desconocida hasta entonces, y que tanto contribuye al ornamento y gloria de la Iglesia?

Dios nos manda imitar su santidad, y para esto una de las principales virtudes que con el auxilio de la divina gra-

cia debemos practicar, es la pureza, imitando cuanto nos sea posible el grande ejemplo que María nos presenta en sí misma. Para conseguirlo, debemos evitar con cuidado todo lo que pueda perjudicar á esta santa virtud, resistiendo inmediatamente y con firmeza á cualquier pensamiento, palabra ú obra que le sea contraria, con una mortificación continua de nuestros sentidos y de nuestras pasiones, por una constante asiduidad en la oración, por una santa desconfianza de nosotros mismos, y huyendo de todas las ocasiones y peligros en que pudiéramos encontrarnos; en una palabra: teniendo en grande estima esta sublime virtud que nos hace agradables á Dios, queridos de su Santa Madre, y, en cierto modo, nos eleva al estado de los ángeles.

PRÁCTICA

¿Sería digna de ti si entrara en tu capilla angélica con un corazón man-

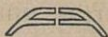
chado y me postrara ante tu imagen sin aquella pureza de alma que tú exiges á los que se llaman tus hijos? ¿No siendo pura, podría formar parte de tu Corte de Honor? Virgen del Pilar amadísima, no consientas que me falte esta adorable virtud, la más encantadora de las virtudes. Tú me sostendrás en mis luchas con el mundo, en la terrible lucha con mis pasiones. Por mi parte huiré los peligros, velaré sobre mis sentidos, evitaré con gran cuidado las ocasiones de pecar y fortaleceré mi pobre alma con la oración, con la mortificación y con la frecuencia de Sacramentos.

ORACIÓN

(DE SAN EPIFANIO)

¡Oh Madre de Dios! ¡Madre de misericordia! ¡Socorredme durante el curso de mi vida, y libradme de los ataques de mis enemigos en la hora de mi muerte! ¡Conservad mi pobre alma y disipad el tenebroso aspecto de los demonios en

el momento supremo de mi juicio! ¡Preservadme de la eterna condenación! ¡Colocadme en el número de los Santos y hacedme entrar en la gloria de vuestro divino Hijo y participar de la herencia de los hijos de Dios. Amén.





MEDITACIÓN NOVENA

AMOR DE MARIA Á LA VIDA RETIRADA

*He vivido retirada huyendo del bullicio
del mundo*

(PSALM LIV, 8)

Aunque la Santísima Virgen se hallaba á cubierto de todos los escollos por una gracia superabundante y por la especial protección del Todopoderoso, hacía sin embargo una vida muy retirada, no apareciendo en público sino cuando tenía necesidad absoluta de hacerlo, porque así lo reclamaban la gloria de Dios ó la salud del prójimo. Fuera de estos casos, huyendo el contagioso comercio del mundo, se encerraba en su amado retiro, en el que hallaba sus más preciosas delicias. Así que, cuando el Angel vino á anunciarla el gran misterio de la Redención, la halló sola en su re-

ducida casa y entregada á la más fervorosa oración.

El espíritu de retiro que tanto admiramos en María es necesario á todo cristiano, según su estado, para conservar el precioso tesoro de la gracia; pero conviene más especialmente á las mujeres y sobre todo á las vírgenes, las cuales no deben presentarse en público sino cuando lo exija la necesidad ó la buena educación. La curiosidad ó la disipación de Dina, hija de Jacob, fué muy funesta. Empeñada en salir de su casa para ver á las mujeres de la ciudad de Sichem, tuvo bien pronto ocasión de arrepentirse, porque su imprudencia fué causa de su deshonor, del crimen de sus hermanos y de la matanza de los habitantes de la ciudad.

Es verdad que no siempre es posible separarse del comercio del mundo; pero debemos procurar que por lo menos nuestro espíritu no se separe nunca de su principal objeto, que es Dios, porque, por poca libertad que se le conceda para ocuparse de los objetos mun-

danos, pueden aparecer los malos pensamientos, los deseos criminales, y á veces la pérdida de la gracia y con ella la del alma.

La Sagrada Escritura nos presenta dos ejemplos de este género, muy propios para inspirarnos la más santa vigilancia sobre nosotros mismos. El primero es el de David, á quien una mirada imprudente precipitó en los crímenes del adulterio y del homicidio. El otro es el del Santo Job, que para conservar su pureza hizo voto de no mirar á ningún objeto peligroso. Para que el corazón sea puro es necesario que los ojos sean castos y reservados.

Conviene, pues, al uno y al otro sexo apartarse, á ejemplo de María, en cuanto lo permita su estado respectivo, de las distracciones, de las conversaciones, de las compañías y de los espectáculos en que la virtud peligrare. En este asunto, el riesgo es comparable al de una nave rodeada de escollos y combatida por la tempestad, que si no los evita procurando salvarlos, acaba por estrellarse

contra las rocas ó sumergirse. Cuando las circunstancias nos colocan en un peligro, que no hemos podido evitar de antemano, debemos proceder con precaución pidiendo á Dios que nos socorra y nos dé fuerzas para evitarle, seguros de que el Señor nos sostendrá. Pero si sin necesidad nos exponemos, entregándonos á los pasatiempos del mundo, si frecuentamos las malas compañías ó las reuniones disipadas, debemos temer por nuestra salvación; porque Dios no ha prometido su gloria á los que voluntariamente se exponen á perderla. A esta poderosa razón añadiremos otra que nos inspira la conducta de María, cual es, la obligación en que todos estamos de dar buen ejemplo á nuestros prójimos. Las personas piadosas están más obligadas que las demás, porque el mundo maligno tiene los ojos puestos en ellas, y suele interpretar sus acciones de la manera más violenta con sólo que cometan la más ligera imprudencia. Según el saludable ejemplo de la Santísima Virgen, debemos amar la vida retirada,

huir el contagio del mundo, conservar-nos en el asilo de nuestro recogimiento y encerrarnos en la soledad siempre que nos sea posible; porque en ella es donde Dios penetrará en nuestro corazón y nos hará oír las palabras de vida.

PRÁCTICA

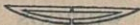
Indudablemente, oh Virgen Santísima, los deberes de mi estado me retienen en medio del mundo sin que pueda gozar, en un apartamiento absoluto, las dulzuras de la devoción y de la piedad. Tú lo sabes, y sabes también cuánto me agradaría pasar horas enteras en este retiro de tu Capilla angélica, lejos de la tierra y tratando contigo de las cosas del cielo. Pero ya que no pueda gozar esta dicha, haré un retiro para mí de mi propia casa y sin faltar á mis obligaciones, viviré en un santo alejamiento de la sociedad, evitando participar de todo aquello que no me lleve á Dios y que no fomente en mi corazón el amor filial que

te profeso: aquí vendré, Madre dulcísima, á confiarme á ti y á buscar en el sosiego de este augusto recinto, la paz y el descanso que necesita mi corazón.

ORACION

(DEL PIADOSO AUTOR DEL MEMORIALE VITAE
SACERDOTALIS)

¡Oh María! Que todos los pueblos de la tierra os sirvan; que todas las tribus os honren, que todas las naciones os reverencien; en cuanto á mí, os pido la gracia de que me penetréis de los más tiernos sentimientos de amor hacia Vos, que me permitáis propagar vuestro culto por todas partes, y me déis fuerzas para combatir á todos los que quieran detenerme en este camino, para que después de haber trabajado por vuestra gloria en la tierra, pueda veros y gozar de ella en el cielo. Amén.





MEDITACION DÉCIMA

DE LA MODESTIA DE MARIA

*Vuestra modestia sea manifiesta á todos los
hombres.*

(AD PHILIP IV, 5).

La modestia es una virtud que arregla el exterior del hombre y procede de un interior bien arreglado. La Santa Escritura dice que el hombre modesto revela su virtud en su aspecto, en su traje y hasta en su sonrisa. Con sólo verle se puede conocer si la sabiduría reina en su corazón; sus actos exteriores sirven para juzgar de los interiores, y la mejor prueba de que su interior está en orden, es ver que su exterior es modesto y ordenado.

La Virgen Santísima fué el más perfecto modelo de modestia y recato: sus sentidos eran guiados por la razón, y todo el aspecto de su persona revelaba

la gravedad y la decencia. San Epifanio dice, que su modestia era para los hombres pensadores un prodigio nunca visto: todo parecía sobrehumano y celestial en María, y comprendió á primera vista que el Creador del cielo y de la tierra la preparaba para alguna cosa extraordinaria, haciéndola la criatura más perfecta.

¿Quién podrá explicar la modestia, el pudor y la decencia que brillaban en la Santísima Virgen, en su aspecto, en sus discursos, en sus sentimientos y en su conducta? Todas las virtudes contribuían á darla un imperio absoluto sobre sí misma. ¡Dichosos nosotros si á su ejemplo hiciésemos que todas las virtudes reinasen en nuestra alma!

La modestia exige que midamos de tal manera nuestras palabras, que todas ellas parezcan dictadas por la prudencia.

La sabiduría quiere que aguardemos la ocasión y el momento en que debemos hablar; el hombre inconsiderado habla inoportunamente, sin miramiento y sin juicio.

La prudencia nos advierte que no se debe ser difuso en las palabras, porque es raro hablar mucho y hablar bien.

La humildad manda que se hable poco de sí mismo, ya sea en pro ó en contra; porque aun en este último caso, la falsa humildad deja entrever el orgullo y el amor propio.

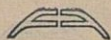
La caridad nos prohíbe pronunciar ni una palabra que pueda herir al prójimo: muchas veces una sola palabra causa desgracias irreparables.

La modestia es el adorno de todas las demás virtudes, las da nuevo mérito y aumenta su brillo. La falta de modestia, por el contrario, atenúa todas las demás virtudes y las convierte, por decirlo así, en vicios.

Esta amable y celestial virtud resplandeció en la Santísima Virgen de la manera más sublime, y de ella nos dió los más admirables ejemplos: María amó siempre el silencio á fin de no interrumpir sus continuos coloquios con Dios; pero este silencio que tanto amaba, lo rompía siempre que se la presentaba ocasión

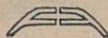
de glorificar á Dios ó servir al prójimo. San Juan Damasceno dice, que todas las palabras que salían de sus labios, expresaban la modestia, la dulzura, la caridad y la humildad de su alma.

Para perseverar en la práctica de esta santa modestia, reflexionemos que continuamente estamos en la presencia de Dios, y que siempre tenemos á nuestro lado un angel tutelar, testigo de nuestras acciones, recordemos, en calidad de cristianos, que todas nuestras palabras, nuestros pasos y hasta nuestros movimientos, deben estar conformes con la ley de Dios; para eso tenemos que imitar á la Santísima Virgen, que después de Jesucristo, es nuestro más perfecto modelo. Entonces, arreglado nuestro exterior por los principios interiores, redundará en gloria de Dios y contribuirá á la edificación del prójimo y á nuestra propia ventaja.



PRÁCTICA

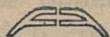
Si he de ser pura tengo que ser modesta. Cortesana de la Madre de Dios, mi modestia debe ser conocida por todos los hombres. En esto conocerán á quién sirvo. Mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi modo de vestir, mi manera de andar, la forma de proceder en mi casa, en mi vida de sociedad, en mi trato con las gentes deben dar testimonio por mi modestia de la santidad de mi conducta. Procuraré, pues, edificar á los demás y no contribuir nunca á la ruina de su alma. Huiré de cuanto pueda ser escándalo y tropiezo para mis hermanos; despreciaré las vanidades del lujo que tanto afectan á la santidad de la hermosa virtud de la modestia y preferiré sobre todas las cosas ser agradable á Dios, y á ti, Madre mía, que me has llamado á tu Corte para servirte.



ORACION

(DE SAN BERNARDINO DE SENA)

¿Qué podré decir, oh Santísima Virgen, que sea digno de Vos? Sois la puerta del cielo, la gloria del género humano, la soberana de los ángeles, el terror de los demonios, el refugio de los pecadores, el espejo de la pureza, la fuente de todas las gracias, el tesoro de los dones celestiales, la consoladora de los pobres, la alegría de los humildes, el sostén de los elegidos, la guía de los viajeros, el puerto de los náufragos, el escudo de los que combaten, la madre de los huérfanos, el apoyo de las viudas, la abogada de los penitentes, la curación de los enfermos, el modelo de los justos, la esperanza y la gloria de los cristianos y el sello de los verdaderos católicos. Amén.





MEDITACION UNDÈCIMA

AMOR DE MARIA Á LA POBREZA

*Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes
y sígueme*

(MATH XIX, 21)

La vida de María fué un continuo ejercicio de pobreza voluntaria. Cuando, según los designios del Eterno Padre, pensó en tomar estado, eligió un hombre justo, descendiente de David, es cierto, pero tan pobre, que vivía del trabajo de sus manos.

¡Júzguese á qué estado de pobreza se hallaría reducida cuando llegó la hora de dar al mundo á su divino Hijo! ¿De qué vivirían cuando salió de Nazareth con San José para ir á Belén á cumplir con el edicto de Augusto? ¿En dónde se

albergarían á su llegada en el rigor del invierno? ¡Todas las posadas están ocupadas por los ricos; María y José son pobres, lo parecen, y en todas partes se les niega el asilo que solicitan! Ven un establo medio arruinado, y expuesto á todas las injurias del tiempo, se refugian allí, y en él, es donde la Reina de los Angeles da al mundo al Hijo del Altísimo; le envuelve en pobres pañales, y sólo cuenta para resguardarle del frío con el aliento de un buey y una jumentilla. ¡Cuánto no sufriría el corazón de esta tierna madre!

Otro nuevo rasgo de la evangélica pobreza de María, es la pobre ofrenda que presentó en el templo á los cuarenta días de su parto, el día de su Purificación. La Santísima Virgen sólo ofreció un par de tórtolas, que era la ofrenda de los pobres; porque si bien es cierto que María había recibido oro de los Reyes Magos, con el que hubiera podido hacer otra ofrenda más considerable, no lo es menos, dice San Buenaventura, que este presente había pasado ya de sus manos

á las de los pobres, porque María, que había experimentado tanta miseria, no podía menos de compadecer la de los demás.

En su huída á Egipto ¿á cuántas pruebas no se vió sometida la Sagrada Familia? Extranjeros, desconocidos y faltos de todo recurso ¿cuánto no tendrían que sufrir? Pero, siempre resignados, ofrecían á Dios sus sufrimientos y su pobreza. Después pasaron los mismos trabajos á su regreso, y, durante toda su vida, fueron pobres y vivieron resignados con su miseria.

Cuando el Salvador dejó la tierra, María continuó como antes, viviendo en la pobreza. Jesús la había recomendado á su Discípulo Amado, el cual había repartido sus bienes como los demás Apóstoles para seguir el camino de la Cruz, y es constante que todo el tiempo que vivió María después de la Ascensión de su divino Hijo, fué un ejemplo vivo de todas las virtudes, y sobre todo un modelo perfecto de evangélica pobreza. Nació en la pobreza, vivió pobre, y en la

pobreza quiso exhalar el último suspiro.

¿Por qué ha recomendado el Salvador del mundo el espíritu de pobreza á todos sus hijos? Para que, libres de los lazos terrenos, y no teniendo otras afecciones, puedan pensar en su salvación; para sustraerlos al criminal abuso que suele hacerse de las riquezas, y, en fin, para que amen á Dios con esa pureza y ese amor que crece en el alma á medida que ésta se desprende de toda pasión mundana. Es, en una palabra, para que sean más conformes al modelo del Salvador, que, durante su vida, no tuvo donde reclinar su cabeza. Tales son los fines que Dios se propuso y que María cumplió tan perfectamente.

Es preciso que cada uno de nosotros imite, según su estado, la pobreza de María y la de su divino Hijo; los que poseen bienes temporales deben proceder como si no los tuvieran, esto es; desprenderse de todo afecto interesado, y hacer uso de ellos según las máximas del Evangelio, repartiéndolos entre los pobres, consolando con ellos á los que

sufren, y en una palabra, haciendo de ellos el uso más santo.

Para conocer si el desprecio de las riquezas es verdadero, examinemos si para adquirirlas, conservarlas y aumentarlas, se hace uso de medios ilícitos; si cuando se pierden por cualquier suceso, se resigna uno con la voluntad de Dios; si su posesión ocupa demasiado el corazón y la mente, y si son un obstáculo para servir á Dios y adquirir bienes eternos; si en fin, se las emplea no en vanidades, en lujo y otros usos profanos, sino en limosnas, en buenas obras, y en satisfacer las necesidades de cada uno según su estado. Entonces estas riquezas, que muchas veces son perjudiciales, redundan en provecho del alma y contribuyen á su salvación.

Dichosos aquellos á quienes Dios inspira el desprendimiento real y absoluto de los bienes temporales para que no tengan en el mundo otro pensamiento, otro deseo, ni otras riquezas que el de los bienes del espíritu. ¡Oh Virgen Santísima! ¡Modelo de pobreza volunta-

ria! Dignaos alcanzar para nosotros ese espíritu de pobreza que es preferible á todas las riquezas.

PRÁCTICA

Cuanto más desligada esté de las cosas de la tierra, mejor podré servirte, oh Reina amorosísima. Después de todo, ¿qué hago con todo lo que el Señor, en su infinita misericordia, se ha servido concederme, sino vivir en este valle de lágrimas pasando por las pruebas y las contradicciones de la vida? Mi riqueza es mi Dios, que se dignó enriquecerme con su pobreza y mi riqueza eres tú, que para enriquecerme, viniste en carne mortal á este suelo bendito, donde reinas como Señora. A Dios, pues, amaré y á tí también con El, haciendo de este amor el único tesoro de mi alma: y lo que ame legítimamente en el mundo, lo amaré por El y por tí, dispuesta á sacrificarlo todo antes que perder esta soberana riqueza. El desprendimiento será en ade-

lante lo que he de procurar con mayor cuidado y diligencia.

ORACION

(DEL PIADOSO AUTOR DEL MEMORIALE VITAE
SACERDOTALIS)

¡Oh Virgen tres veces bendita! ¡Recibidme por vuestro siervo, así como os habéis dignado recibirme por hijo al pie de la Cruz! Mostrad que sois mi Madre inflamando mi corazón de amor y de piedad para con Vos. ¡Oh Virgen poderosa, que habéis quebrantado la cabeza del dragón infernal! venced mis pasiones, romped las cadenas que me sujetan al vicio. ¡Oh Santísima Virgen, por cuya voluntad se dispensan los tesoros celestiales, alcanzadme las gracias que sepáis han de serme más útiles! Obtened para mí una fe viva, una esperanza firme, un amor ardiente y el don de la oración. Concededme la pureza, la humildad, el desprecio del mundo y un gran celo por la salvación de las almas de mis prójimos. Amén.



MEDITACIÓN DUODÉCIMA

PACIENCIA DE MARIA

— EN LOS SUFRIMIENTOS —

*La paciencia os es necesaria
para que haciendo la voluntad de Dios
alcanceis las promesas*

(AD HEBR X, 36)

La paciencia, dice San Agustín, es una virtud que hace sufrir con resignación los trabajos de esta vida, cualesquiera que sean las persecuciones, las injurias, la pérdida de bienes, las enfermedades y la muerte.

La paciencia tiene diferentes grados, más perfectos unos que otros. El primero es sufrir con resignación los males, teniendo presente que somos cristianos y pecadores. El segundo, recibirlos vo-

luntariamente como venidos de la mano de Dios, que todo lo hace por nuestro bien. El tercero, desearlos ardientemente para imitar á Jesucristo, modelo de los predestinados, especialmente considerado como varón de dolores.

La Santísima Virgen, durante todo el tiempo de su vida mortal hasta su gloriosa Ascensión al Cielo, nos ha dado numerosos, sublimes, consoladores y constantes ejemplos de la más perfecta paciencia. Es cierto que el Evangelio no menciona todas las penas que sintió desde su tierna edad hasta el día de la Encarnación del Salvador; pero es indudable que las experimentó y muy grandes.

Las penas han sido siempre el patrimonio de las almas amadas de Dios y no era probable que privara de ellas á la que había elegido para ser su madre. En efecto, fué favorecida con ellas más que todos los mártires, y su vida fué un continuo martirio, como lo veremos siguiéndola en su vida paso á paso.

¡Cuál sería su dolor cuando San José, ese prudente y fiel guardador de su

virginidad, quiso abandonarla y emigrar de su propia patria! ¡Cuál, cuando dió á luz á su divino Hijo en un establo, en lo más crudo del invierno, y le vió sufrir el rigor de la estación! María sufre con alegría sus propias penas; pero ¡qué amargura no será para su maternal corazón el ver á su amado Hijo tendido en un poco de heno y no tener otro medio para calentarlo que estrechándolo contra su corazón lleno de tristeza! ¡A qué dolorosa prueba no se pondría la sensibilidad de aquella digna Madre cuando el cuchillo de la circuncisión hizo correr la sangre de su divino Hijo, y, tanto más, cuanto que esta sangrienta ceremonia recordaba á María que Jesús debía un día derramar en la Cruz toda su sangre gota á gota!

¡Qué fatigas, qué inquietudes no experimentaríá María cuando fué á buscar un asilo en Egipto, permaneciendo tanto tiempo en un país desconocido é idólatra! ¡Qué sobresalto, qué pavor al saber la crueldad de Herodes y la degollación de tantos niños, inocentes víctimas inmoladas en odio contra su Hijo!

En los tres años que el Salvador predicó y anunció el Evangelio, María tuvo que sufrir muchas penas y fatigas, siguiéndole en sus viajes, no con la distinción y autoridad de una Madre, sino escuchando su divina palabra con la mayor humildad para aprovecharse de ella. ¡Con qué dolor no oiría las imprecaciones y las blasfemias que vomitaban contra Jesucristo, los envidiosos escribas y fariseos, tramando contra El la más infame conjuración para perderle! El tiempo de su sacrificio se aproximaba, y María le veía llegar y el dolor de que solo Ella era capaz, que solo Ella podía sufrir.

La Pasión, que hizo de Jesucristo un varón de dolores, hizo de María un océano de amarguras. ¡Qué situación sería la de María cuando vió á su divino Hijo, el único y tierno objeto de sus complacencias, entregado al poder del príncipe de las tinieblas, después rodeado de gente armada, atado como un bandido, golpeado por la soldadesca insolente, conducido con escarnio por las calles de Jerusalem, llevado de tribunal en tribu-

nal, ante jueces parciales y prevenidos contra El, objeto de las burlas, los clamores y las maldiciones de un pueblo furioso! ¡Oh corazón maternal y de la más tierna de las madres! ¡qué bien se os puede decir con el Profeta; *Magna est velut mare contritio tua*: Las olas de la amargura se han extendido en vuestro corazón y le han convertido en un inmenso océano de dolores!

Sigamos á Jesucristo hasta el Calvario, y sigamos á María hasta el pie de la Cruz. ¡Miradla transida de dolor, levantando los ojos para ver á su Hijo moribundo! ¡Cesen las palabras! ¡Hablen por nosotros nuestras lágrimas! ¡Unamos nuestros suspiros á las lágrimas y á los suspiros de María! Pero ¡qué digo? ¡Acaso María podía llorar? Los dolores ordinarios se expresan y se exhalan entre gritos y lamentos; pero los grandes dolores hacen enmudecer: el corazón que ha sido traspasado por una grande amargura, seca los ojos y traba la lengua: Maria, muda al pie de la Cruz, sufre en este instante los dolores más agudos, los

tormentos más violentos y un martirio más cruel que el de todos los martirios juntos, sin derramar una lágrima, ni pronunciar una palabra.

Cristianos, hijos de la Cruz, hijos de la Madre del dolor por excelencia, ¿nos quejaremos aún de nuestras cruces y de nuestros sufrimientos, á la vista de lo que padecen el Hombre-Dios y la Madre de Dios por amor á nosotros y á nuestra salvación? ¡Acudamos todos los pecadores para ser testigos de los tormentos de la doble víctima, que nuestros pecados han inmolado! ¡Almas justas, venid á desahogar vuestro corazón afligido en el corazón de vuestro Padre moribundo! ¡Almas afligidas, venid á buscar consuelo en el alma desolada de vuestra tierna Madre!

El último dolor de María, el puñal más agudo que atravesó su alma, fueron las últimas palabras de su divino Hijo, cuando en su agonía le dijo, designando á San Juan: Mujer, he ahí tu hijo; y á Juan: He ahí tu Madre. En aquel momento las entrañas de María se conmo-

vieron de tal manera, que, sin el socorro del Altísimo, hubiera expirado infaliblemente. En adelante su vida fué un martirio continuo; la sangre que su Hijo había derramado estuvo siempre presente á sus ojos, y la imagen de su Pasión grabada en su alma. El dolor, pues, había preparado y santificado esta inocente víctima; el amor divino la inmoló finalmente, y el Dios remunerador la trasladó al cielo para ser por los siglos de los siglos nuestra Reina, nuestra Mediadora, nuestra Abogada, y, después de El, nuestro todo. Amémosla, honrémosla, invoquémosla en sus virtudes y en sus sufrimientos, para tener parte un día en su gloria y en su felicidad.

PRÁCTICA

Lo sé, Madre buenísima del Pilar; como á ti, me han apremiado y me apremian y seguirán apremiándome hasta el fin, los sufrimientos de la vida terrena. No te perdonaron á ti, inmaculada como

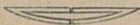
eres, y es natural que no me perdonen á mí, qué soy pecador. La tierra se convierte casi siempre para mí en un sendero difícil y escabroso, sembrado de espinas y pavimentado de piedras. Seguiré este camino con santa y generosa resignación, aceptaré cuantas penas y amarguras el Señor me mande y miraré y me abrazaré con el dolor como con un amigo que me facilite la posesión de la gloria eterna. No me quejaré nunca de los designios de Dios sobre mí, buscando siempre el cumplimiento de su santísima voluntad.

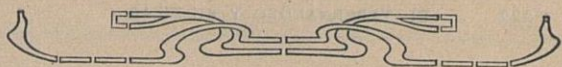
ORACIÓN

(DE SAN ILDEFONSO)

¡Oh Madre de mi Salvador! ¡Bienaventurada entre todas las mujeres! ¡Pura entre todas las vírgenes! ¡Reina de todas las criaturas! ¡Todas las naciones os llaman bienaventurada por excelencia! ¡Haced que yo publique vuestras grandezas en tanto que tenga fuerzas para

ello. Concededme la gracia de que os ame cuanto me sea posible, os invoque mientras pueda invocaros, y contribuya á honraros tanto como mi celo y mis fuerzas me lo permitan! Amén.



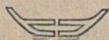


Después del ejercicio de cada día, la asociada á la Corte de Honor podrá hacer á la Santísima Virgen las recomendaciones siguientes:

PRIMERA

POR LOS FINES DE LA ASOCIACIÓN

Siendo los fines de la Corte de honor glorificar á Dios, honrarte á ti que eres su madre y mi madre, promover los intereses de la Iglesia y la salvación de las almas, y la santificación especial de cuantas á ella pertenecen, dignate, Virgen Santísima, atender á su cumplimiento como devota y fervorosamente te lo suplico. *Tres Ave Marias.*



SEGUNDA

POR LAS ENFERMAS AGONIZANTES
Y POR LAS QUE SE HALLEN
EN ALGÚN PELIGRO Ó TRIBULACIÓN

Por caridad, oh Virgen del Pilar, te ruego que extiendas tu manto de misericordia sobre mis hermanas enfermas y singularmente sobre aquellas que estén en el último trance de la vida. Te pido también por las que se hallen en algún peligro espiritual ó temporal ó pasen por alguna amargura ó tribulación. *Tres Ave Marias,*

TERCERA

POR LAS ASOCIADAS DIFUNTAS

No olvides, Santa María del Pilar, á las almas de mis hermanas asociadas, que sufren en el Purgatorio el fuego de la purificación. Que tu bondad interceda por ellas para que pronto gocen de Dios

eternamente en el cielo. *Tres Ave Marías.*

CUARTA

POR ALGUNA NECESIDAD PARTICULAR

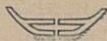
¡Oh Madre mía! Mejor que yo conoces mis necesidades y mis miserias; remédialas en cuanto convenga á la salvación de mi alma. Especialmente concédeme la gracia de.
. ;
Una Salve.

QUINTA

A INTENCIÓN DEL SR. DIRECTOR

Una Ave María.

Las meditaciones han sido tomadas del *Anuario de María* publicado por la Sociedad Bibliogr. Mariana.





NOVENA BREVE

Á LA VIRGEN SANTÍSIMA DEL PILAR

De rodillas ante la sagrada imagen de María y hecha la señal de la Cruz, se dirá con toda reverencia:

Bendita y alabada sea la hora en que la Santísima Virgen vino en carne mortal á Zafagoza.—Ave María purísima.—Sin pecado concebida.

ORACION PARA TODOS LOS DIAS

Soberana Reina de los ángeles, Madre de Dios y Madre mía: la confianza filial que me inspira tu inagotable misericordia me trae ante tu imagen del Pilar y me anima á pedirte los favores espirituales y temporales que necesito.

Acoge amorosa mis plegarias y llévalas por tí misma al trono de tu Hijo santísimo, interponiendo tu mediación para que sean favorablemente despachadas. Tu columna es mi refugio, mi fortaleza y mi esperanza; sea también copioso manantial de dones celestiales que vengan á mí por su conducto, y que por ellos sea dada gloria á Dios, gloria á ti, madre mía, y á

mi alma la pureza y la santidad en la tierra y la felicidad eterna en el cielo. Amén.

DIA PRIMERO

REFLEXIÓN PIADOSA.—La Virgen, mi buena Madre, mi dulcísima Madre por impulso de su amantísimo corazón quiso venir en carne mortal á Zaragoza. Favor tan grande no lo dispensó á pueblo alguno en la tierra. Santificó este lugar con sus divinas plantas y lo glorificó con su presencia. ¿Estás, alma mía, profundamente penetrada de ello? ¿Aprecias en todo su valor este beneficio? ¿Correspondes á él debidamente como cumple á un corazón agradecido? ¿Qué haces para expresar tu reconocimiento?

RESOLUCIÓN.—Tu bondad, Virgen Santísima, me obliga á tanto, que no puedo corresponder á ella según se merece. En adelante no me olvidaré nunca del favor señalado que te has servido dispensarme. A este fin cada vez que dé la hora te daré gracias con el corazón y los labios por haberte dignado venir á este pueblo, que es el mío, en carne mortal.

PETICIÓN.—Dame la gracia de perseverar siempre en tu amor, reconocido á esta gracia especial que debo á tu maternal misericordia.
Tres Ave Marias.

ORACIÓN.—Oh María, que para facilitarme el camino del cielo favoreciste estos lugares con tu presencia, dignate, cuando te presentes á Jesucristo, que es el autor de la reconciliación, interceder en favor mío para que bajo tus auspicios pueda yo vivir en el mundo según la ley de Dios y gozar la dicha de verte y alabarte eternamente. Amén.

JACULATORIA.—Yo te saludo, oh María, santuario del Espíritu Santo.

(San Bernardo).

ORACION FINAL PARA TODOS LOS DIAS

Omnipotente y eterno Dios, que te dignaste disponer el que tu Madre Santísima, viviendo aún en el mundo viniese aquí rodeada de ángeles sobre una columna de mármol, traída del cielo, á fin de que el primer mártir Santiago y sus piadosísimos discípulos edificasen esta basílica en tu honor, haz, te rogamos, que, por sus méritos y su intercesión poderosa, merezca ser escuchado lo que confiadamente te pedimos. Amén.

Ahora una Salve, terminando con los gozos (pág. 240) y la siguiente.

ORACIÓN —Oh, Dios, que en tu benditísima Madre nos has dado de manera admirable un celestial refugio, concédenos, que cuantos la veneramos bajo la advocación del Pilar sintamos de continuo los efectos de su amoroso patrocinio. Amén.

DIA SEGUNDO

SALUTACION Y ORACION COMO EL PRIMER DIA

REFLEXIÓN PIADOSA.—Cuando viniste de Jerusalén á Zaragoza, viniste, Madre mía, en el silencio y en la obscuridad de la noche. El silencio lo turbaron los ángeles con sus cánticos de alabanza, y la obscuridad fué disipada por el brillo de tu hermosura. ¡Qué dicha si yo supiera alabarte con el fervor de aquellos celestiales espíritus y qué dicha también si me prestara á ser iluminado por tí, de forma que hicieras desaparecer todas las tinieblas de mi alma!

RESOLUCIÓN.—Uno y otro lo puedo conseguir, Reina y Señora mía. Los ángeles que te acompañaron en tu viaje de amor siguen cantando tus alabanzas en derredor de tu santa columna; á ellos me uniré yo y te alabaré y bendeciré continuamente. Y, pues, tu eres la misma que cuando iluminaste personalmente esta tierra bendita, en tí buscaré siempre la luz de la verdad que guíe mis pasos en dirección al cielo.

PETICIÓN.—Purifica mis labios para que nada salga de ellos que sea contrario á las bendiciones que te debo y dame á entender lo que quieres de mí, para seguir con entera docilidad tus maternas ilustraciones. *Tres Ave Marias.*

ORACIÓN.—Santa María del Pilar: no niegues tu socorro á los desgraciados; fortalece á los débiles; consueta á los afligidos; ruega por todo el pueblo; toma al clero bajo tu amorosa protección, é intercede por las mujeres que te son especialmente devotas; haz, en fin, que todos los que recurren á ti en sus necesidades sean escuchados y complacidos. Amén.

JACULATORIA.—Yo te saludo, María, modelo de creyentes y de almas santas.

(San Gregorio de Neocesarea).

La oración final, salve, gozos y oración como el día primero. (Pág. 227).

DÍA TERCERO

SALUTACION Y ORACION COMO EL PRIMER DIA

REFLEXIÓN PIADOSA.—Cuando la Virgen apareció rodeada de ángeles y resplandeciente de luz á las orillas del Ebro, junto á Zaragoza, el apóstol Santiago y sus primeros convertidos estaban en devota oración, pidiendo á Dios que fecundase con su gracia los trabajos de su celo apostólico. ¡Con qué alegría recibieron aquella visita de la divina Madre que venía á colmar sus deseos! ¡Qué expresiones tan hermosas de santo gozo, de rendimiento y de acción de gracias brotarían de su corazón!

RESOLUCIÓN.—Como viniste una vez á Zaragoza en carne mortal, vendrás por tu amor á mi alma siempre que yo lo quiera y te lo pida. La oración es una fuerza á la que no resiste el corazón de Dios, ni tampoco tu corazón maternal. Prueba de lo que anhelo tu venida, será consagrarme al ejercicio de la oración, y no abandonarlo nunca. Por la oración yo subiré hasta ti y tú bajarás hasta mí y no habrá favor que no consiga de tu bondad.

PETICIÓN.—Dame fuerza, Virgen Santísima, para hacerme siempre superior á los obstáculos interiores y exteriores, que tiendan á impedir ó á dificultar la práctica santa de la oración. *Tres Ave Marias.*

ORACIÓN.—Haz, Virgen bondadosísima del Pilar, que mi corazón y mi alma se consuman siempre en tu amor. María, mi tierna Madre, concédeme por tus méritos que te ame como mereces ser amada. Dios mío, que habéis amado á los hombres hasta morir por vuestros enemigos, no me neguéis la gracia de amaros y amar á vuestra Santa Madre. Amén.

JACULATORIA.—Yo te saludo, oh María, sublimada sobre todos los coros de los ángeles.

(San Gregorio).

Oración final, salve, gozos y oración como el día primero. (Pág. 227).

DÍA CUARTO

SALUTACION Y ORACION COMO EL PRIMER DIA

REFLEXIÓN PIADOSA.—En tu venida á Zaragoza, oh Virgen Santísima, trajiste contigo una columna de mármol, labrada milagrosamente, la cual entregaste al Apóstol Santiago, en testimonio de tu amor, y como prenda de la estabilidad de la fe en este pueblo, que tú ponías bajo tu especial patrocinio. ¡Esta columna es mi fortaleza! ¡Este Pilar es mi escudo, es mi amparo, es mi esperanza! ¿Hago yo que lo sea en realidad?

RESOLUCIÓN.—Segura como estoy del poder misterioso de este Santo Pilar y de las promesas de la Virgen, á él acudiré en todas las necesidades de la vida. En las tentaciones, en los peligros, él será mi refugio; en los dolores él me servirá de consuelo; en las dudas él me iluminará, y si tengo la desgracia de caer, en él me apoyaré para levantarme.

PETICIÓN.—Dígnate, Madre mía amantísima, cubrirme con tu manto y socorrerme y ampararme cuantas veces venga á tu Santo Pilar necesitado y suplicante. *Tres Ave Marías.*

ORACIÓN.—¡Virgen Santísima del Pilar, tesoro de pureza, fuente de justicia, cielo vivo y animado, océano de gracias! Dígnate, ya que

eres la esperanza de los cristianos hacernos participantes de la felicidad y de la gloria de que gozas en el cielo, junto al trono de tu divino Hijo Jesús. Amén.

JACULATORIA.—Yo te saludo, oh María, Reina de los ángeles y de los hombres.

(*San Pedro Damiano*).

Oración final, salve, gozos y oración como el día primero. (Pág. 227).

DÍA QUINTO

SALUTACION Y ORACION COMO EL PRIMER DIA

REFLEXIÓN PIADOSA.—Entregaste al santo Apóstol el Pilar bendito y le ordenaste, que colocada tu imagen sobre él, edificase una capilla donde recibieras culto perpetuo hasta la consumación de los tiempos. En él sería honrada la Majestad de Dios, y tú harías de intercesora y medianera, cerca de su infinita misericordia. Y esta capilla, aunque engrandecida por la piedad, subsiste. Este templo es mi casa, por ser la casa de mi madre. ¡Con qué confianza debo entrar en él, pero á la vez con cuánta reverencia!

RESOLUCIÓN.—No puedo acercarme á la Santa Columna, ni venerar la imagen de la Virgen sin entrar en el templo, que es el pala-

cio de su grandeza. A él iré diariamente, penetrada del profundo respeto que debe inspirarme tan augusta morada. La modestia, el recogimiento, el silencio, la devoción, nunca me faltarán al pisar sus sagrados umbrales.

—
PETICIÓN.—Te ruego, oh dulce Madre, que me des á entender lo que pide tu santo templo y que me recibas en él con maternal complacencia. *Tres Ave Marías.*

—
ORACIÓN.—Augusta Reina de los cielos! Ya que, en virtud de tu soberana prerrogativa de Madre de Dios, puedes mandar á las potestades infernales, impídeles que me causen el menor daño y haz que los ángeles que te sirven me amparen y protejan contra todo peligro. Amén.

—
JACULATORIA.—Yo te saludo, oh María, Virgen fidelísima.

(*Let. Laur.*)

Oración final, salve, gozos y oración como el día primero. (Pág. 227).

DÍA SEXTO

SALUTACION Y ORACION COMO EL PRIMER DIA

REFLEXIÓN PIADOSA.—Desde que te dignaste, oh amable Virgen, santificar estos lugares con tu presencia, ha vivido en ellos la fe, aun en

los tiempos más contrarios para ella. Merced á tu amoroso influjo el culto cristiano no ha faltado jamás en tu templo. Esta tierra es patria de confesores y de mártires, que son innumerables. Nunca arraigó aquí la herejía, planta venenosa. ¿Es pequeño favor para mí haber merecido la gracia de nacer en este pueblo de bendición, que tú defiendes del error y de la mentira?

—
RESOLUCIÓN.—Aun teniendo como tengo la convicción de que tu protección no ha de faltarme, no me expondré jamás al peligro de las malas doctrinas. Detestaré las predicaciones insensatas y me guardaré de leer aquellos libros y periódicos donde entienda que, más ó menos abiertamente, se ponen asechanzas á mi fe. Creeré en Dios firmemente y en su Evangelio y en su Iglesia.

—
PETICIÓN.—Concédeme, Madre mía, la firmeza necesaria para perseverar en las divinas enseñanzas, resistiendo, con tu auxilio, toda tentación que tienda á separarme de ellas.—
Tres Ave Marias.

—
ORACIÓN.—Madre santa del Pilar, Madre inmaculada, Madre de misericordia, Madre clementísima; ábreme el seno de tu piedad y recíbeme en él, aun siendo como soy por mi ingratitude y tibieza indigno de permanecer en tu regazo. Supla tu bondad lo que falta á mi devoción. Amen.

—

JACULATORIA.—Yo te saludo, oh María, paloma anunciadora de la paz.

(*San Buenaventura*).

Oración final, salve, gozos y oración como el día primero. (Pág. 227).

DIA SEPTIMO

SALUTACION Y ORACION COMO EL PRIMER DIA

REFLEXIÓN PIADOSA.—Así como á tu venida en carne mortal debemos la firmeza en la fe, así le debemos también la pureza y la santidad. Ciertamente que no faltan aquí pecadores por desgracia, y, para vergüenza nuestra; pero también abundan las almas fieles, las almas puras, las caritativas, las obedientes, las mortificadas, las humildes. Todo es efecto de tu saludable influencia. Cuantos á ti se acercan hallan en tu amor la santificación y la vida. ¡Ojalá que todos buscaran en tu seno estos tesoros de santidad que otorgas generosísima y amable!

RESOLUCIÓN.—Contra toda tentación, oh Reina de los cielos, invocaré tu nombre, que es refugio de pecadores. Me apoyaré en tu santo Pilar para defenderme de los enemigos de mi alma y fomentar la práctica de las virtudes, inspirándome en tu amor y en tus admirables ejemplos. Tu vida de perfectísima santidad la tendré siempre delante de mis ojos.

PETICIÓN.—Quiero, Virgen clemente, que perdones mis pasadas faltas y que me ayudes para no caer en adelante. *Tres Ave Marías.*

ORACIÓN.—¡Madre de mi Salvador y Madre mía! Por ti ha venido á nosotros el autor de todas las gracias. Tú las posees todas desde el principio y el Señor nos las comunica por tu conducto. El pecado nos ha despojado de ellas; ten, Señor, misericordia de nosotros, y danos todas aquellas de que tenemos necesidad. Amen.

JACULATORIA.—Yo te saludo, oh María, aurora del Sol divino que es Jesucristo.

(*San Anselmo*).

Oración final, salve, gozos y oración como el día primero. (Pág. 227).

DIA OCTAVO

SALUTACION Y ORACION COMO EL PRIMER DIA

REFLEXIÓN PIADOSA.—Eres tan buena, Madre mía del Pilar, que, sobre ser el apoyo de nuestra fe y el aliento de nuestra caridad, multiplicas, continuando tus favores, obrando en gracia de los que se acercan á ti, los más grandes milagros. La historia del culto secular rendido á tu imagen veneranda, da testimonio de

ello y nosotros los admiramos cada día, bendiciendo tu inagotable misericordia. ¿Quién te negará su reconocimiento? ¿Quién no vendrá á ti lleno de confianza? ¿Quién no adorará á Dios, en las obras de tus manos?

RESOLUCIÓN.—Postrado ante tu sagrado Pilar, yo resuelvo, Madre mía, tener siempre presente la bondad de tu corazón. Y resuelvo también que en cualquier momento de mi vida en que tenga necesidad de ser amparado y socorrido, tú serás la depositaria de mis cuitas y á ti recurriré la primera en demanda de protección y ayuda. Eres mi Madre, y lo que has hecho con mis hermanos, no dejarás de hacerlo conmigo.

PETICIÓN.—Deseo y te pido, sobre todos los milagros, el que mi alma sirva fielmente á Dios y sirviéndole se salve. *Tres Ave Marías.*

ORACIÓN.—Oh María, generosa con los necesitados, compasiva con los que te invocan y dulce con los que te aman. Oh Virgen, misericordiosa para los pecadores y llena de bondad para los justos; que tu amor se sirva dispensarnos la gracia de admirar cada día los milagros de tu misericordia y por ellos bendecirte en la tierra y cantarte eternamente en el cielo, Amén.

JACULATORIA.—Yo te saludo oh, María, madre de los cristianos.

(San Agustín)

La oración final, Salve, Gozos y oración como el día primero. (Pág. 227).

DIA NOVENO

SALUTACION Y ORACION COMO EL PRIMER DIA

REFLEXIÓN PIADOSA.—Atraídos por el perfume de tus gracias vienen á ti todos los pueblos de la tierra. No hay rincón en el mundo donde tu sagrada imagen del Pilar no sea venerada. Las peregrinaciones á tu capilla angélica se suceden sin intermisión, y los que no pueden tener la dicha de contemplarte de cerca, te bendicen y aclaman desde lejos invocando tu generoso patrocinio. Ejemplo edificante para los que vivimos á tu lado, y sobre todo, para mí, tan tibio en amarte y tan sumiso en complacerte. ¿Haría mucho asociándome á tantos millones de almas, que fervorosamente te invocan?

RESOLUCIÓN.—La gloria que no tienen otros pueblos la tengo yo, pudiendo acercarme á ti todos los días en peregrinación devota. Mi deseo es y también mi resolución firmísima, unirme á tus hijos de todo el mundo, que anhelan visitarte y besar tu sagrado Pilar, y encomen-

darse á tu misericordia. A este fin, no pasará día, si Dios me lo permite, sin ir, como en peregrinación, á tu Santa Capilla y orar allí por las necesidades de la Iglesia y las de todos los fieles.

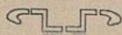
—
PETICIÓN.—Que tu corazón, purísima Virgen María, atienda mis ruegos y se complazca en mis oraciones. *Tres Ave Marias.*

—
ORACIÓN.—¡Santa Madre de Dios, dignísima Virgen María! Tú que eres madre de misericordia, tesoro de gracias, fuente de piedad y verdadero templo de Dios vivo ¿podrás rechazarme, no habiendo desoído nunca á los que te invocan? A ti me acojo confiadamente rogándote que me recomiendes á tu Hijo adorable, haciendo que quien por tu medio se ha revestido de nuestras miserias, me haga participante por sus méritos de su felicidad y de su gloria. Amén.

—
JACULATORIA.—Yo te saludo, oh María, gloria y ornamento de la Iglesia católica.

(*San Epifanio*).

La oración final, salve, gozos y oración como el día primero. (Pág. 227).





GOZOS Á LA VIRGEN SANTÍSIMA DEL PILAR

CORO *Pues por favor singular
Pusistes aquí tu altar,
Trocando la noche en día,
Yo te alabo, Madre mía,
Virgen Santa del Pilar.*

ESTROFA I.^a *Si á Zaragoza viniste
Y al Santo Apóstol hablaste
Y en esta tierra dejaste
Columna que tu trajiste,
Es imposible dudar
De tu amorosa porfía;
Yo te alabo, Madre mía,
Virgen Santa del Pilar.*

2.^a *Esta Columna es consuelo
De los que en el mundo lloran,
Sostén de los que te imploran,
Puesta la vista en el cielo;
Del mundo en el ancho mar
Es norte que al puerto guía;
Yo te alabo, Madre mía,
Virgen Santa del Pilar.*

3.^a *Los que á tu templo vinieron
Y esta Columna abrazaron,
En tu corazón hallaron
Las gracias que te pidieron;
Nunca te sabes negar
Al que en tu bondad confía;*

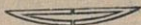
*Yo te alabo, Madre mía,
Virgen Santa del Pilar.*

- 4.^a Con la Columna sagrada
La fe nos trajo tu amor,
Contra todo humano error
Siendo por ella afirmada;
De que nunca ha de faltar
Es segura garantía;
*Yo te alabo, Madre mía,
Virgen Santa del Pilar.*

CORO

*Pues por favor singular
Pusistes aquí tu altar
Trocando la noche en día,
Yo te alabo, Madre mía,
Virgen Santa del Pilar.*

(La oración en la pág. 227).





SANTA MISA

Cuando el sacerdote está en el altar consideramos á Cristo en el Monte Calvario.

- LA CORONA.—Representa la corona de espinas.
EL AMITO.—El velo con que le cubrieron el rostro.
EL ALBA.—La vestidura que le pusieron por loco.
EL CÍNGULO.—La sogá con que fué atado.
EL MANIPULO.—Los cordeles con que le ligaron las manos á la columna.
LA ESTOLA.—La sogá que le echaron al cuello.
LA CASULLA.—La púrpura que le pusieron.
LA CENEFA DE LA CASULLA.—La cruz que llevó á cuestas.
-

ORACION PARA DISPONERSE A OIR BIEN LA MISA.—Yo me presento, ¡oh adorable Salvador mío! delante de vuestros santos altares para asistir á vuestro divino sacrificio. Dignaos, Dios mío, aplicarme todo el fruto que deseais que yo saque de él, y suplid las disposiciones que me faltan. Disponed mi corazón para los dulces efectos de vuestra bondad: fijad mis sentidos, reglad mi espíritu, purificad mi alma, borrad con vuestra preciosa sangre mis pecados: olvidadlos todos, ¡oh Dios de las misericordias! pues yo los detesto por vuestro amor, y os pido muy humildemente perdón de ellos, perdonando con todo mi corazón á todos aquellos que hubieren podido ofenderme. Haced, ¡oh mi dulce Jesús! que uniendo mi intención á la vuestra me sacrifique todo á Vos, como Vos os sacrificais enteramente por mi amor.

AL PRINCIPIO DE LA MISA.—En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

En vuestro santo nombre ¡oh adorable Trinidad! asisto á este muy santo y muy augusto sacrificio, para rendiros los homenajes y honores que os son debidos.

Permitidme, divino Salvador, unir mi intención á la del ministro de vuestro altar, para que pueda ofrecer la preciosa víctima de mi salud; y dadme los sentimientos que debiera haber tenido en el Calvario, si hubiese asistido al sacrificio sangriento de vuestra pasión.

CONFITEOR DEO.—Yo, pecador, me confieso á Dios Todo poderoso, á la bienaventurada siempre Virgen María, á los bienaventurados San Miguel Arcángel, San Juan Bautista, á los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, á todos los santos y á Vos Padre, que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra, por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa. Por tanto ruego á la bienaventurada siempre Virgen María, á los bienaventurados San Miguel Arcángel, San Juan Bautista, á los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, á todos los santos y á Vos Padre espiritual, que roguéis por mí á Dios nuestro Señor.

(Esta confesión se ha de decir acompañada de un amargo recuerdo de nuestros pecados y de un sincero arrepentimiento.) Se puede añadir:

Señor, escuchad favorablemente mi súplica, y concededme la indulgencia, la absolución y el perdón de todos mis pecados.

KIRIES—*Ejercitándose en sentimiento de confianza en la bondad de Dios, se dirá:* Misericordia, Señor: misericordia, señor.

Divino Criador de nuestras almas, tened piedad de la obra de vuestras manos: Padre misericordioso, tened compasión de vuestros hijos.

Autor de nuestra salud, sacrificado por nosotros, aplicadnos los méritos de vuestra muerte y de vuestra preciosa sangre.

Amable Salvador, dulce Jesús, compadécete de nuestras miserias, perdónanos nuestros pecados.

GLORIA IN EXCELSIS.—*Concibiendo un gran deseo de procurar á Dios la mayor gloria, se dirá:* Gloria á Dios en las alturas.

Y paz á los hombres de buena voluntad.

Señor, nosotros os alabamos.

Os bendecimos.

Os glorificamos.

Nosotros os damos gracias por vuestra infinita gloria.

Señor, Dios, Rey de los cielos, Dios Padre omnipotente.

Señor, Hijo unigénito, Jesucristo.

Señor, Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre.

Vos, que borrais los pecados del mundo, tened piedad de nosotros.

Vos, que quitais los pecados del mundo, recibid benignamente nuestras súplicas.

Vos, que estais sentado á la diestra de Dios Padre, tened misericordia de nosotros.

Porque vos solo sois Santo.

Solo vos sois Señor.

Solo vos altísimo.

Con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

Después se dirá la siguiente oración: Concedenos, Señor, todas las gracias que pide vuestro ministro. Uniéndome á él, os hago la misma súplica en favor de todos aquellos por quienes estoy obligado á pedir, para que á ellos y á mí nos deis todos los auxilios que sabéis necesitamos, á fin de obtener la vida eterna en el nombre de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

EPÍSTOLA.—*Se suplirá por la oración siguiente:*
 Bendito y alabado seas, ¡oh Señor, porque os dignaste comunicar vuestro espíritu á los santos profetas y apóstoles, manifestándoles cosas tan admirables y ocultas á los hombres, para que cediesen en gloria vuestra, y fuesen útiles para nuestra salvación. Creo firmemente sus palabras, porque son palabras vuestras. Concededme el que por medio de las instrucciones de vuestra Iglesia entienda, aproveche y ejecute por toda mi vida lo que me enseñan; y en especial haced que yo cumpla los dos grandes preceptos del amor que comprenden toda la ley y los profetas.

—
 EVANGELIO.—*Meditando que él es la regla de nuestra fe y costumbres, y arrepintiéndonos de no observarla bien como lo prometimos en el bautismo, diremos la siguiente oración:* Alabado seais siempre, oh Señor, porque no contento con enseñarnos por medio de vuestros profetas y apóstoles, os dignásteis hablarnos también de Jesucristo vuestro hijo. Vos, Señor, dando una voz desde el cielo nos mandas que le oigamos: dignaos hacer que nos aprovechemos de su doctrina. ¡Oh Jesús, Salvador mío! Cuanto está escrito de Vos en vuestro Evangelio, es la misma verdad: todo es sabiduría en vuestras acciones: todo poder y bondad en vuestros milagros: Vos tenéis palabras de vida eterna. Vuestras palabras son espíritu y vida: yo las creo firmemente; concededme la gracia de practicarlas, obedeciéndoos, amándoos é imitándoos.

—
 CREDO.—Creo en un solo Dios, Padre omnipotente, criador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles é invisibles; y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, y que nació del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consustancial al Padre, hacedor de todas las

cosas, que bajó del cielo por nosotros y para nuestra salvación: *y se encarnó por obra del Espíritu Santo en las puras entrañas de la Virgen María, y se hizo hombre.* Crucificado también por nosotros bajo el poder de Poncio Pilato: padeció y fué sepultado. Y resucitó al tercero día según estaba anunciado en las santas Escrituras. Y subió al cielo, donde está sentado á la diestra del Padre. Y vendrá segunda vez lleno de gloria á juzgar á los vivos y á los muertos, y su reino no tendrá fin. Creo también en el Espíritu Santo, señor y vivificador, que procede del Padre y del Hijo, que es adorado y glorificado juntamente con el Padre y con el Hijo, que habló por los profetas. Creo también que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo que perdona los pecados, y espero la resurrección de los muertos y otra vida que ha de haber después de ésta. Amén.

—

AL OFERTORIO.—*Se dirá la siguiente oración:* Padre infinitamente Santo, Dios Todopoderoso y eterno, por indigno que sea yo de parecer delante de vos, me atrevo á presentaros esta hostia inmaculada y este cáliz saludable, por las manos del sacerdote, con la intención que tuvo Jesucristo, mi Salvador, cuando instituyó este sacrificio, yo os lo ofrezco para reconocer vuestro soberano dominio sobre mí y sobre todas las criaturas: yo os lo ofrezco por la expiación de mis pecados, y en acción de gracias por todos los beneficios de que me habéis colmado: yo os ofrezco, en fin, este sacrificio por todos los fieles cristianos vivos y difuntos, para que así á ellos como á mí nos aproveche para la salvación en la vida eterna. Amén.

—

AL LAVARSE LAS MANOS EL SACERDOTE.—*Se rezarán con espíritu de que Dios nos purifique hasta de los más leves pecados los siguientes versículos:* Lavaré

mis manos entre los inocentes y rodearé vuestro altar ¡oh Señor!

Al fin de oír la voz de vuestras alabanzas y contar todas vuestras maravillas.

Señor, yo he amado la hermosura de vuestra casa y el lugar donde reside vuestra gloria. Y así no perdais ¡oh Dios mío! mi alma con los impíos, y mi vida con los hombres sanguinarios, que tienen sus manos llenas de injusticias y maldades, y su derecha colmada de regalos.

Pero á mí que he caminado por las sendas de la inocencia, libradme y usad conmigo de vuestra misericordia.

Mi pie ha permanecido firme en el camino recto: yo os bendeciré, Señor, en las congregaciones de los fieles.

Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo. Así como era en el principio lo es ahora y lo será siempre por los siglos de los siglos. Amén.

Al orate fratres (orad hermanos), se dirá de lo íntimo del corazón: el Señor reciba el sacrificio que tú le ofreces, y nosotros también le ofrecemos por tu ministerio: recíballo en honra y gloria de su nombre, y para nuestra utilidad particular y de toda la de su Iglesia Santa.

—
 PREFACIO.—*Elevando el espíritu al cielo y considerando la majestad divina, se dirá la oración siguiente como preámbulo al cánon de la misa.* He aquí el feliz momento en que el Señor de cielo y tierra va á parecer por un portentoso milagro. Señor, llenadme de vuestro espíritu: haced que mi corazón, separándose de las cosas terrenas, no piense sino en vos. ¡Cuán grande es la obligación que tengo yo de alabaros y bendeciros en todo tiempo y en todo lugar, Dios Todopoderoso y eterno! Nada es más justo, ni para nosotros más ventajoso que unirnos á Jesucristo, para adoraros continuamente. El es por quien todos los espíritus bienaventurados rinden sus

homenajes, alaban, adoran, veneran con respetuoso temor, y glorifican á vuestra suprema majestad. Perdonad, Señor, que nosotros juntemos nuestras débiles lenguas á las de aquellas santas criaturas, y que de concierto con ellas, digamos trasportados de alegría y asombro:

Santo, santo, santo es el Señor, el Dios de los ejércitos. El universo está lleno de vuestra gloria. Salud y gloria en los cielos. Bendito sea el que viene en el nombre del cielo. Salud y gloria en los cielos.

—
CANON DE LA MISA.—*Al principiar éste, que es después del prefacio, se dirá la oración siguiente:* Nosotros, Padre infinitamente misericordioso, os pedimos en nombre de Jesucristo, vuestro Hijo, Señor nuestro, tengais por agradable y bendigais la ofrenda que os presentamos, primeramente por vuestra santa Iglesia, á fin de que os dignéis darla paz, guardarla, mantenerla en la unión, y gobernarla juntamente con sus prelados y con todos los que profesan la fe católica, y apostólica romana. Os encomendamos también, Señor, á aquellos por quiénes la justicia, la caridad y el reconocimiento nos obligan á pedirlos; á todos los que están presentes á este adorable sacrificio, y singularmente á N. N. Y á fin ¡oh gran Dios! de que nuestros homenajes os sean más agradables, nos unimos á la gloriosa siempre Virgen María, Madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo, á todos vuestros apóstoles, á los bienaventurados mártires, y á todos los santos y santas de la corte celestial.

¡Qué no tenga yo ahora el deseo, la fe y el amor que se necesitan! Venid, Jesús; venid, reparador del mundo; venid á perfeccionar un misterio que es el compendio de todas vuestras maravillas. Ya viene el Cordero de Dios: hé aquí la adorable víctima por quien todos los pecados del mundo son perdonados.

—
EN LA ELEVACION DE LA HOSTIA.—*Se dirá por tres*

veces: Adorámoste, preciosísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que en el ara de la Cruz fuiste digno sacrificio para redención del mundo.

EN LA ELEVACION DEL CALIZ.—*Se dirá por otras tres veces*: Adorámoste, preciosísima sangre de nuestro Señor Jesucristo, que en el ara de la Cruz fuiste derramada para redención de nuestros pecados.

Después de la adoración se dirá: ¿Cuál sería en adelante mi malicia y mi ingratitud, si, después de haber visto lo que estoy viendo, consintiera en ofenderos? No, mi Dios, yo no olvidaré jamás lo que vos me representais por esta augusta ceremonia: los sufrimientos de vuestra pasión: la gloria de vuestra resurrección: vuestra presencia real á mis ojos sobre ese altar. Permitid, Dios mío, que todos los que con la boca ó con el corazón participan de esta sagrada víctima, sean llenos de su bendición; y que esta bendición se extienda á las almas de los fieles que murieron en la paz y comunión de la Iglesia, y particularmente de N. N. Concédeles, Señor, en vista de este sacrificio la libertad entera de sus penas.

Dignaos otorgar también algún día esta gracia á nosotros mismos, Padre infinitamente bueno, y hacernos entrar en compañía con los santos apóstoles, los santos mártires y todos los demás bienaventurados, á fin de que podamos amaros y glorificaros eternamente con ellos. Amén.

AL PATER NOSTER.—*Además de rezar un Padre nuestro se dirá la oración siguiente*: ¡Qué feliz soy yo, oh Dios mío, en teneros por Padre! ¡Cuánta es mi alegría al pensar que el cielo, en que vos estais sentado, debe ser algún día mi morada! Glorificado sea vuestro santo nombre por toda la tierra. Reinad absolutamente sobre todos los corazones y sobre todas las voluntades. Conceded á vuestros hijos el alimento del espíritu y del cuerpo. Nosotros perdonamos de corazón á nuestros enemigos: perdonadnos

también, mi Dios; sostenednos en las tentaciones y en los males de esta miserable vida, y preservadnos del pecado, que es el mayor de todos. Amén.

AL AGNUS DEI.—*Dándose golpes de pecho se dirá:* Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, concédenos la paz (1).

AL COMULGAR EL SACERDOTE.—*Se dará por tres veces golpes de pecho, y excitando en el corazón un deseo ardiente de recibir á Jesucristo, juntamente con el sacerdote:* Señor, yo no soy digno de que Vos entréis en mi pobre morada: decid una sola palabra, y mi alma será sana.

ORACIONES ULTIMAS.—*En lugar de ellas se dirá la siguiente:* Vos acabais ¡oh Dios mío! desacrificaros por mi salud; yo quiero sacrificarme por vuestra gloria. Yo soy vuestra víctima: no me desechéis. Yo acepto con todo mi corazón los trabajos que os agradare enviarme: yo los recibo de vuestra mano, y así os bendigo y os glorifico. Ya he asistido, mi Dios, á vuestro divino sacrificio: Vos me habéis llenado de vuestros favores. Yo huiré con horror de las menores manchas del pecado: sobre todo, de aquel á que mi inclinación me arrastra con más violencia. Yo seré fiel á vuestra ley; y estoy resuelto á perderlo todo y á padecer cuantos males haya, antes que violarla.

BENDICION.—Benedicid, oh mi Dios, estas santas

(1) En las misas de difuntos, en lugar de las últimas palabras, se dice: *dales reposo eterno.*

resoluciones: bendecidnos á todos por la mano de vuestro ministro, y que los efectos de vuestra bendición queden eternamente en nosotros. *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo. Amén*

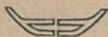
—
EVANGELIO ÚLTIMO.—En el principio era el Verbo, el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y nada de lo que ha sido hecho, se hizo sin él. En él estaba la vida, y la vida era luz de los hombres, y la luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan. Este vino á ser testigo para dar testimonio de la luz, á fin de que todos creyesen por él. No era él la luz; pero vino para dar testimonio de la luz. *El Verbo* era la luz verdadera, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. El estaba en el mundo y el mundo fué hecho por él; pero el mundo no le conoció. Vino á lo que era suyo, y los suyos no le recibieron. Pero él ha dado el poder de hacerse hijos de Dios á todos aquellos que creen en su nombre, á todos los que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios mismo. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como la del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. *Demos gracias á Dios.*

—
ORACION PARA DESPUES DE LA MISA.—Señor, yo os doy las más humildes gracias por la merced que me habéis hecho, permitiéndome asistir hoy al sacrificio de la santa misa. Pidoos perdón por la disipación ó tibieza con que haya podido estar en vuestra presencia. Os ruego, finalmente, que este sacrificio me purifique de lo pasado, y me fortifique para en adelante. Amén.

Oración para comulgar espiritualmente en la Misa.—Divino Salvador que estais presente en este altar para ser el alimento de nuestras almas, deseo

ardientemente recibiros; pero mi indignidad me impide gozar el efecto de este deseo. Estando tan manchado, no me atrevo á tocar una carne tan santa como la vuestra; más sino merezco participar de vuestro cuerpo, por lo menos participe de vuestro espíritu: si no puedo tener la dicha de hacerme una misma carne con vos por la recepción del Sacramento, haced por lo menos que me haga un mismo espíritu por la gracia del mismo. En fin, si no puedo comer la carne de la víctima que acabo de ofrecer por las manos del Sacerdote, por lo menos que tenga parte en el fruto del sacrificio. Venid y hacedme participante de los frutos del sacrificio, y de la gracia del Sacramento. Venid pues, Salvador mío, venid á mi corazón por vuestro santo espíritu Venid á reconciliarme con vuestro Padre, y á traerme los socorros que necesito. Venid á alimentarme, curarme, alumbraarme, santificarme, enriquecerme y trasformarme en vos. No viva ya en adelante, pero sea mi Jesús quien viva en mí: él sea el alma de mi alma, y el solo principio que me mueva y me ocupe: no haga yo nada sino por su movimiento. Amén.

(De un devocionario antiguo).





VIA CRUCIS

*Por la señal de la Santa Cruz, etc.
Señor mío Jesucristo.*

OFRECIMIENTO

¡Oh soberano Señor,
Rey supremo de los cielos!
Que con ansias y desvelos
Nacidos de ardiente amor,
Sufrir quisiste el dolor
De vuestra pasión sagrada!
A vos, humilde y postrada,
Llega mi alma arrepentida,
De sus culpas dolorida,
Y de vuestro amor llamada:
Vuestros pasos seguir quiero,
Si me concedéis licencia.
¡Oh gran Padre de clemencia
Dios y hombre verdadero!
Que recibiréis espero
Los méritos de esta acción,
Para la satisfacción
De mis culpas y pecados;
Porque queden perdonados

PRIMERA ESTACION

CONTEMPLACION

Después de haber azotado
 Al más inocente Abel,
 Mandó Pilato cruel
 Que fuese crucificado:
 Desnudo, herido y llagado
 Le hizo salir al balcón,
 Por mover á compasión
 Con medios tan inhumanos;
 Y aunque se lavó las manos,
 Quedó sucio el corazón.

Hasta aquí la contemplación, y después la oración correspondiente. Lo mismo se observará en las demás estaciones.

ORACION

Pues con profunda humildad,
 Dulcísimo Jesús mío,
 Rendirse al pueblo judío
 Quiso vuestra Majestad,
 Para que á su voluntad
 Os pusiera la sentencia:
 Suplico á vuestra clemencia
 No me juzguéis riguroso,
 Porque en eterno reposo
 Goce de vuestra presencia.

Señor, pequé, habed misericordia de mí.
Padre Nuestro, Ave María, Gloria Patri, etc.
 Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro
 Señor Jesucristo, y los dolores de su bendita Madre.
Esto se repetirá al fin de cada estación.



SEGUNDA ESTACION

CONTEMPLACION

Con gran prisa caminaba
La gente del pueblo ingrato
A la puerta de Pilato
En donde la cruz estaba.
Allí el clarín resonaba
Y decía el pregonero:
«A estè hombre por blasfemo
A morir le condenaron;»
Y al instante le cargaron
A Jesús con un madero.

ORACION

Benignísimo Jesús,
Que en admirable paciencia,
Siendo la misma inocencia,
Llevar quisiste la cruz:
Ilustrad con vuestra luz
A mi ciego entendimiento;
Y haced que lleve contento
Mi cruz como Vos queréis.
Para que así me libréis
del más eterno tormento.
Padre nuestro, etc.

TERCERA ESTACION

CONTEMPLACION

En esta estación tercera
Cayó el divino Jesús,

Con el peso de la cruz,
En tierra la vez primera:
Alma, mira y considera
El peso de tu delito;
Pues en tal pena y conflicto
Has puesto á tu Redentor,
Acompaña su dolor
Con el corazón contrito.

ORACION

¡Oh Criador soberano!
Ya conozco el grave peso
De mis culpas, y confieso
Que pequé arrogante y vano:
Dadme, Señor, vuestra mano,
Para que á Vos vigilante
Mi espíritu se levante,
Y dejando todo vicio,
En vuestro santo servicio
Siempre esté firme y constante.

Padre nuestro, etc.

—
CUARTA ESTACION

CONTEMPLACION

Con las alas del amor
Volaba, más que corría,
Su dulce Madre María
A ver nuestro Redentor:

¡Oh qué terrible dolor
Los dos amantes pasaron!
¡Con qué amargura se vieron!
¡Qué horrible pena sintieron
Al tiempo que se encontraron!

ORACION

Soberana Virgen pura,
Por el dolor que tuviste
Cuando á vuestro Hijo viste
En la calle de Amargura,
Afeada su hermosura
Pálido su rostro hermoso,
Triste, afligido y lloroso:
Ruego á vuestra protección,
Que en la celestial Sión
Llegue á mirarle glorioso.

Padre nuestro, etc.

QUINTA ESTACION

CONTEMPLACION

En esta quinta estación
Al Cirineo alquilaron,
Y en esto á Cristo ayudaron,
Pero con mala intención.
Porque su ciega pasión
Les obligó á discurrir
Que, para más afligir
A Jesús en el Calvario,

Negarle era necesario
El alivio de morir.

ORACION

¡Oh tú, Supremo Hacedor,
Cuyo poder sin segundo
Crió los cielos y el mundo!
Pues quiso vuestro valor
La ayuda del pecador,
Para que la gravedad
Conozca de su maldad:
Favorecedme piadoso
A fin de abrazar gustoso
La Cruz de la adversidad.

Padre nuestro, etc.

SEXTA ESTACION

CONTEMPLACION

Aquí con ardiente amor
Una mujer compasiva
La sangre, polvo y saliva
Del Redentor enjugó:
En el lienzo dibujó
Su cara, cuya blancura
Le quedó con la pintura
De su rostro peregrino,
Copiando el pincel divino
Lo raro de su hermosura.

ORACION

Pues en señal del contrato
Que de paz hizo el amor
Entre vos y el pecador,
Que siempre os ha sido ingrato,
Disteis, mi Dios, el retrato
Con belleza sin igual:
Haced que el original
Goce de vuestra hermosa
Con inefable dulzura,
En la patria celestial.

Padre nuestro, etc.

SEPTIMA ESTACION

CONTEMPLACION

Por una llaga profunda
Que en las espaldas tenía,
Que en extremo le dolía,
Cayó aquí la vez segunda:
Y con rabia furibunda
Aquellos viles sayones
Levantaron á empellones
Nuestro amado Redentor,
Tratándole con rigor
Como furiosos leones.

ORACION

¡Oh amantísimo Cordero!
Pues tan fatigado fuisteis

Que segunda vez caisteis
En tierra con el madero:
En vuestra clemencia espero
Me concederéis piadoso
Que conozca lo horroroso
Y grave de mi delito,
Para que logre contrito
Buena muerte y fin dichoso.

Padre nuestro, etc.

—
OCTAVA ESTACION

CONTEMPLACION

Unas mujeres piadosas,
Que llorando le seguían,
Tiernas lágrimas vertían:
Y al verlas Jesús llorosas,
Con palabras amorosas
Las dijo; esos lamentos,
Suspiros y sentimientos
A las culpas aplicad,
Vuestros pecados llorad
Mucho más que mis tormentos.

ORACION

¡Oh Maestro soberano,
Cuya enseñanza divina
Infunde luz peregrina
Al entendimiento humano!

Haced que lllore temprano
Mis culpas, pues ellas son
Causa de vuestra pasión;
Y que acierte á obedeceros
Para que merezca veros
En la celestial Sion.

Padre nuestro, etc.

—
NOVENA ESTACION

CONTEMPLACION

Aquí, triste y sin consuelo
En esta estación novena,
Lleno de dolor y pena,
Cayó de boca en el suelo
El Criador de tierra y cielo:
Y fué su cuerpo sagrado
Tan herido y lastimado
De golpes que recibía,
Que de sangre que vertía
Dejó el camino regado.

ORACION

¡Oh Dios de inmenso poder!
Pues quiso vuestra grandeza
Padecer tanta flaqueza,
Que en tierra os hizo caer
El tosco y vil proceder
De la humana ingratitud:

Haced que á la beatitud
Suba mi alma venturosa,
Levantándose dichosa
Con alas de la virtud.

Padre nuestro, etc.

DECIMA ESTACION

CONTEMPLACION

Aquí á Cristo desnudaron,
Y vinagre y hiel le dieron;
Pero aunque se lo ofrecieron,
Que bebiese no alcanzaron:
Las llagas le renovaron,
Arrancando con rigor
La túnica que el licor
De su sangre había pegado:
Alma, mirale llagado,
Y contempla su dolor.

ORACION

Por la vergüenza y el frío
Que por mi amor padeciste
Cuando desnudo te viste
Delante el pueblo judío:
Dulcísimo dueño mío,
Os pido que desnudéis
Mi alma, como podéis,
De la vanidad humana,

Para que de buena gana
Haga lo que Vos queréis.

Padre nuestro, etc.

—

UNDECIMA ESTACION

CONTEMPLACION

Clavaron de pies y manos,
A nuestro amado Jesús
Al madero de la cruz
Los judíos inhumanos:
Y aquellos golpes tiranos
Con que los clavos herían,
La dulce Madre afligían,
Pues en ella resonaban,
Y cuanto más le clavaban
Más el pecho le rompían.

ORACION

¡Oh mi Redentor sagrado!
Pues por el inmenso amor
Que tuviste al pecador
Fuiste en la cruz enclavado:
Haced que crucificado
Viva en Vos mi corazón,
Y con tan estrecha unión.
Que encendido en caridad
Sirva á vuestra Majestad
Con profunda devoción.

Padre nuestro, etc.

DUODECIMA ESTACION

CONTEMPLACION

Enarbolaron la cruz,
Y al punto cayó el madero
De golpe en el agujero:
El cuerpo del buen Jesús
Se descoyuntó, la luz
Del día se oscureció;
Porque cuando el cielo vió
Que moría su Criador,
Para ostentar su dolor
Triste luto se vistió.

ORACION

Hombre, pues la causa has sido
De la muerte de Jesús,
Y le han puesto en una cruz
Las culpas que has cometido:
Llóralas arrepentido
Y rompan tu corazón
Las penas de su pasión;
Pues las piedras se rompieron,
Haz tú lo que ellas hicieron,
Y dile con devoción:

A vuestros pies. dueño amado,
Dios y hombre verdadero,
Que estais en ese madero
Por mis culpas enclavado:
Rendido, humilde y postrado
Vengo á llorar vuestra muerte:

¡Ay Dios, que dolor tan fuerte,
Tiene mi alma arrependida,
De ver que mi mala vida
Os ha puesto de esa suerte!

Rayos de divina luz
A las almas enviáis,
Y al perdón las convidáis
Desde el árbol de la cruz.
¡Oh dulcísimo Jesús!
Y qué ciego yo viví,
Mas ya vuestras luces vi
Y encendido el corazón
Os pido, mi Dios, perdón
De lo que pequé hasta aquí.

Pésame, mi Redentor,
De haberos tanto ofendido:
Que me perdonéis os pido
Por vuestro infinito amor:
Yo soy el vil pecador
Que ofendí á vuestra grandeza.
Por ser vos quien sois me pesa,
Vuelvo á repetir lloroso:
Perdonad, Padre amoroso,
Los yerros de mi flaqueza.

Padre nuestro, etc.

—
DECIMATERCIA ESTACION
CONTEMPLACION

José de Abari Matía
Y Nicodemus bajaron

A Cristo, y le colocaron
en los brazos de María,
cuyo corazón ardía
Con incendios amorosos;
porque los pechos dichosos
que blanca leche le dieron,
Difunto le recibieron
y le ayudaron quejosos.

ORACION

¡Oh dulce Madre querida,
Que tuviste en vuestros brazos,
Difunto, dándole abrazos,
Al mismo autor de la vida!
Recoged mi alma perdida
Que acude á vos con dolor;
Recíbala vuestro amor,
Y esté de vos amparada
Hasta que esté colocada
En los brazos del Señor.

Padre nuestro, etc.

DECIMACUARTA ESTACION

CONTEMPLACION

Cuando ya el sol se ponía
Fué el entierro de Jesús,
Y de dos soles la luz
Allí le faltó á Maria:
Las tristezas que tendría

En su amante corazón,
Júzuelas tu devoción,
Hasta que el día tercero,
Saliendo el sol verdadero,
Llegó la Resurrección.

ORACION

Por el dolor y tristeza
Que vuestra alma padeció
Cuando en el sepulcro vió
A Jesús, cuya grandeza
Encerró vuestra pureza
En el vientre virginal:
Haced, Madre celestial,
Que todos los pecadores
Lleguemos á moradores
De la corte celestial.

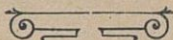
Padre nuestro, etc.

—

ORACION

¡Oh santísima Cruz! ¡Oh inocente y preciosa sangre! ¡Oh pena grande y cruel! ¡Oh pobreza de Cristo mi Redentor! ¡Oh llagas muy lastimadas! ¡Oh corazón traspasado! ¡Oh sangre de Cristo derramada! ¡Oh muerte amarga de Dios! ¡Oh excelencia de Dios digna de ser reverenciada! Ayudadme, Señor, para alcanzar la vida eterna ahora y en la hora de mi muerte. Amén.

(De un devocionario antiguo).



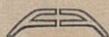
ÍNDICE

	Páginas
Advertencias preliminares	5
Ejercicios ante el Smo. Sacramento	7
Primer ejercicio	11
Segundo ejercicio	29
Tercer ejercicio	41
Cuarto ejercicio	55
Quinto ejercicio	69
Sexto ejercicio	85
Séptimo ejercicio	97
Ejercicio para hacer la vela ante el Smo. Sacra- mento por los agonizantes.	111
Letanía de los agonizantes	118
Ejercicio para hacer la visita al Señor en las Cua- renta Horas	121

CORTE DE HONOR DE SEÑORAS

Advertencias	129
Ejercicios ante la imagen de la Virgen del Pilar	133
Meditación primera.—De la humildad de María.	137
Meditación segunda.—De la fe de María	143
Meditación tercera.—De la esperanza de María	151
Meditación cuarta.—Ardiente amor á Dios de la Santísima Virgen	159
Meditación quinta.—De la caridad de María para con los hombres.	166
Meditación sexta.—De la piedad de María.	172
Meditación séptima.—De la obediencia de María.	179
Meditación octava.—De la pureza de María	186
Meditación novena.—Amor de María á la vida retirada	192
Meditación décima.—De la modestia de María	198
Meditación undécima.—Amor de María á la po- breza	204
Meditación duodécima.—De la paciencia de María en los sufrimientos	211

Recomendación primera.—Por los fines de la Asociación.	221
Recomendación segunda.—Por las enfermas agonizantes y por las que se hallen en algún peligro ó tribulación.	222
Recomendación tercera.—Por las asociadas difuntas	222
Recomendación cuarta.—Por alguna necesidad particular.	223
Recomendación quinta.—A intención del Sr. Director.	223
Novena breve á la Sma. Virgen del Pilar	225
Día primero	226
Día segundo	228
Día tercero	229
Día cuarto	231
Día quinto	232
Día sexto	233
Día séptimo	235
Día octavo	236
Día noveno	238
Gozos á la Virgen Santísima del Pilar	241
Santa Misa	243
Vía Crucis	355
Primera estación.	356
Segunda estación	357
Tercera estación	357
Cuarta estación	358
Quinta estación	359
Sexta estación	360
Séptima estación.	361
Octava estación	362
Novena estación	363
Décima estación	364
Undécima estación	365
Duodécima estación.	366
Decimatercia estación	367
Decimacuarta estación	368
Oración	370



M.C.D. 2022

M.C.D. 2022

INSTITUTO BIBLIOGRAFICO ARAGONES

BIBLIOTECA DE ARAGÓN



1127152
IBFA.510

IB